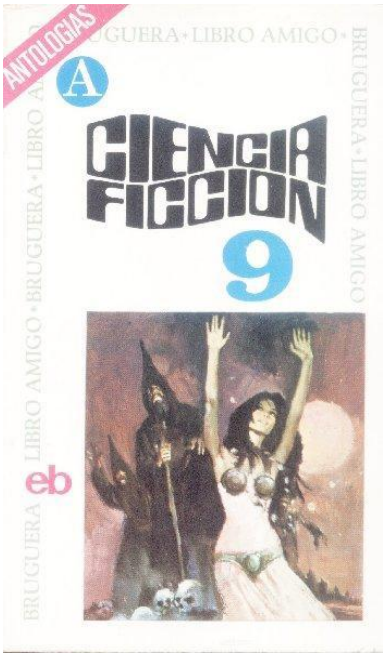
Libros Tauro
www.LibrosTauro.com.ar

Ciencia Ficción 9

Carlo Frabetti

(Recopilador)

Título Original*: Ciencia Ficción. Novena Selección.*



Contenido

Arthur Sellings • *UNA GRIETA EN EL ESCUDO*
Sonya Dorman • *EL AZUL MÁS PROFUNDO DEL MUNDO*
Booth Tarkington • *LAS VELADAS FEMINISTAS DE LA ATLÁNTIDA*
Chet Arthur • *GENTE AFORTUNADA*
Fritz Leiber • *EL CÍRCULO INTERIOR*
Robert Sheckley • *PLANETA SEGÚN PRESUPUESTO*
Harvey Jacobs • *EL HUEVO DE GLAK*
Leigh Brackett • *LA SACERDOTISA DE LA LUNA LOCA*

PRESENTACIÓN

LA SF COMO RECHAZO Y CRÍTICA DEL ORDEN ESTABLECIDO

Un esquema típico de relato de SF consiste en presentar una hipotética sociedad futura opresiva y despersonalizadora, en la que, de pronto, un individuo que ha vivido siempre integrado se rebela, descubriendo nuevas perspectivas de libertad al margen de lo que creía que era el único mundo posible.

Es el caso del Montag de *Fahrenheit 451*, del desventurado protagonista de *1984*, y de tantos otros rebeldes-símbolo que, ante todo y más que expresar un conflicto personal concreto, representan genéricamente la ruptura del individuo como una sociedad castrante.

Debido a esta tendencia del género a dramatizar el enfriamiento individuo-sociedad, algunos comentaristas han señalado, no sin fundamento, el carácter *romántico* de la SF.

Pero hay una diferencia básica entre la SF y el romanticismo tradicional: mientras éste suele limitarse a exaltar la ruptura compulsiva del individuo con una sociedad que lo coarta, la SF, la buena SF, acostumbra a llevar implícita, además, una crítica del sistema opresor que motiva la rebeldía y una búsqueda de posibles alternativas liberadoras. Dicha rebeldía ya no es, entonces, un simple pretexto para la exaltación del individualismo, sino una contribución a la toma de conciencia, un síntoma útil para el diagnóstico de la enfermedad social. Consciente de la ineficacia de las soluciones individuales, la SF, al contrario del romanticismo tradicional, no las exalta.

En esta antología se reúnen varios relatos que, de una forma u otra, expresan la ruptura individuo-lo establecido:

La Grieta en el Escudo, donde el protagonista renuncia a la seguridad fetal de su enclaustrado mundo a cambio de una existencia arriesgada pero más auténtica, es la narración que más se adapta al esquema antes descrito, y por eso la he elegido para encabezar el índice.

En *El Azul más profundo del Mundo* la inadaptación es mostrada en todo su dramatismo con patética crudeza, mientras que en *Las Veladas Feministas de la Atlántida* se echa una mirada irónica y desenfadada a ciertas formas de emancipación.

En otros relatos no se describe una ruptura, pero se pone en evidencia su necesidad, al mostrar el grado de aberración al que se puede llegar si se acepta un determinado estado de cosas. Es el caso de *Gente Afortunada* y *El Círculo Interior*, ambos estremecedores bajo su apariencia respectivamente humorística y surrealista.

Y es también el caso, aunque de forma menos evidente, de *Planeta según Presupuesto*, abierta sátira del dogmatismo imperante, o de *El Huevo de Glak*, aparente disparate en el que, sin embargo, es fácil ver reflejada la incongruencia de unas vidas dedicadas a los más fútiles objetivos, básica tara de nuestra sociedad.

De las selecciones publicadas hasta ahora, creo que ésta es, a pesar de sus limitaciones, la que mejor manifiesta las motivaciones y la función sociocultural de la SF.

Sólo me queda desearles que disfruten al leer estos relatos tanto como yo he disfrutado al seleccionarlos.

CARLO FRABETTI

UNA GRIETA EN EL ESCUDO

ARTHUR SELLINGS

Cuando la forma de combatir la violencia consiste en erigir barreras cada vez más herméticas contra agresiones cada vez más fuertes, la aparente estabilidad que se obtiene es a un precio altísimo: al precio del aislamiento y la inhibición del hombre.

La única forma de vencer la violencia es eliminar sus causas, modificar radicalmente las estructuras que la engendran. Si nos limitamos a construir escudos, por resistentes que sean, acabarán agrietándose. Y si no se agrietan, todavía será peor.

* * *

Aquel día, crucial en la vida de Philip Tawn, comenzó con una decepcionante normalidad. No había una sola nube en el horizonte ni en su alma. Se despertó feliz con el aroma matutino que emanaba del acondicionador de aire y la frescura de la crema de afeitar. Los chorros de vapor de la ducha completarían, agresivamente, el trabajo.

Lo primero que hacía Philip por las mañanas era conectar el visor. Más tarde, el desayuno le llegaba suavemente por el distribuidor. Mientras se lo tomaba, pensó en el trabajo diario; lo hizo con la tranquilidad que corresponde a un directivo de clan. El proyecto general, destinado a los Elefantes, constituía un problema, ya que nunca había trabajado con computadoras. No obstante, confiaba en sus propias ideas.

Sacó un pequeño motociclo de una concavidad exterior al apartamento, y se alejó por el corredor en dirección a los ascensores, situados a un kilómetro de distancia. Allí, entre formales saludos y deseos de: «Un día de gloria para los Pavos Reales», y otros más sencillos para los conocidos, descendió hasta el garaje.

Se introdujo en su Pantera modelo 51 —el año siguiente, después de la boda, cambiaría su coche deportivo por otro modelo más serio—. Movió la palanca del escudo y avanzó hacia la salida. Mientras aguardaba, fumó un cigarrillo sin nicotina.

Cuando se encendió la luz verde cediéndole el paso, pulsó el sincrobotón. Su propio escudo y el mayor, el de la casa del clan, quedaron sincronizados en un punto, a una frecuencia que resultaba virtualmente imposible duplicar, lo cual le permitió salir al exterior. El escudo se cerró tras él como un esfínter, sin que, por un momento, quedara abierta al mundo una grieta entre ambos escudos.

Cuando rodaba por la avenida del Pavo Real, pasó ante la puerta de servicio. Camiones de otros clanes —clanes dedicados al servicio, como el de Abejas, con alimentos, y el de Castores, con sus escuadras de conservación— se hallaban alineados para entrar. La regulación del tránsito era más complicada allí que en las puertas del clan. Por esta puerta, sólo se admitían los vehículos de uno en uno; pasaban a una cámara blindada situada fuera del escudo de la casa. Este escudo se extendía impenetrablemente a lo largo de la fachada posterior del edificio.

Dentro del recinto blindado, los conductores eran examinados minuciosamente por una cámara de televisión de circuito cerrado. El escudo del camión tenía que hallarse inactivo —unos controles electrónicos se encargaban de comprobar esto— y la palanca debía estar desmontada y colocada en una ranura hasta el momento de volver a emprender la marcha. Los conductores estaban obligados a identificarse. Unos controles comprobaban las plantillas electrónicas impresas, mientras que los mismos aparatos que habían controlado el

escudo del camión investigaban por todas las cavidades con el fin de establecer si existía algún mecanismo capaz de reactivar dicho escudo.

Sólo entonces, el escudo de la casa se hallaba neutralizado hasta el extremo de permitir al camión pasar a las plataformas de descarga.

Un proceso complejo, que requería bastante tiempo, pero constituía el único medio para conservar la seguridad en el mundo de Philip Tawn. Apenas dos años antes —afortunadamente el hecho no sucedió en una casa del Clan del Pavo Real—, por haber sido el proceso menos minucioso, había conseguido entrar en el edificio el camión de unos bandoleros, quienes llevaban hábilmente falsificadas sus tarjetas de identificación y ocultaban un reactor. Los malhechores saquearon el lugar en presencia de los propios habitantes. La gente no llevaba su escudo personal para identificarse en su propia casa —ésta era idea básica de los clanes— y, por consiguiente, aquellos se encontraban totalmente desprevenidos. La pandilla trató incluso de apoderarse del centro de mando del escudo. Tan sólo una eficaz actuación de los controles de emergencia lo habían evitado; de lo contrario las consecuencias hubieran sido estremecedoras.

Lo cierto es que el camión huyó —los directores de la desdichada casa se aliviaron enormemente dejándolo escapar— con un botín que contenía una fortuna. Los canales del Clan de las Hormigas zumbaron a causa del incidente durante varias semanas después de ocurrido el hecho.

Resultaba difícil imaginar que pudiera suceder tal cosa en la casa del Pavo Real. Los Pavos Reales no eran expertos en tecnología, sino que se dedicaban a la publicidad. Debido a ello, poseían más canales que cualquier otro clan —exceptuando el de Hormigas— para captar las últimas noticias. Pero el suceso hizo que se reforzaran las medidas de vigilancia en todos los clanes, los cuales incrementaron considerablemente el presupuesto que cubría ese capítulo.

Philip entró en la autopista principal que llevaba a la ciudad. Antes que el tránsito resultara muy denso, eligió su objetivo para la habitual verificación matutina. Se trataba de un hombre calvo que guiaba un «Lebrel» modelo 48. El hombre era una Abeja. Los del clan de Philip nunca hubieran sido vistos en un vehículo tan anticuado como aquel «Lebrel».

Philip echó un vistazo a las gruesas franjas de la chaquetilla del hombre, cuyo coche avanzaba unos doscientos metros delante de él. Disminuyó la velocidad a ciento treinta por hora, y luego la adaptó a la del otro, que circulaba a ochenta. Philip hizo sonar la bocina —dos toques, uno largo y otro corto— que indicaban: «Prepárese para la verificación.»

El hombre volvió la cabeza..., y arrugó el ceño. Lo que es peor, aceleró sin contestar a la señal. ¡Como si la verificación no fuera un acto social perfectamente establecido! Servía para comprobar los escudos de los dos conductores, por si había algún defecto en su funcionamiento. Además los psiquiatras recomendaban aquella práctica como un medio inofensivo para disipar cualquier tendencia agresiva.

En realidad, al hombre del siglo XXII no le quedaba demasiada agresividad, ataviado como iba con su vistosa chaquetilla del clan durante el día, y con el manto nocturno. Pero, a veces, surgía la agresividad, especialmente a causa del temor. El temor a la violencia, algo que había adquirido proporciones de pánico a comienzos del siglo XXI, pero que quedó desterrado para siempre con la invención de los escudos de fuerza.

Bien, si aquel hombre lo quería así, de acuerdo, pensó Philip. Podía haber elegido, a continuación, otro conductor más amigo de colaborar, pero la descortesía le había dolido. Pisó a fondo el acelerador y, al cabo de unos segundos, se colocó a la altura del otro.

El hombre no dio muestras de disminuir la velocidad; en lugar de ello siguió conduciendo con la mirada dirigida al frente. Philip sonrió y viró el coche más de lo acostumbrado.

El otro conductor giró el rostro hacia él, muy pálido, debido a que el escudo del «Pantera» había chocado, entre chirridos, contra el suyo. El «Lebrel» rebotó y fue a dar contra los escudos marginales de la autopista. A la velocidad que iban debió resultar una experiencia sobrecogedora, ya que en ese momento pasaban por un viaducto con un talud elevado una treintena de metros y el escudo era invisible, como todos. Es decir, tan invisible como se necesitaba. Podía apreciarse cualquier escudo si se colocaba en ángulo recto respecto a la luz —un poco más para algunas luces—, entonces se vislumbraba el baile frenético de los átomos polarizados.

Philip tuvo que desviarse cuando el «Lebrel» volvió al centro, al mismo tiempo que su conductor se esforzaba por dominar la dirección. Logró enderezar —hasta los «Lebrel» modelo 48 tenían una sensibilidad de dirección muy efectiva—, y siguió en línea recta. Philip se puso de nuevo a su lado y se divirtió acercándose a él hasta que los escudos se tocaron provocando un sonido discordante. El otro se vio obligado a disminuir la velocidad.

Philip saludó con la mano y emitió la acostumbrada señal de despedida: un toque corto y uno largo. El otro hombre le contestó con un ademán descortés. Philip volvió a sonreír con ironía. No entendía cómo era posible que un clan hubiera admitido en su seno a un individuo tan incorrecto.

Siguió adelante entre el tránsito hasta el centro de la ciudad, y luego se alineó ante el edificio del Pavo Real. No tuvo que esperar demasiado, pues era precavido y siempre llegaba puntual: antes de las diez y media de la mañana. Los vehículos que tenía delante eran los rezagados de rangos inferiores, que se apartaron para darle paso.

Una vez dentro del edificio, se dirigió a su despacho. La conferencia para el asunto de los Elefantes había sido programada a las once y cuarto de la mañana. Podría emplear el tiempo que faltaba para resolver asuntos de menor importancia. Interrumpió el funcionamiento del escudo con una simple pulsación y descubrió la consola.

El trabajo era una creación en tres dimensiones, un anuncio visual y estereofónico. Había preparado las matrices el día anterior sin fijarse demasiado en el producto que se trataba, sólo era un gráfico corriente de nivel inferior. Advirtió que se refería a un artículo alimenticio —un encargo del Clan Abejas— con poca posibilidad de promoción en una época como aquélla. ¿Quién que tuviera un poco de sentido, iba a preferir el cereal Naturpur —*Directo de la granja a su mesa*— cuando en el mercado se encontraba una amplia gama de alimentos sintéticos incomparablemente más deliciosos? ¿Cómo podía atraer una frase propagandística como aquélla? *Granja* evocaba demasiadas imágenes, todas ellas desagradables, relacionadas con malos olores, estiércol y baja productividad. *Agrupación alimenticia* resultaba mucho mejor.

Pero elegir lemas comerciales no era su tarea. Tal vez, aquel anuncio iba destinado a los chiflados. Aún había unos cuantos sueltos. Pensó en el hombre del «Lebrel» y lo comprendió. Quizá el cereal Naturpur era su creación predilecta. En tal caso se le podía disculpar por su comportamiento antisocial.

Philip, no obstante, se volcó sobre el trabajo con su habitual concentración. Eligió un tipo antiguo, unas letras rústicas —¿qué podía haber más adecuado?— y lo situó en el centro de la matriz. Aquello resultaba excesivo, según pudo comprobar en seguida. Oprimió la tecla que servía para borrar y lo intentó de nuevo, esta vez con letras cursivas clásicas.

No era lo suficientemente llamativo. Musitó algo en voz baja y borró otra vez. Encendió un cigarrillo y reflexionó. Las tareas secundarias a veces pueden presentar más problemas de los que normalmente debieran tener.

Hizo dos nuevas tentativas: una con mayúsculas gruesas, y, tal vez debido a un rasgo de humor, un tipo mecanográfico y desgarbado. Por fin dio con un tipo, que parecía adecuado, cuyo contorno semejaba el borde aserrado de una hoja.

Aquello ya resultaba mucho mejor, e incluso aparecía la muestra de Naturpur y las letras del absurdo lema mucho más comprensibles. Eligió un anodino tono azul para el lema y lo situó sobre el fondo amarillo y ondulante de una Pantalla Nobel n.° 3069. Después, se felicitó a sí mismo por su instintivo acierto. Si querían dar la impresión de un campo de trigo, o de algún otro horrendo cereal estremeciéndose a influjos de la brisa, se lograba perfectamente.

Luego resolvió efectuar la prueba completa e hizo girar el control de avance. Primero, situó las letras del lema comercial, luego los colores y, por fin, las letras de la marca, con lo cual la imagen de la pantalla quedó completa. Se sintió tentado de agregar algún otro detalle, pero rechazó la idea por parecerle inadecuada, para aquel sencillo proyecto.

Se contentó con dar una leve tonalidad roja a las letras de la marca y trazó una especie de halo en torno al lema comercial.

Pasó de nuevo la prueba, y quedó bastante complacido con su trabajo, especialmente en lo que se refería al tiempo empleado. En la parte inferior, le pondrían alguna música a tono con el tema. A continuación, pulsó el botón de impresión. Mientras la máquina grababa la prueba en una cinta por triplicado, procedió a establecer el presupuesto del trabajo, para lo que utilizó por vez primera en toda la operación, un instrumento manual: la pluma.

La grabadora lanzó una especie de suspiro y se detuvo; la luz roja se apagó y se encendió una azul. Recogió las cintas, apartó una para sus archivos e introdujo las otras dos en el tubo de envío. Cuando se alejaba del aparato zumbó su intercomunicador.

Oprimió una tecla y apareció el rostro de la secretaria de R. G.

—El señor Gotfryd se dispone a iniciar la conferencia, señor Tawn —dijo la joven.

Cuando Philip llegó, casi todos los demás se encontraban ya en la sala. Ocupaba la presidencia de la mesa de conferencias Randall Gotfryd, un hombre corpulento que resplandecía con su vistosa chaquetilla de Opulex. Cuando Philip dijo: «Gloria a los Pavos Reales», y tomó asiento, llegaron los dos últimos: Jenkins, de Música, y Franz, de Motivación. R. G. encendió un cigarro.

Los murmullos se extinguieron cuando apagó su encendedor.

—Perfectamente, señores —comenzó—. Creo que no será necesario que les recuerde la importancia de este asunto. Por tal motivo le vamos a asignar la clave de *Inspiración Elevada*.

R. G. se refería a una cuestión que exigía el concurso de todos los departamentos, y no sólo el de Motivación o de Dirección Superior, para establecer las ideas que debían discutirse.

—Ya hemos elaborado un esbozo general en la primera reunión —prosiguió diciendo R. G.—. Es necesario que el consumidor llegue a sentir deseos de poseer una de las nuevas máquinas de los Elefantes, sobre todo, por su *afectividad*.

Ya había utilizado la misma palabra en la ocasión anterior, e idénticas risas deferentes volvieron a dejarse oír esta vez.

—Nada de alusiones a la categoría social, ni al rango de un clan —añadió—, creo que todos estamos de acuerdo en eso. Es necesario que sea una propaganda más directa, como lo es el producto. Algo que dé sensación de plenitud personal. Se trata de una computadora portátil, que pesa menos de dos kilos y medio y que vocaliza. Es como un amigo para consultarlo en todas las decisiones, con una verdadera biblioteca de cintas sobre los más diversos temas.

»Les voy a poner al corriente de los detalles del asunto. Especialmente en un punto. Los Elefantes no están solos en esa actividad. Desde nuestra última entrevista me han informado que los Búhos se preparan a lanzar un aparato de similares características. Eso no hace más que confirmar mi idea acerca de la importancia de esta campaña. Además, los Búhos han contratado a los Cebras...

De nuevo un coro de risas, esta vez matizadas con evidente tono desdeñoso.

R. G. alzó su mano y dijo:

—Puede que algunos de ustedes se encontrasen un día riendo en la calle.

Las risas cesaron como por arte de magia. «La calle», por lo común, quería decir la expulsión del clan. Era una amenaza que no podía tomarse demasiado en serio, puesto que una vez dentro de un clan resultaba casi imposible que se votara la expulsión del mismo. Degradación, sí, pero la lealtad al clan era algo casi inalterable. De todas formas, aquellas palabras evocaron cierto suceso que había ocurrido no hacía demasiado tiempo.

—Eso está mejor. Los Cebras podrán ser un clan advenedizo, con muchos inexpertos en sus filas, pero también poseen algunos notables talentos que yo no tendría inconveniente en hacer sentar aquí mismo. Otro rumor que ha llegado hasta mis oídos hace poco se refiere a lo que han ganado durante el año que acaba de terminar. Sus beneficios ascienden casi al cuarenta por ciento de los nuestros. De modo que nada de desdeñarlos o dormirse en los laureles. Pronto les tendremos pisándonos los talones, si no ponemos todo cuanto sea posible de nuestra parte.

El ceño desapareció del rostro del que hablaba.

—Pero confío en que vamos a tener un buen comienzo en el asunto de ese aparato. Ellos llaman al suyo el Oráculo, y lo presentan como un artefacto maravilloso. Eso significa, a mi entender, que se equivocan desde el principio. Ya hay demasiadas maravillas en este mundo. Cierto es que seguirán apareciendo y que nosotros seremos los primeros en esforzarnos para que se vendan, pero existe un límite para el poder de atracción. Tenemos que hablar de personas, no de máquinas, ¿queda entendido? Está bien, Burnside, usted es el primero. ¿Qué ha conseguido su equipo?

Burnside, tosió discretamente y abrió su cartera.

—Creo que hemos dado en el clavo, R. G. —dijo—. A ver qué le parece esto: *Usted nunca está solo con un amigo*.

Luego miró expectante a Gotfryd. Pero el gesto esperanzado se evaporó en seguida de su rostro.

—¿Y ésa es una frase comercial? —dijo R. G., ásperamente—. ¡Ya la utilizaron hace doscientos años!

Pulsó algunos botones y se produjo un incómodo silencio durante los segundos que tardó en llegar hasta él una tira con los datos almacenados en las computadoras de los Pavos Reales.

—Ya me parecía a mí —agregó en seguida—. Fue utilizado como propaganda de cigarrillos por una empresa británica hacia 1950.

Burnside alzó las manos y dijo:

—Dios es testigo, R. G., del hecho que no he plagiado eso. ¡Pero doscientos años! El público no tiene tanta memoria.

—Es evidente que usted tampoco la tiene. Además, no parece estar muy al corriente de la historia publicitaria. Aquella campaña fue uno de los mayores fracasos de todos los tiempos, debido a que contrariaba la sencilla regla de los negativos. De esa forma se establece una imagen negativa, al afirmar lo que no sucede usando el producto. Ese lema de segunda mano que usted nos propone resultaría contraproducente; haría que la gente se sintiera incómoda; notarían que les falta algo, al necesitar un amigo.

Burnside vaciló un momento y manifestó en seguida:

—Lo siento, jefe. Tenemos otras. Escuche esta frase: *El amigo, el mejor amigo del hombre*.

—¡Vaya! Eso evoca una imagen maternal. Y también la del clan.

Burnside se introdujo un dedo en el cuello de la camisa. Luego agregó:

—Creí que eran las mejores. Veamos ahora: *Aquí tiene a su mejor amigo*.

—Humm...

R. G. hizo rodar la frase por su lengua, como si se tratara de un vino de dudosa calidad.

—Bueno, al menos ya es algo. Aunque parezca que no lleva a ninguna parte. Pero tiene que llevar, no lo olviden. Los demás, tomen nota de eso. Sin embargo, espero que consigamos una idea superior antes de marcharnos de aquí.

Burnside tomó asiento. Estaba sudoroso, preocupado, por aquel traspié. Philip, en cambio, se sintió aliviado, ya que después de aquello, R. G. no sería tan duro con los demás. Pero se equivocaba, y no tardó en comprobarlo. Gotfryd le señaló a él con el dedo.

Philip abrió su cartera; confiadamente extrajo un diseño y lo colocó sobre la placa del proyector que había delante de él. La imagen apareció, aumentada veinte veces, sobre la pantalla de la sala.

Todos aguardaron la reacción de R. G.

Esta se produjo pronto. R. G. estalló.

—¿Y qué demonios es eso? —exclamó.

—Es un Mandala modificado —repuso Philip—. Una forma de Jung-Preston. No se consigue un pleno efecto cuando está inmóvil, pero ya lo he preparado todo. Tengo dispuesta una serie completa. Sé que es algo abstracto, pero expresa una idea completa de la amistad. ¿No lo ve? Animado, será...

—¿Qué? ¡Unas formas animadas corrientes para un producto de la categoría que tiene el de los Elefantes!

—No es eso, R. G. Se trata de dar movimiento a cada elemento, uno por uno. Está previsto para que actúe directamente sobre el subconsciente. Es una técnica que no se ha ensayado nunca. El tipo de flamante método adecuado a un flamante producto como es el Amigo.

—¡Dar movimiento a cada elemento, uno por uno! ¿Se da usted cuenta de lo que costaría eso?

—Pero, R. G., usted acaba de decir que debía estar de acuerdo con la categoría del producto...

—¡No confunda mis palabras, Tawn! Por ser los Elefantes un clan de computadoras saben cuidar sus intereses. No quiere decir que sean avaros, sino que conocen de sobra el valor de su dinero. Les hemos pasado un presupuesto de diez millones por esta campaña. ¿Cree usted en serio que voy a llevarles un puñado de impresos coloreados?

Philip hizo un esfuerzo desesperado.

—Podemos atraerles con secuencias animadas, estoy seguro —dijo.

—No se les atraerá con eso. Lo que yo quería era las secuencias animadas, pero desde el punto de vista humano. ¿No lo dije bien claro en la reunión anterior?

—Este es un punto de vista humano y directo... Traté el asunto con Charlie Franz —agregó Philip, mientras se miraba las uñas—, y estuvo de acuerdo con...

Philip se interrumpió al observar la fiera mirada de advertencia de Gotfryd.

—Si eso es todo por parte del departamento de Creaciones Artísticas, pasaremos a Estadística —dijo R. G. con énfasis—. Tal vez en los elevados planos de las matemáticas hallemos algo que tenga sentido.

La conferencia se interrumpió a las doce sin que nada definitivo hubiese cristalizado. Philip se puso en pie y, ya se alejaba, cuando Gotfryd le llamó:

—¡Tawn! Quiero decirle unas palabras en privado.

Philip observó que uno o dos de los que salían de la estancia le miraban por encima del hombro. Cuando ya no quedaron más que ellos dos, Gotfryd dijo:

—Lamento haberle hablado así, Phil, pero ya sabe que procuro no darle ningún trato preferente, debido precisamente a que es mi futuro yerno.

—Lo comprendo —murmuró Philip.

—Espero que así sea. Podrán decir lo que quieran de mí, pero jamás demostrarán que alguien ocupa un cargo en mi empresa, si no es porque lo merece. Sin embargo, no le he retenido para decirle esto. Creo que ha hecho un esfuerzo considerable en su proyecto.

Philip se encogió de hombros y contestó:

—Pensé que era un experimento que valía la pena hacer. Debemos avanzar junto a la técnica.

—De acuerdo. Precisamente le elegí por sus ideas innovadoras. Pero, ¿dónde está su sentido de la proporción? Estudie primero algo parecido, aunque en escala reducida.

—Creo que eso no sería factible en términos económicos. He empleado mucho tiempo en esos diseños de los Elefantes.

—Ese es otro asunto —declaró Gotfryd, al tiempo que arrugaba el ceño.

—No, ha sido en mi tiempo libre —se apresuró a añadir Philip.

—De modo que era eso, ¿verdad? Freda se ha quejado últimamente más de una vez, porque no le dedica la atención debida. Bueno, no es que se quejara... Ella no es de esa clase de personas; ha sido algo que hemos podido comprobar claramente su madre y yo. No es forma adecuada de tratar a una chica como Freda, Phil.

—Lo siento, R. G. —murmuró Philip.

—Además, no ha asistido a las dos reuniones de la Morada, y eso se nota, ¿comprende? Y la responsabilidad recae luego en mí, que soy quien le respalda ante la jefatura de los Pavos Reales. Imagino que tendrá la misma excusa para eso. Sé apreciar la dedicación de un hombre a su trabajo, aunque no haya un pleno acierto, como en este caso; pero hay que tener sentido de la medida, Phil, por encima de todo.

—Quizá me excedí con este proyecto. Lo vi como una ocasión de ensayar algo verdaderamente nuevo.

—Usted opina así —manifestó R. G., mirándole sutilmente—; pero yo creo que, en realidad, no era de esta forma. Creo que buscaba una oportunidad de realizar algún trabajo artístico, ¿no?

Philip tuvo que reconocer, internamente, que aquél tenía razón.

—Un artista debe volver a su punto de partida, de vez en cuando —declaró.

Gotfryd le colocó paternalmente una mano sobre el hombro y le dijo:

—Saldrá adelante, hijo. Durante mis tres primeros años aquí, trabajaba por las noches en una novela que iba a conmocionar al mundo. Envié una copia a todos los clanes editoriales de la ciudad. Sólo cuando me llegó la última copia rechazada, un año más tarde, pude considerar la novela como algo independiente de mí mismo. Comencé a leerla, y al final la arrojé página por página al desintegrador. Me sentí sumamente desmoralizado en aquella ocasión, se lo aseguro. Pero conseguí mi primer ascenso importante al cabo de seis meses. ¿Ha captado el mensaje?

—Sí, lo he entendido.

—No quiero decir con esto que deba renunciar por completo a la pintura. La señora Bleckendorf se mostró muy complacida con aquellos paisajes que usted le pintó.

Philip se estremeció al recordarlo. Habían sido las obras más mercenarias que hiciera; sólo estaban destinadas a complacer a la mujer de un superior.

—Ahora que lo recuerdo, ¿vendrá usted a la fiesta que ella da esta noche? Se reunirán allí numerosos miembros importantes de los clanes.

—Allí estaré. Prometí a Freda que pasaría a recogerla hacia las nueve.

—Muy bien. Entonces, ¿recordará mis palabras?

—Sí, R. G.

—Será lo más acertado.

R. G. echó un vistazo a su muñeca y agregó:

—Creo que ya lo hemos dicho todo. Ahora debo ir a comer con los jefes de los Elefantes, en su edificio —y añadió volviéndose hacia la puerta—: Bien sabe Dios que no sé lo que voy a decirles. Pero creo que se me ocurrirá algo por el camino. Seguirá trabajando en ese asunto, ¿no es cierto?

—Desde luego que... —comenzó a decir Philip, pero Randall Gotfryd ya había desaparecido por la puerta.

Los acontecimientos habían empezado a orientarse hacia un punto culminante invisible. Cualquiera que hubiera recopilado un legajo relativo al caso del Philip Tawn, no habría dejado de señalar los hechos producidos durante la mañana, a pesar que no debían ser considerados más que como uno de esos tropiezos que tiene todo hombre de carrera cuando trata de triunfar. Pero lo que hizo a continuación fue lo que marcó una pauta en relación con su conducta.

Philip recogió el aparato de su escudo personal del automóvil y salió a comer. Era la primera vez, desde hacía seis meses, que comía fuera del edificio del Pavo Real. Aquello no representaba un factor negativo, sino todo lo contrario, resultaba psicológicamente apropiado que un hombre saliera de su clan de vez en cuando. Pero lo que hizo durante el camino pudo ya ser tildado de inquietante.

El restaurante, un establecimiento cuya especialidad eran los filetes proteinizados, se encontraba a dos manzanas de distancia. Mientras se encaminaba hacia allí, Philip jugó distraídamente con los controles de su cinturón. Debía haber caminado un centenar de metros cuando se dio cuenta, sobresaltado, que acababa de recorrer toda esa distancia sin la protección de su escudo.

Sumamente preocupado, pulsó inmediatamente el botón. Algún coche de malhechores podía andar por las cercanías con un detector de escudos. Nunca dejaban de producirse accidentes, aun en un mundo tan bien ordenado como aquél.

Philip se sintió extraña y perversamente estimulado. Entró con un gesto casi fanfarrón en el vestíbulo del restaurante, y se puso a silbar mientras interrumpía el funcionamiento del escudo y se colocaba ante el detector de armas...

La velada comenzó prometedoramente. Freda no demostró el resentimiento que su padre le había atribuido. Tenía un aspecto deslumbrante, con su vestido pijama de color blanco con pavos reales dorados que se repetían, con sutiles variaciones. Admiró el sobrio atuendo de color verde oscuro de Philip, con su discreto distintivo del clan en el bolsillo superior.

Ambos avanzaron del brazo por los pasillos hacia la casa de Bleckendorf. Al llegar, encontraron a un grupo de invitados de diversos clanes, ataviados con sus mantos de llamativos dibujos, que se sometían a los controles. Ya les habían inspeccionado en la puerta, treinta pisos más abajo. Una de las corteses prácticas comunes a todos los clanes era la de disminuir en lo posible el proceso electrónico, y no quitarse el manto hasta llegar ante la puerta del anfitrión.

Philip y Freda aguardaron de forma cortés, mientras Marjorie Bleckendorf, ataviada de púrpura con grandes ojos de pavo real estampados, saludaba a sus invitados junto a una consola Stentor. Las invitaciones se introducían en dicha consola, que examinaba los detalles, anunciaba primero los nombres en voz baja a la anfitriona, y luego, cuando pasaban al salón, los repetía en voz alta para los invitados. Detrás de su esposa estaba

George Bleckendorf, con su arrugado rostro de anciano, haciendo considerables esfuerzos por parecer cordial, aunque no lo conseguía del todo. George Bleckendorf era todo un carácter, y había que aceptarlo como era. En otros tiempos, había sido uno de los engranajes más importantes del gran mecanismo publicitario.

Cuando Philip y Freda se detuvieron delante de él, dijo con voz regañona:

—¡Condenado aparato Stentor! Marge dice que lo compró porque soy duro de oído. ¡Maldición, sordo me voy a quedar si esto sigue chillando así! ¿Cómo está, Freda? ¿Y Philip? ¿Qué tal va el asunto de los Elefantes? —agregó con mirada llena de malicia.

—¡Espléndido! —aseguró Philip, que trató de dar a su voz un tono animado.

—Cuidado con las metáforas, muchacho. Apenas si puede usarse alguna con los Elefantes. Y hablando de otra cosa, tengo la garganta tan reseca como la piel de uno de ellos.

Philip captó la insinuación y fue a buscarle un aperitivo al camarero automático. Freda presentó a Philip algunos amigos. En su mayoría eran mujeres, que charlaban animadamente de sus cosas. El joven se sentía desplazado y esperaba que hubiera una pausa en la charla.

Esta se produjo repentinamente, cuando anunciaron a Gloria Paston. Apareció con un llamativo atavío verde y azul, muy escotado por delante y que no le llegaba a los tobillos.

Los asistentes quedaron en silencio, la cabeza vuelta hacia la recién llegada, azorados por aquella simultaneidad..., reanudaron la conversación al mismo tiempo.

—¡Vaya! —exclamó una amiga de Freda—. ¿Has visto eso?

—Ni muerta me pondría yo algo tan vulgar —aseguró una muchacha delgada cuyo nombre, según creía recordar Philip, era Hope.

El joven se dijo que no le hubiera gustado verla viva con aquel vestido.

—Según dicen —afirmó una mujer con atuendo color naranja—, eso está de moda entre los Leones. Apostaría a que dentro de un mes o dos...

—No es lo corto del vestido —dijo Freda mirando a la alta y rubia Paston, que con la espalda vuelta hacia ellos se hallaba rodeada de hombres—. Creo que...

Cruzó furtivamente el salón, echó una discreta mirada al vestido y volvió con gesto escandalizado.

—Sí, en efecto —dijo—. Son auténticas plumas de pavo real, lo que lleva puesto.

—¡No es posible!

—¿Cómo las habrá conseguido?

—Eso significa quebrantar la primera regla.

—¡Y delante de los componentes de los demás clanes!

—Debemos informar de esto en la próxima reunión de la hermandad —declaró Hope con firmeza.

Philip no pudo resistirlo más. El protocolo relativo al atavío del clan era tan severo como las reglas del antiguo arte chino. La primera regla, por la cual no debía emplearse ninguna parte verdadera del ser que daba nombre al clan, provenía de las primitivas raíces del tótem y el tabú. Era una de las ideas cuyo conjunto había llegado a conformar la personalidad del clan. Se había afirmado más aún con la creación de los escudos de fuerza. Philip consideraba aquella charla sumamente aburrida y molesta.

Se alejó del grupo sin que Freda lo notara. Se acercó al bar y se apoyó en la barra, frente a los botones del distribuidor de bebidas. Tomó dos vermouths seguidos, pero sólo se sintió un poco mejor.

George Bleckendorf se detuvo un momento a su lado, con un vaso en la mano.

—¡Estas mujeres! —dijo—. Aseguran que nos estábamos convirtiendo en un matriarcado. Ahora ya lo somos, no queda duda. Ah, Phil, ¿conoce a Ray Donovan?

Bleckendorf dio una palmada en un hombro a Philip, señaló a un hombre que estaba al lado del joven, y luego se marchó a otro grupo.

Philip se volvió hacia su vecino. Por primera vez en la velada sentía algún interés.

—¿Es usted el famoso Ray Donovan? —preguntó—. No oí que anunciaran su nombre.

Era un personaje delgado, que llevaba el pelo muy corto y lucía el distintivo del Clan de los Hormigas. Se llevó el índice a los labios con gesto inseguro, pues parecía estar algo bebido, y dijo:

—¡Shh! Ese es un seudónimo. Y no me oyó nombrar porque fui de los primeros en llegar. Siempre soy de los primeros en las fiestas, incluso en las que son tan rematadamente...

Forzó la vista y, al ver el distintivo de Philip, sonrió con gesto aturdido.

—Gloria a los Pavos Reales —dijo.

Philip no se sintió ofendido. Los Hormigas siempre se consideraban superiores en la escala creadora a los Pavos Reales. Allá ellos con su opinión. En realidad, su labor se hallaba tan sujeta a la maquinaria general como la de los demás. Pero aquel hombre había escrito un notable estéreo-serial hacía un par de años. *El Clan Ratas* era puramente imaginario, según el autor, pero se hicieron numerosas conjeturas acerca de la verdadera identidad. Como es lógico, la mayoría sostuvo que aludía a los Hormigas, y con detalles bastante desagradables. Se comentó que el autor había sido llamado por el Consejo de su clan y que después lo expulsaron. Cierto es que el Clan de los Hormigas era muy cerrado, y nadie sabía con certeza, fuera de él, quién era Ray Donovan ni cuál era su aspecto.

Aquel hombre podía ser un impostor. Pero Bleckendorf era demasiado astuto para caer en una trampa así..., a menos que formase parte del engaño. El viejo tenía un sentido del humor muy especial, si bien procuraba contenerse durante las fiestas que daba su mujer.

—¿Trabaja usted en algo nuevo? —preguntó cortésmente Philip al otro hombre.

—Sí; en algo especial: hará que lo último que escribí sea parecido a *Mujercitas*.

—¿El mismo tema que el anterior, entonces?

Con un gesto admonitorio, el otro contestó:

—Cuando Donovan trata un tema, lo hace exhaustivamente. No se parece en nada; no hay ningún clan que merezca mi atención, actualmente.

Sus ojos abarcaron con desdén toda la concurrencia, al decir estas palabras.

Philip esperó a que el otro le prestase atención para hablarle. Como no lo hizo, manifestó:

—Pero ocurre que todo el mundo forma parte de algún clan, a menos que se trate de maleantes.

Donovan sonrió.

—Es lo característico. Sólo existen dos clases de gentes en la actualidad, los que integran los clanes, y los malhechores. ¿No es así? ¡Cielo santo!

—Bueno, todo el mundo sabe que hay unas pocas personas fuera de los clanes que...

—¡Unas pocas! ¿Sabe usted la cantidad de individuos que hay sin afiliarse a un clan y sin escudo, en estos tiempos que corren?

—Me temo que... No, no lo sé.

—Ni lo sabe nadie, porque nadie se preocupa de llevar los registros oportunos. Pues yo se lo diré: son más de veinte millones.

—Bien, imagino que así debe ser. Allá en el campo... —dijo Philip, moviendo la mano con gesto impreciso.

Donovan se rió con voz cavernosa.

—¡El campo! ¡Eso es tan sólo una red de granjas y de balnearios falsificados! Todo está allí protegido por escudos, y lo demás no son más que enormes eriales. No, la cifra se refiere a las ciudades.

Su aire erudito resultaba irritante. Philip no quería dejarse convencer.

—Si no se lleva ninguna clase de registros, ¿cómo conoce esas cifras? —inquirió.

—Hemos trabajado con promedios. No hubo más que confirmarlo sobre el terreno.

—¿Quiere decir.., que usted fue realmente allí?

—¡Por todos los cielos! ¿Me toma por un imbécil?

—Bueno, protegido por un escudo...

—Bah, en este caso no resulta protección suficiente. No, nosotros enviamos tres cámaras robot allí. Tratándose de un ser humano, ellos se limitarían a dejarle morir de hambre, por muchas pastillas alimenticias que se llevaran en el cinto. Con el primer robot impidieron que se vieran las imágenes lanzando humo oscuro, y después lo arrojaron al río. Al segundo robot lo dotamos de cadenas de tractor y motores apropiados, y terminó de igual modo, a setenta metros de profundidad, en el cieno, como el primero. Lo localizamos desde aquí, pues seguía transmitiendo, pero no podíamos enviar a un grupo de rescate, ¿no le parece?

El tercero regresó. Ello fue posible gracias a una batalla campal que se produjo entre dos pandillas. Habíamos dotado de rayos infrarrojos al tercer robot, y obtuvimos impresionantes fotografías de una cruenta lucha entre malhechores.

—¿Cómo pelean, si ellos también tienen escudos? —preguntó Philip.

Donovan alzó un vaso lleno de bebida y se rió sarcásticamente.

—Eso es algo interesante, ¿verdad? —dijo—. A su debido tiempo lo verá en su pantalla. Verá tomas reales, como aquéllas, mezcladas con reconstrucciones para poner de manifiesto el aspecto humano.

Se tomó la bebida con un furioso trago, y luego se limpió los labios con el dorso de la mano.

—¿Imagina usted lo que significaría volver a vivir como cuando carecíamos de escudos? Sería cien veces peor. Disturbios, gente que mataba a mansalva, y siempre a merced de las bandas de delincuentes. Sí, hombre, ésa es la vida al desnudo.

Un involuntario gesto de disgusto apareció en el rostro de Donovan, y Philip se dio cuenta —a pesar de estar también un poco bebido— que el otro había dejado traslucir el título de la serie con sus últimas palabras. Donovan trató de hablar rápidamente.

—Todos ustedes —dijo—, esos millones de personas que viven detrás de sus hermosos y anodinos escudos personales, y de automóviles y casas, llevan una existencia similar a la del feto en la matriz.

Philip notó que alguien más estaba pendiente de la conversación: un hombre delgado y de rostro inexpresivo. Al fin, su semblante se animó.

—¡Tonterías! —manifestó—. Si la gente vive sin escudo es porque quiere. Todo el mundo tiene hoy derecho a un escudo, y el que vale lo consigue. Se elaboran millones todos los años.

Donovan se volvió rápidamente hacia el que había hablado y dijo:

—¿Sabe usted cuánto cuesta un escudo?

—Claro que lo sé. Vea sino mi insignia. Soy un Tortuga. Un escudo personal corriente, con carga atómica, cuesta dos mil trescientos, impuestos incluidos. Los precios van bajando cada año.

—¿Usted cree? Pues bien, las probabilidades que tiene un paria de comprar un escudo son cada vez menores, a medida que pasa el tiempo. Amedrentados por las amenazas contra su vida a que les someten los maleantes, ¿qué oportunidades cree que tienen esas gentes de ahorrar tal suma?

—Pueden solicitar el ingreso a un clan, en el nivel más inferior. Son millones los miembros de clanes, en las categorías bajas, que viven sin escudo. No lo necesitan debido a que jamás abandonan la casa del clan.

El desconocido tosió y prosiguió diciendo:

—Claro está que eso no ocurre entre los Tortugas. Yo he insistido ante mis jefes para que inicien una campaña con las autoridades de los demás clanes. Pero hasta ahora, no se ha conseguido.

Philip intuyó que debía explotar la pausa para hablar un poco acerca de una posible campaña publicitaria a ese respecto, pero se sintió extrañamente desganado.

El enjuto escritor, por su parte, había mostrado su disgusto frente al Tortuga. Pero, hizo caso omiso de su desagrado y volvió a la carga.

—¿Cree usted que no he investigado eso? —inquirió—. Todos los puestos inferiores de los clanes están cubiertos. Lo sé, amigo, porque lo he comprobado. Solicité que me admitieran en una docena de ellos.

—Probablemente se dieron cuenta que estaba fingiendo —aseguró el Tortuga—. En nuestro clan, al menos, se habrían dado cuenta. Disponemos de una serie de procedimientos de selección muy eficaces.

—Ah, sí, los Tortugas poseen todo eso, ¿verdad? —dijo Donovan, que tenía aspecto de hallarse ya muy embriagado—. Pero personalmente no me gustaría pertenecer a un clan que actúa como lo hacen ustedes.

El otro hombre, visiblemente exaltado, respondió:

—Permítame decirle que nuestro segundo jefe desciende de gentes llanas. Su bisabuelo era un obrero que construía aparatos de barbería.

—No me refiero a eso —dijo Donovan, en voz alta—. Usted sabe muy bien de qué hablo. Me estoy refiriendo a lo que ocurre allá abajo. Si los suyos tuvieran un poco de vergüenza, distribuirían escudos gratis a los necesitados.

Unas cuantas cabezas, entre las cuales estaba la del padre de Freda, se volvieron hacia ellos. Su expresión no era nada agradable. Se encontraba entre un grupo de altos jefes de los Golondrinas.

Philip sintió un repentino y dañino deseo de apoyar al Tortuga, sosteniendo una batalla verbal con todos los tecnicismos de la jerga de los clanes, pero lo pensó mejor y se dijo que aquello podía escandalizar a R. G. Además, no se sentía demasiado entusiasmado. Uno debe sentir aunque sólo sea un ligero aprecio hacia el adversario, y él no simpatizaba con la mecánica lealtad que el Tortuga profesaba a su clan. Y comprendía igualmente que Donovan, a pesar de sus manifestaciones en favor de la doliente humanidad que carecía de escudos, sólo estaba preocupado por explotar la situación en su provecho, para dejar en mal lugar a su oponente.

Philip se alejó de los otros dos, después de murmurar unas frases que ninguno de ellos oyó, y se procuró otro vaso de bebida del distribuidor. Trató de encontrar a Freda, pero en lugar de ello se vio frente a Gloria Paston.

—Vaya, hola —le dijo ella, con tono acariciador—. ¿Dónde había escondido usted su seductora persona, hasta este momento?

Al pensar en aquella trascendental noche, Philip no alcanzaba a recordar lo que le había contestado, pero lo cierto es que la Paston se rió con desenfado y literalmente *frotó*, no hay otro modo de decirlo, su escultural cuerpo contra el del hombre. Sí, Philip recordaba que había ido a buscar una bebida para la muchacha y otra para él, y que después se encontró sentado junto a ella en un sofá, en uno de los rincones oscuros de la sala. Y más tarde —no podría olvidarlo—, había mirado a la escandalizada Freda, que pasaba ante ellos, y le dijo suavemente:

—Hola, cariño. ¿Conoces a Gloria...?

Pero Freda dio media vuelta y se alejó de allí airadamente.

—Discúlpeme —dijo Philip a la rubia, y se puso en pie tambaleándose.

Cuando Freda cruzaba la puerta de la estancia, Philip llegó junto a ella, no sin antes tropezar con los pies de alguien, lo que provocó una especie de reacción en cadena en la atestada sala.

La tomó por un brazo y dijo:

—¿A qué viene esa indignación? Sólo estaba tomando una copa con ella.

—*¿Solo?* ¿Por qué crees que se ha pegado a ti? Porque hemos hecho correr la voz para que nadie le hable, a causa de su vestido. Tú, como artista, tenías que haberte dado cuenta de ese detalle.

—¿Qué demonios tiene que ver que yo sea artista con eso?

—Debiste tener mejor gusto —replicó ella, mientras liberaba su brazo de la mano de él—. No pienso discutir contigo. Me marcho.

Todo pareció quedar muy claro, a pesar de los esfuerzos que hacía Philip para ver los objetos. Lo cierto es que contestó con toda vehemencia:

—Haz lo que te dé la gana.

Luego dio media vuelta y regresó de nuevo al bar.

Cuando pasaba junto a R. G., éste le dijo con voz sombría:

—Váyame a ver mañana a la oficina.

Philip se alejó altivamente y pulsó los botones de la bebida que deseaba.

La tomó en la terraza. Gloria Paston se encontraba allí; le dirigió una sonrisa llena de gratitud y se acercó más a él.

Para entonces ya no se encontraba interesado en la mujer. Miró más allá de los límites de la ciudad, por encima de los grandes bloques de los clanes —un millón de luces que brillaban dentro de los tenues halos nocturnos de sus escudos—, más allá de los sectores comerciales e industriales, hacia las tierras que se divisaban a lo lejos. Se trataba de una zona situada en la oscuridad, definida tan sólo por las luces de las zonas circundantes y por las márgenes del río. Dentro de aquella extensión, sólo se veían unas pocas luces. Mientras Philip observaba, brilló un fulgor rojo que luego se extinguió. ¿Era la explosión de una bomba? Aguardó a percibir el estampido, pero hasta él no llegó sonido alguno.

En aquel preciso momento, Philip Tawn perdió la cabeza. Le ocurrió lo mismo que a los hombres primitivos, anteriores a la creación de los escudos. Estallaron todos los resentimientos que nunca había creído alentar hasta aquel momento: resentimientos contra su trabajo, contra el hecho de ser un artista en un mundo de cerebros, contra una prometida de la que no podía esperar más que discusiones y necias formalidades; resentimientos contra todo.

Pero perdió la cabeza —así era el mundo en que vivía—, circunspectamente, sin salirse de sus casillas, por decirlo de alguna manera. Entregó su vaso a la Paston y se marchó lentamente del apartamento, sin tropezar esta vez con el pie de ningún invitado.

Tomó asiento en un sórdido bar nocturno situado en un extremo del sector fabril de la ciudad. Una luz tenue iba apareciendo por el horizonte. Antes de abandonar su apartamento, se había puesto un traje de día, del que había quitado la insignia del clan. Su manto de noche y su escudo se hallaban en el modesto guardarropía de aquel establecimiento. El coche lo había dejado en un garaje situado a tres manzanas de distancia.

Se sentía libre, tan libre como nunca lo había sido anteriormente en su vida. Aquello no podía durar más que unas pocas horas. Lo cierto es que se encontraba magníficamente, una vez dominados los efectos de las bebidas que había tomado en la fiesta. Esto lo consiguió con una pastilla que eliminó todas las molestias. El mundo de los clanes, de los actos

controlados exhaustivamente y de los convencionalismos le parecían ahora tan alejados, como si se hallaran en otro universo. Estaba dispuesto a dar el último paso.

Arrojó algunas monedas sobre la mesa y salió del bar. Pasó lentamente por delante del guardarropía y salió con toda calma cuando la puerta se abrió a su paso. No recogió el manto ni el escudo, y la voz del robot llegó chillona hasta él para recordarle su olvido, hasta que se interrumpió repentinamente cuando la puerta se cerró a sus espaldas.

Se encontraba solo en aquel mundo; totalmente indefenso.

Un escalofrío recorrió su cuerpo; Philip se dijo que se debía seguramente al fresco de la mañana y a no llevar encima el manto. Los gigantescos edificios del horizonte parecían cortados con unas tijeras enormes. Les volvió la espalda y avanzó hacia la tierra inhóspita.

No se veía a nadie en aquella calle desierta. La calzada desapareció al desembarcar en un montón de cascotes. Philip rodeó las piedras y se dio cuenta que había llegado a su destino.

Recordaba antiguas fotografías de los suburbios en tiempos pasados, y se dijo que lo que veía ahora era peor. Los postes de la luz habían sido aserrados o arrancados de cuajo. Las casas estaban casi todas en estado ruinoso, y en sus ventanas sólo quedaban unos pocos cristales. Se veían aberturas de sótanos, como grandes bocas, detrás de unas trincheras de tierra y de escombros. Sobre todo el conjunto, flotaba un intenso aire de corrupción.

Sintió que era observado.

Un coche verde apareció por detrás de una esquina, con algunos rostros patibularios en su interior, y tras una rápida carrera se detuvo casi a su lado.

Philip dio media vuelta y echó a correr.

Detrás de él escuchó el motor del coche acelerando, y un chirrido de neumáticos. Avanzó en zigzag, entre los montones de escombros, rogando interiormente para que éstos dificultaran la marcha del automóvil de los maleantes. Pero el vehículo siguió acercándose. Le dolían los pulmones cuando se escurrió a través de la abertura de un muro y salió a un vertedero que había más allá.

Siguió a la carrera entre los montones de piedras y ladrillos, con el fin de aumentar la distancia que había conseguido ganar a los malhechores. Salió a una calleja, o lo que quedaba de ella. Allí estaba esperándole el vehículo, con sus gentes de caras malignas.

Le pareció que el latido de su corazón superaba al sonido del motor del coche cuando éste aceleró para cerrarle el paso. Esperaba levemente que aquel coche no fuera el mismo de antes.

Pero no había tiempo para averiguarlo. Era absurdo correr por el vertedero, donde siempre sería una víctima en el juego del gato y el ratón. Divisó otra abertura en una pared situada a unos cuarenta metros de distancia. Allí podía estar su salvación. Lleno de angustia, se volvió y corrió hacia el boquete.

Nunca llegaría a alcanzarlo.

Se detuvo y se arrimó a la pared, con los miembros extendidos. El coche avanzó hacia él. Philip cerró los ojos ante la roja embestida de la muerte.

Oyó un chirrido de frenos, y el destructor impacto no llegó a producirse. Todos los músculos de su cuerpo estaban en tensión. Una vida entera pasada detrás del escudo protector le había hecho perder la costumbre de enfrentarse con aquellos peligros.

Abrió los ojos, y se vio pegado a la pared, con el parachoques del coche a treinta centímetros de sus piernas. Los tres maleantes que ocupaban el vehículo le miraban con ojos que parecían vidrios negros. Al fin, el chofer se dispuso a descender del automóvil, y sólo entonces sintió Philip que disminuía su tensión nerviosa.

El conductor saltó del coche con un arma de repetición en la mano y se situó en la calle, detrás del vehículo. Los otros dos empuñaban automáticas.

Uno de ellos hizo un gesto cuyo significado no podía interpretarse erróneamente. Philip se dispuso a obedecerle, despojándose de la chaqueta, pero, reuniendo toda la fuerza que tenía, lanzó un golpe contra el maleante. Este lo eludió con increíble facilidad.

—Mal chico, malo —le dijo el otro, moviendo negativamente la cabeza.

No había otra alternativa, y Philip se quitó la prenda.

El bribón la tomó y registró sus bolsillos sin dejar de apuntarle con el arma. Su compinche, un individuo rechoncho y peludo, palpó las ropas que Philip llevaba puestas. No tardó en hallar el pequeño rollo de billetes que tenía en el bolsillo de la cintura, y después de sacarlo, los contó con mano experta.

—Un día que empieza bien —observó su compañero, mientras acariciaba la tela de la chaqueta de Philip.

El hombre achaparrado le arrebató la chaqueta y se la arrojó a Philip, que se la puso de nuevo, sintiéndose agradecido interiormente debido al frío que reinaba.

—Doscientos cuarenta —dijo con un gruñido.

Philip se sintió fuera de la realidad cuando el malhechor le lanzó a las manos la mitad de su rollo de billetes.

—¿Qué quieres? ¿Más del cincuenta por ciento? ¿Pero de dónde vienes, muchacho? ¡Ya aprenderás pronto!

El individuo extrajo de un bolsillo una especie de sello de goma.

—Ahora quedas bajo la protección del Oso —manifestó mientras le estampaba el sello en la frente, y agregó—: Ahora, súbete la manga.

En la muñeca de Philip quedó impresa una rústica cabeza y la cifra 120 en color verde.

—También tienes en la frente la misma marca del Oso; eso hará que te respeten mucho por aquí —dijo el hombre grueso—. Si se te presenta algún problema, con los Lobos o con los Monos, no tienes más que llamarnos.

—¿Adónde debo llamarles?...

El otro sonrió significativamente y repuso:

—Basta con que des un grito. Siempre estamos por estos lugares.

Los tres volvieron al coche. Éste describió una curva cerrada y se alejó rápidamente.

Philip permaneció un rato inmóvil, como atontado. Las sorpresas se sucedían con demasiada rapidez, y la mayor de todas era el hallarse aún con vida.

Movió un poco los miembros para desentumecerse, y luego echó a andar.

Las calles comenzaban a despertar. Los vendedores abrían los sótanos y colocaban mercancías encima de unos bancos. Philip nunca había visto nada parecido, si no era en algunas películas antiguas. Dos veces por año las mujeres de los Pavos Reales llevaban a cabo una venta benéfica con destino a los miembros inferiores del clan. Pero aquello, más que otra cosa, era un ejercicio de economía interna, para deshacerse de todo lo sobrante. Los objetos eran artificiales.

Allí, en cambio, se exhibían frutos naturales, grandes trozos de carne, prendas usadas y cachivaches. Las gentes empezaban a salir de sus casas para hacer las compras. No parecían sentir temor alguno, y se hallaban sorprendentemente bien vestidas. Nada tan pulcro —o más bien estereotipado— que un atuendo de clan, pero Philip había esperado ver a los maleantes llenos de harapos.

Siguió avanzando, fascinado por lo que veía.

Apenas se había alejado de la calle del mercado, cuando otro coche, éste de color rojo, se detuvo a su lado. Ahora Philip no cerró los ojos ni huyó de allí.

Bajaron tres bribones —parecía ser el número más corriente— y se le aproximaron.

Había sobrevivido una hora en aquel mundo. Si quería continuar con vida en ese medio, debía comenzar por aprender sus costumbres, aunque al principio se equivocase. Entonces señaló a su frente.

Los malhechores fruncieron el ceño, pero uno se le acercó y comenzó a registrarle. Sin dejarse intimidar, Philip le dio un empujón y se descubrió la muñeca. El otro no hizo caso y le abrió la chaqueta.

Entonces Philip, sin saber qué hacer, lanzó un grito.

—¡Oso! —chilló recordando la experiencia que había tenido unos momentos antes.

Le arrebataron la chaqueta, y él volvió a gritar:

—¡Oso!

Una pistola ladró desde alguna parte. El hombre que le había arrebatado la chaqueta cayó con una rodilla en el suelo y se aferró a una muñeca mientras lanzaba una maldición. Philip volvió a quitarle la prenda antes que ésta se manchara de sangre.

El individuo que parecía aguardar a sus compañeros, giró rápidamente y roció los escombros de balas. El arma invisible volvió a hablar, y el que disparaba dio una vuelta sobre sí mismo al tiempo que la pistola saltaba de su mano. Cuando recuperó el equilibrio, tenía inerte el brazo derecho y una mancha roja se extendía por su hombro.

Los tres malhechores se retiraron a su vehículo, después que uno de ellos recogiera al pasar su arma del suelo. Apenas se había sentado en el coche cuando otro vehículo, éste de color verde, apareció doblando una esquina. Philip se colocó a cubierto ocultándose en el quicio de una puerta. Luego miró.

Ambos automóviles se hallaban frente a frente, y Philip recordó las palabras de Donovan durante la fiesta. ¿Habría sido una batalla como la que se avecinaba, la que había filmado el escritor?

Los vehículos cargaron el uno contra el otro como dos bisontes enfurecidos y, después del impacto, sus escudos rebotaron violentamente. Philip se sintió un poco defraudado. ¿Aquello era todo? ¿Una serie de colisiones?

Se dio cuenta que sólo había sido una especie de desafío, ya que los coches retrocedieron, y de la parte delantera de cada uno de ellos salió el cañón de un arma de grueso calibre. Los escudos alcanzaban a verse bajo los rayos del sol matutino, muy inclinados; se apreciaba en ellos un movimiento vibratorio. Las armas rugieron.

Durante un momento, Philip creyó que algo malo les ocurría a ambos escudos al mismo tiempo. Aquello iba en contra de toda lógica. Luego se confirmaron sus sospechas al ver el número de balas que rebotaban por todas partes. Nadie podía disparar tan mal, y los dos vehículos se hallaban tan sólo a unos trece metros el uno del otro.

Un proyectil se estrelló contra la pared de ladrillos, por encima de Philip, dejándole cubierto de polvillo ocre. En ese momento funcionó su memoria. En una estéreo-serie, cuando era pequeño, había visto un combate entre aviones de la Primera Guerra Mundial, cuyas ametralladoras estaban sincronizadas para disparar entre uno y otro paso de las paletas de las hélices. Los escudos eran ahora una barrera contra la violencia tanto desde el interior como desde el exterior.

De pronto, la cubierta del coche verde estalló con ruido metálico. Era evidente que un proyectil acababa de introducirse por un intersticio formado en su escudo durante una fracción de segundo.

Philip sintió una especie de remordimiento, una sensación extraña de lealtad. Un coche de los Osos —si es que los colores indicaban lo que suponía— había acudido en su ayuda, y ahora tres semblantes muy pálidos miraban desde el interior del vehículo. El cañón había quedado destruido, y el escudo acababa de desintegrarse. Se encontraban heridos e indefensos. Se oyó entonces un estampido ensordecedor.

A través de un ruido que llegó a sus oídos como si fuera un resonar de timbales, una voz le dijo:

—Ven conmigo.

Era una voz femenina. Luego pudo reconocer a una mujer, en el momento en que pasaba a su lado, a pesar de su camisa y sus pantalones masculinos.

Cuando pensaba que los acontecimientos se estaban desarrollando con cierta lógica, las cosas volvieron a complicarse. El coche verde se hallaba como antes, pero el rojo aparecía ahora volcado, y sus ocupantes tendidos en el suelo. Uno de ellos salía a medias del vehículo, en una postura inverosímil, y lanzaba maldiciones. De la mano que tenía en el suelo faltaban todos los dedos, y una sangre iridiscente salía por la herida. Philip se sintió enfermo. Algún otro proyectil había hallado un intersticio en el escudo del otro automóvil.

La chica de los pantalones se aproximó al coche rojo. Llevaba algo en la mano, y cuando la levantó, Philip pudo ver lo que era: se trataba de un explosivo, una granada.

Del automóvil volcado había caído un rollo de billetes. La muchacha se apresuró a recoger el dinero y, a continuación, se encaminó hacia el vehículo de color verde, donde otros billetes estaban desparramados por el suelo. La joven se inclinó y, después de recoger esos otros billetes, los introdujo en el bolsillo de su cinturón, mientras sonreía complacida.

Philip salió del umbral de la puerta y se sacudió el polvo de ladrillo del pelo y de la cara. La muchacha le llamó imperiosa y Philip se acercó a ella.

—Larguémonos de aquí —le dijo la joven, que le tomó por un brazo y le arrastró fuera de la calle. Cuando doblaban la esquina, oyeron nuevos disparos a sus espaldas.

—¿Qué..., qué ha sucedido? —preguntó él, desconcertado.

—Lancé un cartucho de dinamita contra el coche de los Monos. No es posible hacer volar un escudo, pero se puede volcar un automóvil, con un poco de suerte, si se arroja el cartucho muy bajo.

La chica parecía muy tranquila. Él se detuvo de pronto y la miró. Tenía una silueta esbelta, más bien frágil.

—¿Qué eres tú? ¿Una especie de asesina que trabaja por cuenta propia?

Ella se echó a reír; entonces fue cuando Philip vio la cabeza de un lobo impresa en la bronceada frente de la muchacha.

—No lo entiendo. ¿Acaso yo no soy un enemigo tuyo, también? —le preguntó.

Ella se dispuso a contestarle, pero se interrumpió ante el sonido de un motor. Un coche rojo apareció por la calle más próxima y pasó ante ellos velozmente.

—Ahórrate las preguntas —le dijo ella tomándole de nuevo por un brazo—. Ven, no estamos muy lejos.

Al llegar a la calle siguiente, la muchacha se detuvo. Luego cruzó una puerta.

La siguió escaleras abajo, preguntándose qué podía haber allí. ¿Acaso el escondrijo de una banda? Pero la chica le guió hasta una sala amplia escasamente alumbrada. Era un bar.

—Dos cafés —indicó ella, y la petición fue atendida con una celeridad que Philip no conocía.

Tomó un sorbo y afirmó:

—Este café es bastante bueno.

Verdaderamente no hacía honor a la verdad, pues pensó que no había probado nunca un café como aquél.

—Es lógico, ya que sólo roban lo mejor. Desde luego, también contribuye el agua. ¿Has pensado alguna vez de dónde viene el agua en la ciudad? Mejor no recordarlo. Aquí los Lobos han perforado un pozo y hay agua de la mejor calidad.

—¿Los Lobos? Pero si son unos maleantes...

Philip se mordió el labio inferior y agregó en seguida:

—Bueno, lo siento. Quise decir que eran igual que los Osos y los Monos, ¿no es así?

—No importa —contestó la chica, sonriendo—. Veo que eres nuevo por estos lugares. Hay algunas excepciones. Por eso yo...

La muchacha se interrumpió y él dijo:

—Por eso tú procuraste que yo saliera bien librado allí atrás, ¿no es así?

—En efecto —repuso ella, y pareció sentirse aliviada—. En cuanto al asunto de los Lobos y del suministro de agua que han conseguido, creo que deben llevar a cabo algún servicio por el dinero que reciben, ¿no te parece? Lo mismo ocurre con los Osos y la energía eléctrica que producen.

—¿Energía eléctrica? —preguntó con tono incrédulo—. Si ni siquiera hay alumbrado en las calles.

—Existen necesidades más urgentes, como son las de suministrar energía a las fábricas. No han vuelto a levantar los postes de la luz, pero ya lo harán.

—Creí que estas gentes ganaban el dinero fácilmente, apaleando a las personas.

—Eso es lo que pensaron durante un tiempo. Pero pronto aprendieron a ser razonables.

—¿Llamas ser razonable a robar sólo el cincuenta por ciento? Eso fue lo que me quitaron cuando apenas llevaba cinco minutos por estos lugares.

—Me parece muy normal. Los bribones pueden descubrir a un forastero desde varias manzanas de distancia. En teoría, una patrulla de Osos puede detenerte en cualquier momento y despojarte de la mitad de lo que lleves encima. En la práctica... Bueno, si uno cree que le han esquilmado, siempre se puede recurrir a los jefes del respectivo clan. Eso suele dar resultado. De todas formas, ¿cuánto paga el miembro de un clan de allá arriba en concepto de tasas e impuestos?

Philip hizo un cálculo rápido. El pago al clan; a los clanes de servicio; la licencia a los Hormigas; el impuesto general, y lo demás.

—Aproximadamente el sesenta por ciento de su sueldo —contestó Philip.

—Ya lo ves.

—Pero aquel coche de los Monos también me perseguía para robarme.

—Ahora ya sabes por qué todos sienten antipatía por los Monos. De vez en cuando, surgen clanes advenedizos; pero no duran mucho. El juego de los bribones es siempre juego limpio. No ocurre así con los Monos.

—¿Juego limpio? ¿No crees que es a la inversa, que somos nosotros los que jugamos limpio? ¿O acaso todo el mundo anda aquí con una granada de mano en un bolsillo y un cartucho de dinamita en el otro?

—Claro que no. Tampoco es una costumbre mía. Pero uno debe hacer algo, cuando ocurre un suceso semejante a las puertas de la propia casa.

—Sin embargo, tú pareces estar muy tranquila, a pesar de lo ocurrido. ¿No temes que desde ahora te persigan todos los componentes de la banda de los Monos?

—Es poco probable. Las dos bandas que han intervenido en la escaramuza harán todo lo posible por olvidar mi existencia. Los jefes del clan no sienten demasiadas simpatías por los que actúan torpemente.

Philip movió la cabeza con incredulidad, y agregó a continuación:

—Aquí todo está trastornado.

—¿Por qué? Tal vez pueda parecer eso cuando se viene de allá arriba. Pero yo diría que es allí donde está todo trastornado. No consiguen eliminar el problema de la violencia; tan sólo lo eluden. De ese modo se originan otras cosas: resignación, esterilidad de ideas.

Philip comprendió que la muchacha no estaba haciendo otra cosa que expresar lo que él sentía interiormente, y que había motivado su crisis en aquella desafortunada fiesta de la noche anterior. Pero el hecho que ella lo dijera tan confiadamente le impulsó a protestar.

—Resulta fácil decir eso cuando no se ha conocido otra forma de vida. Cualquiera que...

Se interrumpió al ver que la muchacha se estaba riendo.

—¿De qué te ríes? —le preguntó.

—Creo que sacas conclusiones con demasiada rapidez. Yo llevo aquí apenas tres años. No sé la cantidad exacta, pues no hacemos censos en este lugar, pero podría asegurar que

más de la mitad de la gente que vive aquí son como yo, personas que han elegido este sitio por su propia voluntad. Estamos en comunicación con otras ciudades, y sabemos que aumenta el número de adeptos. Se trata de un movimiento. Una a una, las personas van abandonando las ciudades superiores que están provistas de escudos. ¿Acaso a ti no te ha ocurrido lo mismo? ¿Por qué te marchaste tú? Bueno, eso es una cuestión secundaria. Aquí no nos preocupan las razones de la gente. Basta con que se decidan a romper con esa sociedad.

Philip sonrió y dijo:

—Pareces un miembro del comité de recepción.

—Nada de eso. Me encontraba casualmente allí cuando los Monos te atacaron.

—¡Vaya, soy un idiota! Aquellos disparos, al principio..., ¿eran tuyos, también?

Ella enrojeció, con lo cual aumentó su desconcertante encanto; bajó la mirada.

—Cualquiera hubiese... —murmuró.

—¡Pero si me has salvado la vida!

Ella alzó la mirada y disimuló su confusión con una especie de arrebato colérico.

—¿No puedes meterte en la cabeza que los bribones sólo matan a sus iguales? Nosotros, los de los clanes, somos su medio de vida. Nos necesitan.

—¿Cómo puedo saber que..., que eso es cierto? —inquirió casi tartamudeando—. Lo siento..., quise decir...

—¿Qué quisiste decir? ¿Que tuve otros motivos?

Ella le miró entonces provocativamente.

Él le devolvió la mirada. No era hermosa, para el gusto que imperaba arriba, en la ciudad —trató de imaginarse a Freda en aquel ambiente, y no pudo—, pero el concepto de la belleza es relativo. Aquella muchacha, con su cabello rubio corto y sus ojos azules, tenía algo sugestivo.

Pero la atracción se atenuaba ante su propio sentimiento de incapacidad en un mundo como aquél y con una mujer como aquélla. Ni siquiera se sentía capaz de demostrar la gratitud que experimentaba.

De improviso, Philip se dio cuenta que, en efecto, podía expresar su gratitud. Se puso en pie y dijo:

—Espera aquí.

—Pero...

—Espera, te lo ruego.

Y se alejó de allí antes que ella pudiera decir algo más.

—Se ha excedido del tiempo normal —dijo la voz grabada del monitor—. Deberá abonar un recargo de cinco dólares. Tenga la bondad de presentar su tarjeta de identidad.

Todo aquello le parecía irreal, en esos momentos. No concebía semejante mecanización en cosas tan mínimas. No obstante, presentó su tarjeta de identidad, considerándose afortunado porque aún la llevaba consigo.

Se oyeron una serie de chasquidos en el interior de la máquina, y el robot dijo:

—Introduzca ahora cinco dólares.

Philip hizo lo que le pedían. Una nueva serie de chasquidos y el elemento de su escudo apareció en un hueco del mostrador.

Recogió el aparato y salió al exterior.

Se quedó allí, inmóvil, durante unos instantes. Nada más fácil que colocarse el cinturón y encaminarse hacia donde se encontraba su automóvil. Todo se podía solucionar. Probablemente quedaría rezagado un año en los ascensos; no pasaría nada más. La lealtad al clan y el tiempo contribuirían a cicatrizar las heridas.

Sabía que podría encontrar las palabras que aplacasen a Freda. Ahora tenía una emocionante historia que contar, acerca del modo en que había arriesgado su vida entre los

malhechores, sin llevar puesto el escudo. La próxima vez que encontrase a Donovan estaría en condiciones de discutir muchas cosas y de ponerle al corriente de lo que ignoraba. Incluso...

Se colocó el elemento del escudo sin activar, bajo la chaqueta, y se encaminó hacia la tierra hostil.

Sus ojos se acostumbraron, en esta ocasión, más rápidamente, a la oscuridad. El bar se encontraba lleno cuando llegó, pero no alcanzó a ver a la muchacha. Ante la mesa donde estuvieran, se hallaba ahora otra pareja. Se abrió camino hasta el mostrador.

—¿Dónde está...? —se dio cuenta que ni siquiera conocía el nombre de la chica—. ¿Dónde está la muchacha rubia, que llevaba pantalones?

—Se refiere a Kim, ¿verdad? Le dejó un recado. Está en el Centro.

—¿Dónde se halla eso?

—Al salir vaya hacia la izquierda. Se encuentra a dos manzanas de distancia. No puede perderse.

Alguien le siguió de cerca y le tomó por un brazo. Philip se volvió y se halló frente a un hombrecillo de facciones angulosas que vestía chaqueta de cuero.

—Perdóname, amigo. No pude evitar el ver lo que llevas debajo de la chaqueta, cuando te inclinaste sobre el mostrador. ¿Funciona?

—Claro que... Bueno, ocúpate de tus propios asuntos —le contestó irritado Philip, mientras echaba a andar calle abajo.

El otro avanzó a su lado, y le dijo:

—Vamos, ése no es modo de tratar a un compañero de clan. Yo también soy un Oso. Si no te interesa el elemento del escudo, puedo ofrecerte un buen precio por él. Quinientos dólares.

—Te digo que no deseo venderlo.

—Seiscientos.

—Vete al diablo.

El hombre se quedó atrás, y Philip oyó sus pasos que sonaban como cansados. Procuró olvidarlo.

El que atendía el bar tenía razón. No podía uno pasar junto al Centro sin verlo, ya que era el único edificio que estaba en pie en toda la calle. Algunos albañiles trabajaban al lado, levantando lo que parecía ser un grupo de tiendas.

En la fachada del edificio había un cartel donde se leía: *Centro Comunal*. La casa parecía, en realidad, un antiguo almacén, y la capa amarilla de pintura que cubría la fachada no conseguía ocultar su vetustez.

Philip cruzó la puerta y oyó música. Se encontró entonces en una sala de espectáculos. En el escenario se hallaba una orquesta, y al frente de ella vio a la muchacha, que la estaba dirigiendo.

Avanzó por el pasillo sin poder disimular su sorpresa.

Era un conjunto pequeño, de unos quince miembros, pero el hecho que existiera allí una orquesta no dejaba de asombrarle. La música sonaba a sus oídos un tanto rústica, teniendo en cuenta la suavidad melódica de los conjuntos electrónicos a que estaba acostumbrado. Dos trompetas tocaban un motivo que subrayaba un tamboril. Se interrumpieron de pronto ante unos golpecitos que dio la muchacha con la varita. Philip aprovechó la ocasión para llamarla.

La chica se volvió y le miró entre sonriente y ceñuda. Luego prestó de nuevo atención a la orquesta.

—Empecemos desde la página cuatro —dijo ella.

Philip se encogió de hombros con aire resignado, y tomó asiento en un banco. Sobre él pudo ver unas partituras y un trozo de lápiz. Se quitó el cinto del escudo y lo colocó sobre

el banco. Echó un vistazo a las partituras, y para pasar el rato, se puso a dibujar al dorso de las mismas.

Notó que su mano había perdido práctica, pero al cabo de algún tiempo se encontró absorto bosquejando la silueta de Kim, en el momento que señalaba a los violines para que atenuaran un poco la estridencia en determinado pasaje. También dibujó la posición especial de los dedos, en el hombre que estaba tocando la flauta.

La música cesó al cabo de un rato, y él dejó el lápiz y el papel; se sintió culpable cuando oyó la voz de Kim dirigirse a los músicos. La muchacha descendió del estrado, se acercó a él y le dijo:

—¿Qué tal sonaba?

—Un poco violento.

—Todo arte requiere un poco de violencia.

—¿Así lo crees? Yo nunca hubiera pensado eso antes.

—Bien, en todo caso el arte exige un conflicto del artista con su elemento, o con el público. De ese modo, se establece una mayor comprensión. Si se logra, cosa que no siempre ocurre. No creo que suceda ahora, pues se trata tan sólo de mi segunda *suite* para orquesta.

—¿Eres tú la autora?

La muchacha le miró con aire de disculpa.

—Debemos matizar un poco nuestro trabajo —manifestó—. Aún no tenemos muchos compositores por aquí, y allá arriba no se produce nada que merezca dársele el nombre de música.

—Yo creí...

—¿Qué? ¿Que yo era una asesina profesional? —dijo ella, y se echó a reír, pero sólo muy brevemente, pues había captado la expresión del rostro de Philip. Añadió—: Creo que debí haberme explicado antes. Este es mi verdadero trabajo. El principal. Claro está que lo que hacemos cualquiera de nosotros como tarea marginal no es juego de niños. Estaremos en condiciones de bastarnos a nosotros mismos dentro de un año, aproximadamente; pero hasta entonces debemos sobrevivir.

Sobrevivir. Philip había olvidado esa palabra. El concepto que tenía de la muchacha había cambiado radicalmente. Pero eso hacía que lo que iba a ofrecerle resultara aún más importante. Tomó el cinto del escudo y se lo tendió a Kim.

La reacción de la chica le tomó completamente desprevenido. Ella miró al aparato y luego lo apartó con la mano como si fuera algo contaminado.

—Quédate con él —insistió Philip—. Deseo ayudarte.

—Lo siento —dijo ella, al tiempo que le tomaba por un brazo—. Aún no lo comprendes, ¿verdad? Ya lo entenderás. Si llevas un escudo aquí, automáticamente te conviertes en uno de *ellos*. Juego limpio; eso es lo que impera por estos lugares. Ya te lo dije.

—¡Demonios! —exclamó Philip mientras arrojaba el cinto del escudo sobre el banco—. ¿Es que no voy a hacer nada bien aquí?

—No te impacientes; sé apreciar tu atención. A pesar de todo, un escudo aquí posee un indudable valor, para determinada clase de personas. Al fin y al cabo, siempre hay algunos fracasados que tratan de entrar en las filas de los bribones.

—Por favor; creo que estás empeorando las cosas —dijo él volviéndose hacia la joven.

—¿Qué es esto? —inquirió Kim, recogiendo las partituras dibujadas por el reverso.

—Lo siento —repuso Philip—. Sólo he utilizado el dorso de las hojas.

—No tiene importancia. Veo que lo que has hecho no está nada mal.

—Sólo son unos bosquejos.

—¿Te dedicas a la pintura?

—Antes solía hacerlo.

—Eso es algo que podrías empezar a hacer inmediatamente —aseguró Kim.

—¿Acaso la gente compra cuadros, por aquí?

—¿Por qué no? También acuden a los conciertos.

—Necesitaría procurarme material.

—Puedes conseguir todo lo que quieras en los mercados. Te advierto que no siempre se dispone de ello en el momento oportuno. Lo mismo nos ocurre con los instrumentos musicales. A veces se hace necesario improvisar.

—¿Y qué tiene de malo improvisar?

Philip se sintió lleno de confianza, otra vez. Estaba seguro que allí podría empezar de nuevo. Echó un vistazo al cinto del escudo y sintió impulsos de destruirlo, por ser un símbolo de algo inútil. Pero tuvo una idea mejor.

—Perdóname un momento —dijo Philip. Recogió el cinto del banco, recorrió el pasillo con presteza y salió a la calle. El hombrecillo de rostro anguloso aún se encontraba por allí.

—¿Cuál dijiste que era el precio máximo que ofrecías? —le preguntó.

—Setecientos dólares.

Philip ya iba a aceptar, cuando recordó que se encontraba en un mundo de gentes duras. Un mundo de verdad, en el que podía ocurrir cualquier cosa, pero siempre algo real, auténtico.

—No he oído muy bien —dijo.

—Setecientos cincuenta —contestó el otro.

—Trato hecho.

Philip regresó a la sala.

La orquesta estaba ensayando de nuevo. Los acordes de las trompetas sonaban maravillosamente.

EL AZUL MÁS PROFUNDO DEL MUNDO

SONYA DORMAN

Los relatos de SF, en los que se nos muestra el enfrentamiento de la libertad individual con una sociedad supercondicionante que cada vez deja menos margen a esa libertad, constituyen una de las vertientes más interesantes de la SF crítica.

El siguiente cuento puede muy bien interpretarse como una escalofriante parábola de la deformación educacional a la que son sometidos los niños para adaptarlos a un mundo absurdo.

Si alguien se estremece ante la sordidez del centro de adaptación en el que es recluida la pequeña Anna, que piense que, en muchos aspectos, nuestros internados no son demasiados distintos... Y que la aberrante situación social descrita en el relato no es sino una extrapolación del actual estado de cosas.

* * *

Era un jarrón en forma de cuenco, de un profundo color azul. Las femeninas curvas del mismo se adaptaban perfectamente a las palmas de sus manos. La muchacha que lo

transportaba calzaba zapatos gastados, vestía una falda limpia, pero muy raída y una blusa rasgada. Nada llevaba con ella, salvo el mencionado jarrón, que estaba vacío.

—Hemos llegado, querida —dijo la encargada al entrar en el largo dormitorio de alto techo. Por las grandes ventanas del antiguo edificio entraban haces de luz, que se deslizaban por los hombros de la joven e iluminaban sus trenzas con reflejos dorados y rojizos.

En el otro extremo de la habitación, dos adolescentes, sentadas en sus camas, se entretenían con algún juego.

La encargada guió a la recién llegada hasta una cama vacía, cuya colcha, aunque gastada, era de un blanco inmaculado. Junto a la cama había un velador pequeño con dos cajones. La niña, sosteniendo el jarrón con ambas manos, lo acercó a un rayo de sol que le permitió apreciar el color azul del objeto. Luego, alejándolo de la luz, lo depositó sobre el velador. Entonces se sentó en la cama y, después de cruzar sus manos, las descansó sobre el regazo.

—¡Niñas! —llamó la encargada a las otras dos—. Aquí está Anna.

Aquéllas se volvieron para mirarla, ni hostiles ni amigables, ni siquiera indiferentes. Anna continuó contemplándose las manos, delgadas y de piel oscura en los nudillos, y callosas en las palmas.

—¡Niñas! —repitió amenazadoramente la mujer.

Se levantaron y acudieron sin que sus semblantes denotaran gran curiosidad.

—Hola, Anna —dijeron.

En ese instante se oyó un formidable estruendo, y las dos niñas, junto con Anna, dirigieron su mirada a través de los amplios ventanales, hacia el cohete que, surgiendo por detrás de un lejano muro, abandonaba la base espacial.

El cielo era de un color tan puro, que parecía la llama del alcohol cuando quema; la nave se elevó y desapareció en el aire, dejando tras sí una turbulenta estela, y un gran asombro entre aquellos que la oyeron pasar; las tres jovencitas quedaron ensimismadas, nostálgicas y perplejas.

—Sí, se ven pasar continuamente —declaró la encargada con fingido buen humor—. Las dejo solas; así podrán conocerse mejor. Pronto llegarán las otras de la escuela.

Cuando se hubo retirado del amplio dormitorio, tras cerrar con cuidado la pesada puerta, Anna levantó la vista y miró a sus dos compañeras. En aquel momento, la expresión de ambas era impenetrable, pero la joven que estaba de pie, de delicados rasgos y sesgados ojos marrones, se inclinó hacia la recién llegada y le preguntó:

—¿Dónde?

—En Marte —contestó Anna—. La semana pasada, en Marte.

Rubia y algo brusca de modales, la otra muchacha, adolescente aún, prometía convertirse en una beldad. Desvió la cara y explicó:

—Mi padre sigue aún en órbita.

El orgullo que se percibía en su voz era como un afilado cuchillo. Aunque dominaba todos los gestos de su rostro, apenas podía controlar la voz.

—Yo soy Lupe —dijo la de los ojos color castaño—. ¿Qué edad tienes?

—Catorce años —respondió Anna, sin dejar de observar el jarrón vacío.

—Entonces sólo estarás aquí un año —aseguró la rubia—. Yo estoy casi lista para irme. Dentro de un mes cumpliré quince años. Lupe es de tu misma edad.

—¿Adónde irás? —preguntó Anna.

La rubia sonrió, transformándose de pronto en una belleza radiante, serena y orgullosa. Su rostro era, en aquellos instantes, el rostro de una mujer.

—Al banco del matrimonio —contestó.

—¿Sin más ni más? —preguntó Anna, azorada.

—No, tonta —dijo Lupe, sentándose a su lado—. Conny tiene aún un año de colegio por delante. ¿Acaso no lo sabes?

—No sé nada —admitió Anna.

Conny se encogió de hombros. Luego se dirigió hacia la ventana, contra la que se recostó apoyando la palma de una de sus manos sobre el irrompible panel protector de plástico. No se veían más que enormes edificios y, encima de ellos, el cielo por donde sus padres habían desaparecido.

Se oyó un distante murmullo de voces infantiles.

—Pronto estarán aquí las más pequeñas —dijo Lupe—. Nosotras somos las mayores.

Conny, que se había vuelto hacia sus compañeras, contempló el jarrón azul con curiosidad; movió una mano con ademán de tocarlo, pero Anna saltó a la defensiva desde su cama, gritando asustada.

—De acuerdo —dijo Conny—. No lo hice a propósito.

—¿Viene de Marte? —preguntó Lupe, señalando el jarrón.

Anna inclinó la cabeza.

—No —murmuró—. Lo trajo de Plains para mi madre.

—¿Se ha vuelto a casar? —preguntó Conny.

Anna inclinó aún más la cabeza, y sus trenzas color castaño oscuro cayeron sobre los hombros.

—No —replicó.

—Tiene que hacerlo —expuso Conny, con un tono de voz en el que se advertía cierta dureza.

—Ya lo sé —contestó Anna—; pero no lo ha hecho.

—Si tiene menos de treinta y cinco años, debe hacerlo, o irá a la cárcel.

—Ya fue —dijo Anna—. Esta mañana, cuando vinieron a buscarme.

—No es justo —dijo Conny, levantándole el rostro con una mano y mirándola con furia—. Nuestras madres han tenido que casarse por segunda vez. ¿Por qué no tendría que hacerlo la tuya también? Las guerras devoran a nuestros hombres; tenemos que fabricar más hombres. ¿Qué derecho tiene ella?

—¡Porque prefirió lo contrario! —gritó Anna, apartando de un golpe el brazo de Conny—. Tenía todo el derecho a elegir.

De nuevo se oyó una tremenda y ruidosa explosión, que provenía del centro espacial; las tres jóvenes se acercaron a las ventanas y, en profundo silencio, vieron cómo ascendían en el intenso cielo azul las naves que partían hacia la guerra.

Lupe tragó saliva; Conny apartó de su mejilla el cabello rubio y lo echó hacia atrás, y Anna deslizó con suavidad las palmas de sus manos a ambos lados del jarrón, entibiándolo.

La pesada puerta del dormitorio se abrió de par en par, y entró un grupo de niñas de corta edad. Una de ellas, con la cara húmeda y sucia, lloraba. Las demás, rodeándola, le daban empujones y la zarandeaban.

Entró la encargada y las dispersó bruscamente, enviando a la que lloraba a la enfermería, y a las demás al sosiego de algún juego tranquilo en sus camas. Una vez acostadas, se dirigió a las mayores.

—¿Ya se han hecho amigas? —preguntó con expresión risueña—. Estoy segura que sí. Lupe, por favor, procura que Anna se encuentre a gusto aquí. Conny, quieren verte arriba, en la oficina.

—¡A mí! —exclamó con un destello de luz en sus ojos—. ¿Acaso estoy ya preparada?

—No sé nada al respecto, querida —afirmó la mujer—. No creo que estés lista aún, pues todavía no has celebrado tu cumpleaños, pero, de todos modos, quieren verte.

Sin volverse siquiera, Conny atravesó rápidamente el cuarto, cruzó la puerta abierta, y todos pudieron oírla escaleras arriba, en dirección a la oficina.

Lupe parecía asustada.

—No se la llevarán todavía, ¿verdad? —preguntó.

—No lo creo, querida —respondió la encargada, sacudiendo la cabeza.

Cuando ésta se retiró del cuarto y cerró la puerta, el silencio se hizo más profundo y vibrante, como si cada una de las muchachas retuviera el aliento. Las que habían estado jugando, dejaron de hacerlo; las que ya estaban acostadas, se irguieron. Todas esperaban atentamente en sus camas, distribuidas en doble hilera. Las había de todos los tamaños, formas y colores, cosa muy natural, dado que la edad de las niñas oscilaba entre los cinco y los quince años. Las veinte niñas mantenían fija la mirada en los ventanales que daban al oeste, a través de los cuales se filtraba el sol poniente con un resplandor que las deslumbraba.

El piso, el edificio, las ventanas, las niñas y el aire trepidaron con la explosión. Apenas pudieron vislumbrar la nave, que, elevándose a gran velocidad, desapareció muy pronto en el espacio.

Poco a poco, todas volvieron a sus juegos. Lupe seguía sentada en la cama de Anna, y cuando ésta, finalmente, optó por sentarse, aquélla la tomó cariñosamente por el brazo y le dijo:

—Seremos amigas. Tenemos la misma edad. Quizá vayamos en el mismo grupo al banco del matrimonio.

Anna desvió la mirada hacia el jarrón azul oscuro.

—Quizá —contestó.

Se acercó a ellas una niña de diez años, de cuerpo rechoncho, que siguió de largo por el estrecho pasillo que separaba la cama de Anna de la contigua, inclinó la cabeza hacia delante y, estirando el cuello, fijó su mirada en el jarrón.

—¡Ah! —dijo—. ¡Qué color tan hermoso!

—Sí —asintió Anna.

—¿Puedo tocarlo?

—No.

La niña miró a Anna con una expresión en la que se mezclaban la decepción y la picardía.

—Es muy especial, ¿no? —preguntó.

—Me pertenece —contestó Anna.

—¿Dónde?

—En Marte —replicó Anna.

—Al mío le tocó aquí mismo. La nave explotó mientras la abastecían de combustible. No tuvo tiempo de despegar siquiera. Fue aquí mismo, puedes verlo desde la ventana.

Anna cerró los ojos.

—¿Cómo puedes mirar? —murmuró.

—Se supone que estoy aquí para mirar, sabes. ¿Por qué crees que te han traído? Estamos condicionadas. Hace cuatro años que estoy aquí, y me he habituado a mirar. Tú también te acostumbrarás. Por cada nave que despega, debes contar quince hombres; una nave cada media hora, entre el amanecer y el crepúsculo, se llevará los hijos varones que tiene tu madre, y los que tú tendrás, después de ir un par de veces al banco del matrimonio. Esa es la forma de condicionamiento con que operan aquí.

—Será mejor que vuelvas a tu cama —dijo Lupe a la niña—. No creo que te gustase hablar del tema el día en que viniste por primera vez.

—Ya ni me acuerdo —replicó, mientras miraba el jarrón de soslayo.

—¡Tiene un hermoso color! —exclamó—. Creo que es el azul más profundo de la Tierra. Tengo cuatro hermanos —agregó tras una breve pausa—. Tendré cuatro hijos.

—¡Vamos ya, vete! —dijo Lupe dándole un ligero empellón.

La niña se entretuvo aún en echar un vistazo al jarrón y luego a Anna, para fijar por último su mirada en el objeto.

Era lo único que había sobre el velador de madera de Anna, a diferencia de los demás, repletos de juguetes, fotografías y medallas de guerra.

—¿Es que no posees nada? —preguntó la niña con voz chillona—. ¿Ni libros, ni ropa, ni medallas? ¿Sólo este jarrón?

—Sólo el jarrón —contestó Anna.

Transformada de pronto en una criatura cruel, la niña retrocedió.

—¡Entonces tu madre está en la cárcel! —gritó mientras se alejaba—. ¡Ella lo quiso y a ti nada te pertenece!

Se oyó un murmullo en todo el cuarto, al tiempo que las niñas se volvían para fijarse en Anna, escuchar y observarla.

—Prisión. Ella lo eligió —corearon—. Prisión; nada le pertenece. ¿Quién le ha permitido conservar ese jarrón?

Anna tomó el jarrón con gesto desesperado, aunque tuvo gran cuidado en manipularlo con suavidad. Luego, apretándolo entre sus pequeños pechos, se inclinó en forma protectora sobre él como para esconderlo. Tanto se había encogido, que se vio obligada a respirar sobre la boca del jarrón; el aire expulsado de sus pulmones llenó la cavidad azul y pronto volvió a salir por el estrecho cuello. La muchacha sintió que la forma redonda se entibiaba en sus manos, pero, como estaba demasiado asustada para moverse, siguió doblada sobre sí misma, sin dejar de respirar dentro de la cavidad oscura, mientras sentía en su cara el vaivén de su aliento.

Una súbita campanada vibró por el salón, y todas saltaron de sus camas al ver que la encargada abría la puerta.

—Es la hora de la cena —informó Lupe a Anna. Ésta levantó la cabeza y se sentó sobre los talones.

—¡Vamos! —dijo Lupe—. No querrás perderte la cena. Bajaré contigo, ya verás.

Anna negó con la cabeza.

—Decídete, tienes que comer —insistió Lupe—. No está permitido faltar a las comidas, a no ser que te encuentres enferma. Ya verás cómo luego te sientes mejor.

—De ningún modo —respondió Anna—. No quiero nada.

Lupe la instó, tirando con suavidad de los brazos y las muñecas que aún sostenían el jarrón contra su cuerpo.

—Por favor, Anna, ven. Ya han bajado todos a comer. Por el momento ya no saldrán más naves de las bases; no hay nada que ver hasta las seis de la mañana. Por favor, Anna, tenemos la misma edad, podemos ser amigas; le hablaré a la encargada y podremos ir juntas al banco del matrimonio.

Anna abrió los ojos y se enderezó. Luego, con un gesto furioso, indicó:

—Elijo la cárcel.

Tras una breve pausa, elevó la voz y gritó:

—¡Elijo la cárcel! ¡No iré al banco del matrimonio, no tendré hijos, no miraré cómo se elevan las naves! Elijo la prisión bajo tierra para el resto de mis días, igual que lo hizo mi madre.

Lupe, asustada y temblorosa, se había ido alejando poco a poco de ella. Retrocedió unos pasos, sin dejar de mirar a Anna y al jarrón que ésta sostenía, casi incoloro por la falta de luz.

De pronto, apareció la encargada. Cruzó la puerta, que permanecía abierta, y se acercó a ellas.

—¡Niñas, van a llegar tarde a la cena! —farfulló—. ¿Qué sucede?

—Elijo la cárcel —dijo Anna, al tiempo que, vuelta de espaldas, depositaba el jarrón sobre el velador.

—¡Dios mío! —exclamó la mujer—. Criatura, no sabes lo que eso significa.

—Lo sé muy bien. Trabajaré en el subterráneo catorce horas diarias y ya nunca más podré salir a la superficie, pero eso es lo que elijo. Ahora mismo me iré.

—No puedes irte ahora —dijo la mujer, quien, muy confundida, no cesaba de mover las manos en todas direcciones, como si quisiera atraer a Anna hacia sí.

—¡Criatura tonta, no sabes lo que dices! —exclamó aproximándose a la joven, mientras seguía hablando—. ¡Pobrecilla!

—Lupe, por favor, ve en seguida al comedor —ordenó la encargada volviéndose hacia ella.

Lupe se retiró. La mujer se acercó entonces a Anna, moviendo nerviosamente las manos.

—No puedes elegir ahora, Anna.

—Tengo derecho —contestó la muchacha.

—¡Claro que no, niña tonta! —exclamó la encargada—. Y cuando puedas hacerlo, no pensarás así; no sabes lo que dices. ¿Ignoras que sólo podrás tomar una decisión cuando hayas pasado por el banco del matrimonio?

Anna movió los labios, pero no pudo emitir un solo sonido.

Se encendieron las luces de forma automática, en hilera, por encima de sus cabezas, y ambas tuvieron que pestañear, para acostumbrar los ojos a tal cambio.

—¿Ahora no? —preguntó Anna finalmente—. ¿No puedo elegir siquiera?

—No; no podrás hacerlo hasta que hayas ido, por lo menos una vez, al banco del matrimonio. Es algo saludable, realmente. La ley te protege. Más tarde notarás que es agradable.

Anna salió precipitadamente, golpeándose contra una cama, y corrió por el pasillo entre las filas de angostos catres blancos. Atravesó corriendo el vestíbulo, y bajó en dos saltos las anchas escaleras, dejando atrás el ruidoso comedor, el cuarto de los niños, y las herméticas puertas de la enfermería. Siguió luego por el corredor principal hacia la entrada.

—Presa de pánico, golpeó las puertas, y, al verlas cerradas, se dejó caer al suelo.

Tras ella, se abrió el ascensor, y apareció la encargada, que, con un pequeño gruñido, se acercó a Anna y la levantó.

—¡Qué niña más tonta! —dijo—. Por fortuna, no recibimos a muchas como tú. ¡Levántate! —añadió, mientras la arrastraba hacia el ascensor. Las puertas se cerraron sin ruido alguno, y comenzaron a elevarse por el largo túnel.

—Te llevaremos a la cama y gozarás de un sueño reparador. No sabes lo que dices, al preferir las fábricas y las fundiciones. Incluso podría tocarte alguna estación de combustible para el resto de tu vida. Crecerás e irás al banco del matrimonio como lo desea cualquier joven correcta.

Con firmeza, arrastró a Anna por el pasillo que separaba las dos hileras de camas blancas.

Al sentarse la joven sin ofrecer resistencia alguna, la encargada fue en busca de un vaso de agua, sacó de su bolsillo un frasquito de píldoras y lo tendió hacia Anna.

—¡Dos! —dijo sonriente—. Trágalas y olvidarás tus preocupaciones.

Anna lo hizo así, ayudándose con un poco de agua.

—Ahora dormirás bien —afirmó la encargada, al tiempo que daba unos golpecitos en la almohada para acomodarla—. El primer día aquí no es fácil para nadie —explicó—. Pero sé que acabarás por comportarte bien.

Al irse la mujer, Anna se acostó y, volviendo la cabeza hacia un lado, clavó la mirada en el jarrón. Era de un intenso color azul y parecía repleto de un profundo espacio infinito, pero estaba vacío.

Anna cerró los ojos.

LAS VELADAS FEMINISTAS DE LA ATLÁNTIDA

BOOTH TARKINGTON

Booth Tarkington destacó como uno de los mejores narradores estadounidenses de principios de siglo. Dos veces premio Pulitzer, cultivó preferentemente la novela psicológica, y fue el cronista por excelencia de la clase media de su época. El humor, la ironía y el gusto por lo insólito son elementos constantes de su obra, por lo que no es de extrañar, que, ocasionalmente, se decantara por la SF de inspiración esotérica y utilizada como pretexto para la sátira social. Prueba de ello es el cuento que sigue, en el que, además de ofrecer una original explicación del hundimiento de la Atlántida, se alude directa e irónicamente a ciertos planteamientos feministas.

* * *

Existió hace tiempo, entre cierto grupo de teósofos esotéricos budistas, una leyenda sobre el hundimiento de la Atlántida. Este continente desapareció como culminación de un grave conflicto entre los practicantes de magia blanca y los expertos en magia negra. La magia, que no era otra cosa que unos conocimientos científicos mantenidos en secreto, se había impuesto en la Atlántida, y los magos gobernaban el continente.

La gran masa del pueblo no estaba capacitada para que se le confiara los numerosos descubrimientos realizados por los químicos consagrados, psicólogos, expertos en electrónica y biólogos, como tampoco hoy sería posible confiar armas y explosivos a un considerable número de personas. Por lo tanto, los científicos de la Atlántida constituyeron una sociedad secreta que mantenía estricta reserva acerca de todos los conocimientos acumulados, que eran usados para el bien de la comunidad. Como es lógico, este grupo acabó convirtiéndose en la clase dirigente, y estableció un gobierno dictatorial tan bien camuflado, que el pueblo creyó que se había instaurado la democracia.

Los aspirantes a mago eran seleccionados con gran esmero, y sólo aquellos que poseían una gran inteligencia unida al más alto sentido del honor y a los impulsos más humanitarios, podían conocer dichos secretos, potencialmente tan peligrosos. Pero se cometieron errores en la elección; espías intrusos y sin escrúpulos obtuvieron copias de algunos de los libros sagrados, cuyo significado lograron descifrar. Se formaron bandos contrarios, y algunos de los más prestigiosos magos, sin poder controlar sus naturales impulsos humanos, emplearon todo ese bagaje de conocimientos con fines egoístas. A raíz de estos hechos se definieron las facciones opuestas. De un lado estaban los benévolos practicantes de la magia blanca, quienes deseaban utilizar los secretos de la naturaleza en beneficio de la humanidad; del otro se encontraban los expertos en magia negra, cuyo único propósito era asegurarse el poder, en beneficio propio. En la querella, ambos bandos emplearon fuerzas tan poderosas que lograron destruir por completo el continente, y éste se

hundió bajo las aguas del océano. En su loca desesperación, los magos no sólo se aniquilaron entre ellos, sino también al mundo que les rodeaba, en su afán por destruir a sus oscuros enemigos y evitar así la divulgación de aquellos conocimientos, que, según ellos, el hombre no estaba aún preparado para recibir. Constataron el fracaso de su propia obra y prefirieron la muerte de los hombres a confiarles sus secretos. Puesto que la civilización, gracias a un proceso evolutivo algo acelerado, había llegado antes del tiempo oportuno al continente, no quedaba otra salida que volver a comenzar en algún otro sitio.

Esta es, entonces, la leyenda que descubrí en curiosos libros hace muchos años, tantos que, de no haberme encontrado en las montañas del Djur Djurra, en la cadena del Atlas, con un arqueólogo francés que me refrescó la memoria, la hubiera olvidado definitivamente. El encuentro ocurrió en Michelet, lugar de sorprendente apariencia alpina, envuelto en nubes y donde el viajero espera hallar ciervos suizos, y verlos descender de las nevadas cumbres, en lugar de árabes tatuados vestidos con túnicas. Al visitante le resulta difícil afirmar que se encuentra en África.

Paul Lanjuinais, profesor de Instituto, se hospedaba en la posada principal; junto a la chimenea nos pusimos a conversar sobre la raza cábila, grupo étnico de árabes blancos, con quienes nuestro equipo había establecido contacto hacía pocos días. El señor Lanjuinais nos informó que él se hallaba en la región del Djur Djurra con el fin de realizar investigaciones sobre los cábilas; mencionó también la teoría de la Atlántida. Afirmó que no había una explicación satisfactoria acerca de la presencia de árabes blancos en aquella región, y que en los jeroglíficos egipcios se mencionaba a esta gente rubia con ojos claros, como característicos representantes de la zona.

—Mi opinión al respecto —dijo el profesor Lanjuinais— es que los cábilas han permanecido aquí desde hace mucho tiempo, y nadie puede asegurar que no sean una ramificación de las masivas migraciones que tuvieron lugar entre los habitantes de la Atlántida. Es bastante posible que haya sucedido así, aunque lo mismo se ha especulado en cuanto al origen de los vascos; sin embargo, las raíces de los dialectos cábila y de la lengua vasca no tienen relación alguna entre sí. Si la Atlántida existió, tuvo probablemente las dimensiones de un continente, y sus pobladores debieron pertenecer a diferentes grupos raciales, aunque estuvieran unificados bajo un mismo gobierno —expuso el profesor sonriendo levemente—. Pequeños grupos de extravagantes eruditos estudiaban en Europa ciencias ocultas, y sus investigaciones no trascendieron a la opinión pública. Así se explica que ustedes ignoren la verdadera historia de la Atlántida también y que algunos teósofos creyeran conocer la versión auténtica sobre el hundimiento del continente.

»¿Ha oído usted algo acerca de esta teoría? —preguntó el profesor tras una pausa.

—Sí —contesté. Y a medida que el arqueólogo hablaba, empecé a recordar la leyenda que casi había olvidado.

—Creo que la historia lo explica así —y le repetí textualmente lo que había leído en otro tiempo.

—Sí —asintió sonriente el profesor—. Ese es en esencia el misterioso y sutil relato de los ocultistas. Pero creo, en cambio, que esos teósofos interpretaron de una manera muy personal algunas historias de origen berebere recogidas en estas inmediaciones, algunos años atrás, y que luego fueron llevadas a Europa o a la India, quizá a ambos lugares.

—¿En las inmediaciones? —pregunté—. Entonces existen vestigios de la leyenda de la Atlántida entre los cábilas.

—No exactamente; tendría que ser más cuidadoso con mis palabras —replicó Lanjuinais—. Existe sí, una historia, pero no se puede asegurar que se refiera a ese lugar; habla de «grandes tierras localizadas al oeste de las aguas», pero eso bien podría ser América, salvo por la frase «de las aguas», que interpreto como *dentro* de las aguas.

—¿Se cuenta esta historia entre los cábilas? —pregunté.

—Sí, he escuchado diversas versiones aquí y allá, pero la mejor, la más completa, se cuenta en una aldea situada en lo alto de la montaña, cerca de Bougie, en dirección a la costa.

—¿En qué se diferencian esa versión y la de los ocultistas? —inquirí.

—En varios detalles curiosos —replicó el señor Lanjuinais, sonriendo como sólo puede hacerse ante algo absurdo.

—Lo más notable es que difiere de la otra en el final, pues acaba con una pregunta que ningún cábila ha podido aclarar nunca, y tampoco creo que la pueda contestar nadie.

—¡Pero, qué cosa tan extraña! —exclamé—. Me parece insólito que una leyenda acabe con una pregunta.

—Sin embargo, creo que existen muchas historias que terminan así —dijo el profesor—. He encontrado algunas analogías al respecto; los hombres cábilas no obligan a sus mujeres a usar velo, aunque esto sólo sea una especulación, ya que la historia no lo afirma.

—¿No le importaría relatarme esa historia? —pregunté.

—Claro que no —replicó el señor Lanjuinais—. Lo que voy a contar se aproxima, en general, a la teoría ocultista, especialmente en lo que se refiere al gobierno de la Atlántida, que cayó en manos de una sociedad secreta, donde la admisión de nuevos miembros era muy difícil, puesto que requería años de noviciado. Los cábilas hablan de esta forma de gobierno como de una tribu que llaman «tribu de los hombres sabios»; bien podría referirse a una sociedad de alto nivel cultural donde las personas podían iniciarse en los ritos secretos, una vez completados sus estudios. La leyenda los describe a todos ellos como seres justos, todopoderosos y magnánimos. Bajo su gobierno reinaba la armonía, no había guerras, y la comunidad se sostenía por un fuerte sentido de la hermandad; entre ellos no existían las enfermedades, dado que el grupo de los hombres sabios era capaz de remediar toda afección corporal. El pecado se desconocía, puesto que tenían el poder de dirigir las mentes de las masas; en una palabra, la gran tierra al oeste era un paraíso donde se vivía en perfecto orden, aunque la muerte representaba un escollo insalvable para los sabios. Los habitantes vivían largos años, pero no eran inmortales. Lo invariable de cualquier organización es que no puede prescindir de los funcionarios, porque supongo que hasta en el mismo paraíso éstos deben existir.

»De todos modos —continuó el profesor—, los hombres sabios que vivían en la cima de las montañas, presumiblemente profundizando sus conocimientos, gobernaron este paraíso legendario. Pienso que los teósofos perseguían propósitos personales al definir como razón principal de la disputa el manejo de la ciencia con fines egoístas, y por eso prefiero la versión cábila que explica la causa de la guerra de forma muy distinta.

—¿Acaso no definieron los cábilas a los bandos opuestos como blancos y negros, buenos y malos? —interrogué.

—Definían a los bandos opuestos como blancos y negros, pero no como buenos y malos —repuso el profesor—. En esta leyenda los blancos y los negros no tienen significado moral, sino que simplemente se les distinguía por los colores, así como había azules y grises en vuestra guerra civil, además de una demarcación geográfica entre ambos bandos, mientras que en la guerra de los blancos y los negros tal demarcación no existía. En cada familia de hombres sabios había, por lo menos, un miembro que pertenecía a los blancos y otro a los negros, lo que contribuyó a que las familias se dividieran y la guerra se volviera muy cruel.

—¿Pero, cuál fue la causa de tal guerra, señor Lanjuinais? —insistí.

—Ya llegaremos a este punto —respondió amablemente—. Déjeme que siga un orden. Ya le dije que me parecía posible relacionar la leyenda con el hecho que las mujeres cábilas no usan velo, pero esto simplemente lo sugiero, no lo afirmo. Usted ha visto a esas mujeres

montañesas, algunas de ellas muy hermosas a pesar de los tatuajes de sus caras; también las habrá encontrado en los valles; ello resulta muy singular, dado que la costumbre de las mujeres musulmanes es cubrirse el rostro con velos. Habrá captado las miradas que poseen las mujeres y niñas cábilas, un tanto duras, hostiles, con un brillo rebelde y salvaje; bien podría tener su origen en algún acontecimiento histórico donde el horror prevaleció, y aún persiste. Hasta se diría que los ojos de estas mujeres son los de alguien que ha visto morir a golpes a su abuela y aún no ha podido olvidar la escena. Todavía se vislumbra en ese brillo un horror ancestral, como un antiguo desafío heredado.

—¿Y cuál, según usted, es el origen de esas miradas?

—En realidad, tendríamos que remontarnos hasta la Atlántida para averiguarlo —contestó el profesor—, pues, si diéramos rienda suelta a nuestra fantasía, se podría asociar tales miradas con la guerra de los blancos y los negros, en las grandes tierras al oeste «dentro de las aguas». Porque lo más curioso de esa guerra es que las mujeres se agruparon en un bando y los hombres en otro; ellas representaban a los blancos, y los hombres a los negros.

—¡Dios mío! —exclamé—. ¡Sí que es antiguo! Pero, ¿a qué se debía esa actitud? —pregunté.

—A la decisión que tomarían en cuanto al uso del velo.

—¡Ah!, comprendo. Las mujeres insistían en quitárselos y los hombres...

—No es tan simple como cree —interrumpió el profesor—. En otros tiempos, cuando en aquellas tierras reinaba la paz, los sabios, los únicos iniciados en el conocimiento, eran todos hombres. Hasta ese momento, las mujeres formaban parte del pueblo, y eran gobernadas junto con los demás; pero, poco a poco, las esposas y las hijas de los practicantes de la magia comenzaron a hojear furtivamente los libros sagrados, y a penetrar los misterios de la ciencia. En otras palabras, empezaron a preocuparse por obtener una educación, y muchos de los iniciados enseñaron magia, e impartieron información científica a sus mujeres e hijas. En aquella época, todas las mujeres usaban velos, y eran extremadamente femeninas, pero a medida que fueron adquiriendo una mayor educación, se sintieron más seguras de sí mismas, y se negaron rotundamente a ser vistas sólo como el símbolo de la maternidad; las más audaces dejaron de lado el velo, para mostrar sus caras abiertamente. Naturalmente esto causó cierto descontento entre los hombres, pero como la moda se impuso, abandonaron casi por completo su uso. Fue entonces cuando las mujeres exigieron a los sabios que se las iniciara debidamente en los misterios de la ciencia, aduciendo que, de todos modos, ellas ya sabían de qué se trataba.

»—Somos vuestras iguales —expusieron las mujeres—, y no vemos por qué deben denegarnos el reconocimiento de igualdad. —Y creció más aún el descontento entre los hombres; pero ya las mujeres habían sido iniciadas y, a partir de ese momento, se despojaron de toda feminidad y se mantuvieron en igualdad de condiciones respecto a los hombres. Pero muchos de ellos seguían descontentos, ya que sentían su vanidad herida cuando alguna de ellas les superaba en cuestiones intelectuales o en razonamientos lógicos; pero, en general, los hombres eran justos, y en el transcurso del tiempo se habituaron a la nueva igualdad. Se dieron cuenta que tal situación era necesaria, si debía predominar la justicia, aunque yo no aseguraría que quedaron nunca satisfechos. En el lapso de una generación surgieron tantos sabios entre las mujeres como entre los hombres; las hijas de los practicantes recibían la misma educación que los varones, y se las iniciaba en los conocimientos con las mismas posibilidades que aquellos. Cuando todo parecía indicar que la situación continuaría así, ocurrió un extraño incidente. Dado que las modas siempre se repiten por ciclos, algunas mujeres adoptaron nuevamente el velo, destacándose inmediatamente dentro de la organización, lo cual las colocó en situación de mando y

designaron a los funcionarios, controlando así el sistema. Al comprobar el éxito de sus compañeras todas las demás mujeres adoptaron nuevamente el velo.

—¿Cómo reaccionaron los hombres? ¿Adoptaron ellos el velo? ¿Mencionan las leyendas el tema? —interrumpí.

—No —replicó el profesor—. Los hombres no se adaptaron a tal costumbre; no podían esconder sus caras de ninguna forma. De nada hubiera servido a los sabios adoptar el velo. Quedaron, eso sí, muy disconformes; ellos habían aceptado la igualdad, y no podían admitir ahora esa nueva diferencia. Pero trataron de remediar esta situación. Se reunieron todos, mujeres y hombres, para discutir el tema.

»—Ustedes no pueden usar los velos femeninos y ser al mismo tiempo, nuestras iguales. Eso es peor que ser injusto, es traicionarnos.

»Las mujeres respondieron, sin poder contener la risa:

»—Antes, cuando usábamos velo, poseíamos algo que se perdió al dejar de lado esa costumbre. En este momento no nos dimos cuenta de lo que perdíamos, y nos llevó más de una generación descubrirlo, por eso ahora, al velarnos nuevamente, estamos reclamando nuestros derechos naturales.

»—¡No! —respondieron los hombres—. No pueden exigirnos que soportemos este cambio, puesto que quedamos en desventaja, dado que igualdad significa derecho de obligaciones parejas. Si perseveran en esta actitud, quedaremos en inferioridad de condiciones. Nuestro ideal es la concordia, o dejaremos de iniciarlas en los misterios de nuestra magia, para reducirlas a simples instrumentos de uso. —Al oír esto, las mujeres rieron aún más fuerte.

»—No necesitamos que ustedes nos inicien. Poseemos los misterios y podemos proceder a usarlos sin vuestra ayuda. El velo femenino, tan atrayente y encantador, es algo natural en nosotras y forma parte de una antigua herencia; aunque quisiéramos, nos sería imposible abandonarlo, es parte de nuestro instinto. Si nuestros logros les dejan a un nivel inferior, es preciso que lo admitan. Nosotras hemos aceptado nuestros destinos durante milenios.

»Pero los hombres, que ya estaban profundamente resentidos, no podían tomarse el asunto con tanta filosofía.

—No usarán los velos —dijeron—. Han abusado de nuestra generosidad y de nuestra benevolencia. No los usarán.

»Esta exclamación provocó un enorme griterío entre las mujeres, burlas y risas indignadas. La guerra comenzó allí mismo. Hacia el amanecer, los supervivientes se retiraron para emprender nuevamente el combate. Los cábilas cuentan que los blancos y los negros utilizaron como armas las tormentas de arena, el rayo y el trueno, y que la última batalla sacudió al sol, que se escondió asustado; la luna, que hasta ese momento giraba en los cielos, quedó súbitamente inmóvil y silenciosa, y así sólo vemos ahora una cara vuelta hacia nosotros. El océano invadió la tierra con olas gigantescas, y todos los hombres sabios perecieron.

»Este es casi el final de la leyenda —prosiguió el profesor Lanjuinais—, aunque el verdadero fin lo constituye una pregunta. Cuando, al atardecer, se oye narrar esta historia en alguna choza de piedra en la cima de las montañas, el lugareño termina su relato con una pregunta, y después se van todos a dormir.

—¿Hay alguna respuesta a esa pregunta? —inquirí.

—Los cábilas piensan que no, y creo que tienen razón. He sugerido que la respuesta podría hallarse en el hecho que las mujeres cábilas no usan velos y tienen esa mirada perdida y hostil, aunque, según la tradición, estos árabes blancos escaparon del continente antes del cataclismo final, y no pertenecían a la tribu de los hombres blancos, sino que eran

simples hombres del pueblo. Como es fácil advertir, sería posible equivocarse, si tomamos en cuenta tal dato para contestar a la pregunta.

—¿Pero cuál es la pregunta?

—Pensé que era obvia —respondió el señor Lanjuinais—. ¿Qué bando ganó la guerra?

GENTE AFORTUNADA

CHET ARTHUR

La increíble capacidad de aceptar las situaciones más aberrantes sin apenas inmutarse, la falta de solidaridad entre los hombres, y la tendencia a hacer de lo horrendo y lo cruel un espectáculo más son algunas de las características de la apática y despiadada sociedad en que vivimos.

La monstruosidad subyacente en la apacible velada descrita en el siguiente relato no está nada lejos de la atmósfera de indolente hastío, de total indiferencia hacia el caos que nos envuelve, característica de cualquier reunión de gente afortunada...

* * *

Sus sillas formaban casi un semicírculo, de espaldas a un aparato de televisión.

—¡Qué afortunados son ustedes! —exclamaron los señores de Rangles—. ¡Qué suerte tienen de vivir aquí!

—Sí, nos gusta nuestra casa —respondió, satisfecho y orgulloso, el señor Stedman después de echar una mirada alrededor de su sala de estar, color hueso pálido.

Acababa de traer las bebidas, y las dos parejas después de poner hielo dentro, agitaron sus respectivos vasos de coñac y ginebra.

—Supongo —dijo Alice Rangle, con la mirada fija en su vaso— que..., bueno..., que no habrá absolutamente ningún peligro en que los dejemos entrar, ¿no es así?

Los señores de Stedman rieron entre dientes, y Alice hizo un gesto, disculpándose.

—Bueno —dijo Fred Rangle con su habitual tono tímido—, pero supongo que más tarde podremos ver al jovencito que descubrió todo este misterio, ¿no es verdad?

—Cuando empiece el programa de televisión —respondió el señor Stedman— verán a Tiger. Así llamamos a nuestro hijo Jamie. En casa tenemos ciertas reglas: primero, los deberes del colegio; cuando Jamie los ha terminado, le permitimos ver la televisión. Este es el mejor sistema de educar a los hijos.

—Tiene usted muchísima razón —murmuró Alice suspirando—; no se puede imaginar el problema que tenemos con nuestra hija Judy. No piensa más que en distraerse con la televisión.

—Así son los chicos de nuestra época —dijo el señor Stedman. A continuación todos bebieron.

—¿Tendremos que esperar mucho tiempo? —preguntó de repente el señor Fred Rangle.

Luego se ruborizó: temía que los señores de Stedman interpretaran su brusca pregunta como si aquella conversación le aburriera. Pero el señor Stedman se limitó a sonreír ante su impaciencia.

A decir verdad, a Stedman le agradaba distraer a los novatos. Le gustaba invitarlos a su casa, permitiéndose, a veces, hacerles alguna observación como: «Vivimos en un barrio donde hay toque de queda; de modo que vengan temprano.» Pero, por encima de todo, le agradaba el contraste entre la falta de agudeza y seguridad de ellos, y esa calma de buen cazador de la que él tanto se vanagloriaba.

Por otra parte, esta clase de gente tiende a exagerar. Acostumbran a afirmar cosas como éstas: «Los he visto dos o tres veces y tienen un tamaño enorme», o bien, «se trata de algo muy divertido, pero cuando te acercas a ellos, la cosa cambia mucho», e incluso, «supe que habían atrapado a un vagabundo en Melody Drive; también a primeras horas de la mañana» —una observación estúpida, ya que todo el mundo lo sabía. Por esto, el señor Stedman siempre estaba dispuesto a acoger en su casa a cualquier novato.

También por todo esto, le dijo simplemente a Rangle: «No se preocupe, Fred; tenemos tiempo suficiente para conversar antes que vuelva la luz.»

Acto seguido se pusieron a hablar de negocios, de sus hijos y de otras muchas cosas. Luego recordaron que aún no habían leído *The Magus* y que deberían hacerlo. Entonces, Dora Stedman, como quien no lo quiere, dirigió su mirada hacia el reloj que había en la pared y dijo:

—Creo, querido, que ya es hora de empezar.

Con aquella típica presteza que nunca podía ocultar, Charles Stedman se dirigió al extremo de la cortina *beige* y tiró del cordón. Con un chirrido de poleas al que acompañó un ligero desprendimiento de polvo, la cortina se descorrió dejando ver una oscura calle de suburbio. A ambos lados de la misma, había casas de diferentes estilos arquitectónicos. Entonces vieron que también se descorrían las cortinas en la ventana del segundo piso de una casa en cuya planta baja había un garaje. Por un instante, vislumbraron el ardiente color rosa de su interior, como si se hubiera abierto la portezuela de un horno y, a continuación, se apagaron las luces. El farol de un poste de la calle daba señales que iba a encenderse de un momento a otro; y, de repente, su globo cónico se iluminó, la calle pareció palpitar y la oscuridad dio paso a una luz azul brillante, macilenta en consonancia con el aspecto de la calle. Una hilera de vulgares arbustos verdes se convirtió en un fantástico y brillante cuadro botánico.

—Y desde esta misma ventana... —dijo Alice Rangle con voz trémula.

—Así es; en este mismo instante.

—Desde esta ventana hemos podido hacer este grandioso descubrimiento, Dora. ¡Debería poner una placa en la misma para conmemorar este acontecimiento insólito!

—Quizá lo haga.

Dora trajo unas pastas y una jarra de leche. Habían apagado las luces cuando Jamie apareció de pronto, murmuró algo a título de saludo, se sentó en el suelo con las piernas cruzadas y, automáticamente metió la mano en la bandeja de pastas. Mientras tanto, los señores de Rangles, temerosos y precavidos, procuraban apartar su mirada del pequeño descubridor. Y entre observar la calle y dirigir miradas furtivas a Jamie en aquel ambiente en penumbra, manoseaban las pastas y vertían la leche mientras mascaban con la boca cerrada y sorbían ruidosamente como distraídos rumiantes.

—¡Oh, miren! Allí hay uno, ahora.

—¡Oh!

—Parece un pequeño bebé. Juraría que mide más de un metro.

—Por lo menos, uno —dijo Fred tratando de mostrarse tranquilo.

La ventana parecía la pantalla de un televisor. Los brillantes arbustos eran más grandes de lo que estaban acostumbrados a ver, y sus hojas carecían completamente de colores

naranja intenso, amarillo suave o rojo translúcido. Por lo demás, todo era familiar para ellos, incluso aquellas extrañas figuras que se movían junto a los arbustos. Sólo había una cosa que les extrañó mucho: eran extraordinariamente grandes.

—Viendo estas gigantescas figuras, siento como si me hubiera encogido —expresó de repente Alice, y, en la oscuridad, los Stedman hicieron un gesto afirmativo, pues comprendían lo que Alice había querido decir.

—Sí, uno se siente como el Increíble Hombre Encogido o algo semejante.[1]

—Pues yo estoy seguro que estas *cosas* no volverán a atrapar a nadie más, ¿no lo creen ustedes así? —inquirió de repente Fred.

—No, mientras siga impuesto el toque de queda —respondió Charles a regañadientes—. Pero hace pocos días atraparon a un vagabundo en Melody Drive. Y eso fue a primeras horas de la mañana.

—Probablemente —intervino Alice— mientras dormía su borrachera durante el toque de queda.

—Sí, eso es lo que todos pensamos.

—De todas formas, fue algo horrible.

—Desde luego que lo fue, sobre todo, para nosotros que estuvimos buscando una casa en Melody Drive antes de alquilar ésta.

Mientras, en el exterior, las gigantescas figuras se movían constantemente bajo la luz de los faroles, agitando sus opalescentes alas oscuras y borrosas. Un rostro de ojos enormes, con una especie de trompetilla de casi un metro de largo, apareció repentinamente al otro lado del cristal de la ventana, asustando mucho a la pobre Alice. Cuando alguna de aquellas extrañas figuras pasaba delante de la luz de un farol, se podía ver algo así como una espiral a través de su transparente abdomen.

—Y pensar —dijo Fred con voz suave— que estas *cosas* son seres vivientes.

Cuando Charles se dispuso a poner más hielo en las bebidas, Fred preguntó:

—¿Sabría alguno de ustedes explicar estas cosas tan extrañas que estamos viendo?

—¿No podría ser que estas raras criaturas fueran seres humanos afectados por radiaciones atómicas? —preguntó, a su vez, Alice, dudando un tanto lo que decía.

—No creo que eso sea posible si tenemos en cuenta el test de Ban —respondió Dora Stedman, que, indudablemente, había meditado profundamente sobre aquellos extraños seres—. No; a mi juicio, todo esto es el fruto del abuso de cierta clase de insecticidas. Como saben, los alrededores de esta zona están completamente empantanados, y durante dos años un piloto los estuvo desinfectando desde su avioneta con un poderoso insecticida, antes que todo esto ocurriera. ¡Deberían escuchar lo que Charles y yo pensamos sobre el particular! Algo muy gracioso, aunque a mi esposo no le gusta hablar del tema. Se limita a repetir constantemente que no sabemos nada... Como diría el señor Spock si la astronave *Enterprise* estuviera en peligro.

—Ya veo que Dora les ha explicado su teoría —declaró Charles mientras repartía las bebidas—. En cuanto a mí, sólo puedo decirles que no sé nada de nada. Y ahora, brindemos todos. ¡Salud!

—Bueno, pero díganos cómo los descubrió —dijo Alice—. Háblenos de la primera noche.

—¡Oh, la maravillosa primera noche! —repitió Dora, como si estuviera soñando.

—Estábamos esperando que comenzara el programa televisivo de *Bonanza*. —respondió Charles con solemnidad.

—Y escuchando las noticias, ¿no es así?

—No, a mi hijo Tiger no le agrada escuchar las noticias; se paseaba por la sala de estar.

—¿Había hecho ya sus deberes escolares, o no tenía que hacer ninguno aquella noche?

—No tenía que hacer ninguno —intervino Jamie—. Y por eso me puse a mirar por la ventana.

—Sí, eso fue lo que hizo —corroboró su padre.

—Entonces los vi. ¡Allí estaban aquellos extraños seres! —prosiguió Jamie.

—Pero nosotros —dijo su padre— no le hicimos caso y nos limitamos a gritarle que *Bonanza* estaba a punto de comenzar. Entonces, nuestro hijo empezó a gritar como un loco mientras se alejaba de la ventana.

—Y es que mis padres no se dieron cuenta que en la ventana tenían un programa mucho mejor que el que estaban viendo en la pantalla de su televisor —intervino Jamie, echándose a reír a mandíbula batiente.

—Fue verdaderamente horrible —afirmó Dora; y al oír sus palabras los demás se despabilaron instantáneamente—. Gracias a Dios no lo vimos, pero, por desgracia, atraparon a la pobre señora Ladle en la calle, cuando cerraba la llave de la manguera de riego de su jardín. Claro que esa pobre mujer siempre tuvo mala suerte. Precisamente, la última vez que se desbordó el pantano, un enorme lagarto llegó por el desagüe y se comió su Prettypuss. ¿Te acuerdas, querido?

Charles gruñó algo y añadió:

—No te olvides de los Bunches. Hace muy poco que han ingresado en el club.

—Aquélla era su casa —intervino su hijo Jamie, señalando una casa al otro lado de la calle—. Ahora viven allí unos señores cuya hija se llama Clarence. Huele muy mal.

—Oler mal —dijo automáticamente Dora—. Hace poco vi entrar uno dentro. Uno muy grande. Entró, en pos de su coche, dentro del garaje. Estaba preparando un plato de *popcorn* cuando Charles me llamó desde la sala de estar y me dijo que uno había seguido el coche de Hyman Bunch hasta su garaje.

»—Creo que Jamie no debía ver esto —le insinué.

»—Vamos, mamá, que no soy un niño —intervino mi hijo; y en ese instante se abrieron de par en par las puertas del garaje y vimos salir corriendo a los Bunches.

—En efecto, los Bunches salieron corriendo del garaje —corroboró Charles—. Por un momento, pensé abrirles la puerta de mi casa para que se refugiaran aquí, pero no dio tiempo para ello: todo duró medio minuto, un minuto como máximo.

—Luego intervino la policía.

—Bah, la policía —opinó Jamie con tono despectivo—. No hicieron nada contra aquellos salvajes.

—Siéntate y calla —le dijo Dora—, o haré que vuelvas a tu cuarto.

—Deja que Tiger lo cuente —intervino Charles—, y luego que se vaya a la cama. Vamos, Tiger, cuéntalo todo.

A Tiger le pareció que se le hacía un nudo en la garganta. Finalmente pudo hablar y dijo:

—El coche grande de la policía...

—¿Qué más? Continúa.

—El coche de la policía llegó a toda velocidad, haciendo un ruido infernal con su sirena, dio varias vueltas a la manzana, desgastando sus neumáticos con tantos virajes y frenazos, y...

—Déjate de comentarios jocosos y ve al grano.

—De acuerdo. Acto seguido, cinco o seis policías saltaron fuera del coche y empezaron a arrojar bombas lacrimógenas. Entonces, las calles se convirtieron en un verdadero infierno. Empezaron a disparar a diestra y siniestra, y creo que lograron derribar a una

docena de ellos. Fue una estupidez que salieran del coche, pues todos aquellos extraños seres se les echaron encima y los polizontes se pusieron a correr como locos asustados, pisoteando las camelias del jardín de papá. ¡Cómo gritaban! Entonces, uno de ellos se metió dentro del coche-patrulla y se escapó, dejando abandonados a sus pobres compañeros. De haber estado yo en el puesto de esos desgraciados, habría matado al muy cobarde. Los pobres policías, que quedaron aislados, se pusieron a correr despavoridos en todas direcciones. Uno de ellos se acercó a nuestra ventana, arrojó su fusil al suelo, y se puso a golpear en los cristales para que le dejásemos entrar en la casa. ¡Qué cara más horrible tenía! Luego se quitó la careta antigás, pero uno de aquellos extraños seres se le acercó por detrás..., dispuesto a atraparle.

—Fue entonces cuando oímos el timbre de la puerta —añadió al cabo de un instante.

—Ya es hora que te vayas a la cama, Tiger.

—Sí. Y el timbre sonaba y sonaba sin cesar.

—Cállate, Tiger, ya basta.

—De acuerdo, papá. Y el desdichado policía gritó: «Por el amor de Dios, ábranme la puerta.»

—Jamie, no pronuncies en vano el nombre de Dios.

—Está bien. Buenas noches, mamá, papá, señores —saludó Jamie; pero cuando estaba cerca de la puerta, se volvió y añadió gritando—: Y al final se dejó de oír el timbre y esto es todo lo que pasó con los policías.

Fred Rangle dijo algo para disipar la tirante atmósfera, y el tímido Fred, con esfuerzo, también hizo un comentario para ayudarle.

—¡Gente afortunada! —señaló, con una falta de sinceridad impropia en él—. Sí, aquí vive una gente muy afortunada.

—Un poco envidioso, ¿no? —le contestó Charles con voz tenue.

—Me gustaría gozar de este programa donde yo vivo —continuó Fred—; pero me temo que nunca podré.

—Es que es un sitio muy céntrico —intervino Alice, añadiendo su pizca de sarcasmo—. El ruido del tráfico los asustaría; me refiero a esos extraños seres.

—¡Fíjense en lo que dice Alice! —exclamó Fred procurando gastar la primera broma de su vida—: ¡El ruido del tráfico me asustaría a mí!

Todos rieron al oír sus palabras burlonas. Charles volvió a insistir:

—Sienten envidia de nosotros, ¿no es así?

—Santo cielo, claro que sí —dijeron los señores de Rangles, mientras agitaban el hielo de sus vasos—. El no tener en todo el año más distracción que la televisión es mucho menos divertido que..., ¡todo esto!

[1] Alusión al filme *The Incredible Shrinktag Man*, realizado por Jack Arnold en 1957, con guión del conocido autor de SF Richard Matheson. (Nota del antologista).

EL CÍRCULO INTERIOR

FRITZ LEIBER

¿Cuántos maridos se comunican realmente con sus esposas? ¿Cuántos padres se esfuerzan por comprender a sus hijos? Una familia, ¿es realmente una comunidad, o más bien un conjunto de individuos aislados representando la estéril farsa de la convivencia, cada uno de ellos limitado a la neurótica compañía de los fantasmas de su soledad?

En El Círculo Interior*, Leiber nos ofrece una patética alegoría de la incomunicación en el seno de la familia, célula enferma de una sociedad enferma.*

* * *

Después de la cena, hubo un movimiento general, encabezado por Gottfried Helmuth, comúnmente conocido por Gott, desde la cocina hacia la sala de estar, en la casa de los Adler.

Gott pensaba que regresaba de un comedor con criadas negras, no de una cocina. En una copa grande de coñac, llevaba lo que sobró del cóctel de martini, un elixir sin color, diluido con hielo, aunque algo más fuerte de lo que su mujer suponía. Esta prodigiosa bebida formaba parte regular del programa pensado cuidadosamente por Gott, para terminar tranquilamente el día. «Después de la hora diecisiete de la Creación, Dios se sintió astuto», explicó Gott Adler un día.

Tomó asiento en su sillón de cuero, abrió *Vidas*, de Plutarco con la mano izquierda y miró por la mitad inferior de sus bifocales el párrafo de la biografía de César que había estado leyendo antes de la cena. Luego, sin mover la cabeza, por la mitad superior, miró hacia la cocina.

Detrás de Gott, entró Jane Adler, su mujer. Se sentó en su mesa de dibujo, donde había cuidadosamente ordenados un bloc, lápices, un cuchillo, una goma, temperas, agua, cepillos y trapos.

A continuación entró el pequeño Heinie Adler; llevaba un casco espacial transparente, ventilado por un gran agujero abierto en un extremo. Se situó al lado de otros objetos que había en la habitación: una caja larga de madera que casi le llegaba a las rodillas y otra más pequeña encima. Contra esta última un panel de control de juguete en plástico azul y plata del que solamente se podía mover una palanca. Frente al panel, una silla pequeña de madera y, detrás, otra caja larga alineada respecto a la primera.

—Adiós, papá, adiós, mamá —saludó Heinie—, voy a dar un paseo en mi nave espacial.

—Vuelve a tiempo para ir a la cama —recomendó su madre.

—Buen despegue —murmuró su padre.

Heinie entró, tocó el panel de control dos veces, y se sentó inmóvil en la pequeña silla de madera, mirando fijamente hacia delante.

Desde la cocina, una cuarta persona entró en la sala de estar, el Hombre del Traje de Franela Negra. Se movía espasmódicamente y tenía la apariencia amorfa de la masilla gris; era como una de esas figuras imaginarias que no han sido desarrolladas por completo. (Había una quinta persona en la casa, pero ni siquiera Gott lo sabía en ese momento.)

El Hombre del Traje de Franela Negra hizo un gesto rígido hacia Gott y abrió la boca para hablarle, pero este último formó con sus labios un «no, todavía no, imbécil» y le señaló con la cabeza el sofá, frente a su sillón.

—Gott —decía Jane mientras dibujaba con un lápiz sobre el bloc—, has tomado la costumbre de actuar como si estuvieras hablando con alguien invisible.

—Lo hago, cariño —respondió su esposo sonriendo y pasó una página, sin levantar su mirada del libro—. Hablarse a sí mismo es una protección eficaz contra la locura.

—Yo creía que era al revés —dijo Jane.

—No —le informó Gott.

Jane reflexionó sobre lo que iba a dibujar y vio que había bosquejado lánguidamente, a pequeña escala, el perfil de un niño con rayas y manchas a lo Paul Klee, como suelen hacerlo los párvulos. Suponía que podía hacer otra casa, de las que los niños construyen en los árboles, pero, ¿dónde iba a ponerla esta vez?

El viejo reloj eléctrico con armadura de bronce, que estaba sobre la chimenea, empezó a jadear estridentemente: «Misterio, misterio, misterio, misterio.» A Jane le sirvió de inspiración para su dibujo. Sonrió.

Gott tomó lentamente un trago de su copa y sintió cómo le raspaba el vodka, lo suficiente para calentar su piel y para que la habitación se balanceara agradablemente por un momento, con las sombras persiguiéndose en su interior. Después, giró las pupilas hacia arriba y miró al Hombre del Traje de Franela Negra. Notó, con satisfacción, que permanecía sentado en el sofá.

La siguiente conversación se desarrolló sin que Gott hiciera el menor ruido, ni abriera los labios más que un cuarto de pulgada, acampanando apenas las aletas de la nariz de vez en cuando:

Franela Negra: ¿Podría disponer de su atención por un momento, señor Adler?

Gott: ¡Di algo cuando hablas! Recuerda que yo te he creado.

Franela Negra: Respeto su opinión. ¿Ha recibido algún mensaje?

Gott: El número 6669 apareció tres veces hoy, con órdenes y presupuestos. Recibí un anuncio por correo que empezaba así: «¿Estás preparado para el gran acontecimiento?» El resto no tenía ninguna importancia. Cuando abrí el sobre, el brazo del minutero del reloj de mi escritorio señalaba hacia la estatua sin rostro de Mercurio en el Edificio de Comercio. Al marcharme de la oficina, mi secretaria me llamó: «Un representante del Círculo Interior le visitará esta noche», aunque después, cuando la volví a interrogar, insistió en que me había dicho: «¿Está correcta la carta para Interior Burkulo?» Sabe que soy algo sordo, no obstante, creo que puedo fiarme de ella. Parecía sincera. La cuestión es que, en el caso que hayan sido mensajes del Círculo Interior, los recibí. Pero tengo serias dudas sobre la existencia de esta organización clandestina. Debo estar padeciendo una psicosis. No creo en el Círculo Interior.

Franela Negra (*sonriendo astutamente; sus rasgos son bastante hermosos, aunque todavía tiene la apariencia de la masilla gris*): Las psicosis se desarrollan en las mentes débiles. Mire, señor Adler, usted cree en la Mafia, en el FBI y en el comunismo clandestino. Usted cree en los grupos de presión, en uniones, comercios y hermandades. Conoce el funcionamiento de las grandes compañías. Está familiarizado con el espionaje industrial y político. No le es completamente desconocido el secreto de la asociación de los fabricantes de municiones con financieros, adictos a las drogas, gestores expertos en pornografía, comunidades de desviados sexuales y simpatizantes. ¿Por qué dudar del Círculo Interior?

Gott (*distante*): No creo por completo en todas esas organizaciones. Y el Círculo Interior me parece un sueño más deseado que los otros. Quizá quieres que crea en él, para condenarme más tarde por insensatez.

Franela Negra (*sacando una cartera de detrás de sus piernas y abriendo la cremallera sobre sus rodillas*): Entonces no desea oír nada sobre el Círculo Interior.

Gott (*inescrutable*): Te escucharé un momento. ¡Silencio!

Heinie gritó excitado: «¡Me encuentro entre las estrellas, papá! ¡Están tan cerca que queman!» No dijo nada más y se quedó mirando fijamente hacia delante.

«No las toques», avisó Jane sin mirarlo. Su lápiz formó varias estrellas de cinco puntas. Decidió que la casita de los niños estaría al borde del espacio, la colocaría en un árbol junto a un barranco.

—Gott, ¿qué crees que ve Heinie allá afuera, aparte de las estrellas?

—Probablemente unos ángeles con ojos saltones —respondió su esposo, sin levantar aún la cabeza del libro.

Franela Negra *(consultando una hoja de papel negro agrietado que había sacado de su cartera, en la que Gott pudo observar que no había nada escrito*): El Círculo Interior es la elite secreta del mundo que opera detrás y encima de todos los mascarones de proa, los burros de carga, los bobalicones ricos y esos inteligentes exhibicionistas que llamamos genios. El Círculo Interior existe *sub rose niger* desde hace miles de años. Controla la vida humana. Es el depositario de todos los grandes poderes y de la llave de todas las delicias.

Gott (*tolerante*): Como tú lo muestras, es bastante aceptable. Cada uno cree un poco en una banda poderosa, cáustica. Es el retorno a Sumeria.

Franela Negra: El número de miembros es muy reducido y selecto. Como habrás notado, soy algo así como un cazador de talentos para el grupo. Entre los requisitos para ser admitido (*saca una segunda hoja negra de su cartera*) se incluye la habilidad demostrada para manejar poderosamente hombres y mujeres, una amoral atracción por todo en la vida, una mezcla de crueldad y veracidad, más un conocimiento general y un poco de ingenuidad.

Gott (*desdeñoso*): ¿Sólo eso?

Franela Negra (*enfático*): Sí. La iniciación es para toda la vida y después de ella; uno de nuestros eslóganes es el grito de Ferdinand al morir en *La Duquesa de Amalfi*: «Escaparé a los créditos y disfrutaré de altos placeres después de la muerte.» El castigo por revelar secretos de la organización no es solamente la muerte, sino la extinción; todos los recuerdos de la persona se borran, su nombre, su historia pública y privada se saca de los archivos; todos los conocimientos y sentimientos hacia él quedan eliminados de la memoria de sus mujeres, amantes e hijos; como si nunca hubiera existido. Este es un buen ejemplo de los poderes del Círculo Interior. Puede interesarle saber, señor Adler, que como resultado de las actividades de represalia, los nombres de tres reyes de Inglaterra han desaparecido de la historia. Y entre los que han sufrido un destino similar, figuran dos Papas, siete estrellas de cine, un brillante pintor flamenco, superior a Rembrandt...

(*Mientras mencionaba una lista de nombres aparentemente interminable, la Quinta Persona entró gateando desde la cocina. Gott no pudo verlo al principio porque el sofá estaba entre su sillón y la puerta de la cocina. La Quinta Persona era el Bufón Negro, que parecía una caricatura de Gott, pero con el mismo aspecto enmasillado del Hombre del Traje de Franela Negra. El Bufón Negro llevaba ropa muy ajustada, del color de la piel, botas y guantes bordados en plata y una capucha negra, afilada, con campanillas de plata que no tintinean. Llevaba un cetro con una pequeña calavera, también con capucha negra de las mismas características que la que él mismo llevaba.*)

El Bufón Negro (*levantándose de repente como una cobra, de detrás del sofá, habló al Hombre del Traje de Franela Negra, por encima del hombro de este último*): ¡Oh! ¿Todavía estás atormentando sus desvencijadas esperanzas con ese podrido Círculo Interior? Felicitaciones, hermano. Juegas bien tus fichas.

Gott (*tremendamente asustado, pero armándose de valor*): ¿Quién es usted? ¿Cómo se atreve a introducir la camorra en mi corte?

El Bufón Negro: Escuchen el canto de este gallo viejo. Como sí no supiera que él mismo nos ha creado a los dos, para detener el aburrimiento, la locura o el suicidio.

Gott (*con firmeza*): Nunca te creé.

El Bufón Negro: Sí, viejo gallo, lo hiciste. Realmente tú nunca has alumbrado nada aparte de gemelos: por cada bueno, un malo, y por cada blanco, un negro.

Gott (*abre las aletas de la nariz, mira con ferocidad, y un maleficio zumba hacia el recién llegado como una abeja invisible y perezosa*).

El Bufón Negro (*se tambalea cuando el maleficio le hiere, pero se libera con un esfuerzo y vuelve la mirada fija y sanguinaria hacia Gott*): Viejo padre gallo, estoy empezando a odiarte.

En ese momento, en la cocina, el motor de la nevera se pone en marcha y el sonido alto, rápido y oscilante, le parece a Jane como una voz que dice: «Vigile a sus niños, están en peligro. Vigile a sus niños, están en peligro.»

«No soy un conejillo.» Jane se ensimismó en sus pensamientos, irritada por la interrupción justo ahora que su lápiz diseñaba rápidamente los contornos de la casa en el árbol, con la luna encima del barranco, entre nubes, en el cielo de la tarde. Sin embargo, miraba a Heinie. Él no se movía. Podía ver que el casco de plástico estaba abierto a la altura del cuello, pero, de todas formas, pensó en la asfixia.

—Heinie, ¿estás todavía entre las estrellas? —preguntó.

—No, estoy aterrizando en la Luna —respondió—. No me distraigas, mamá, tengo que prestar atención a la carretera.

Jane quería imaginar cómo estarían las carreteras del espacio, pero el motor del refrigerador había dicho «niños», no «niño», y ella recordó que el idioma de las máquinas está lleno de tropos. Observó a Gott. Estaba sentado confortablemente con su libro. Cuando ella le miraba, volvía una página y tomaba un trago de martini con agua. Decidió ponerlo a prueba.

—Gott, ¿no crees que esta familia se está desarrollando demasiado aisladamente? —le preguntó—. Antes teníamos más gente a nuestro alrededor.

—¡Oh!, tenemos suficiente con los que somos —le replicó, mirando al sofá vacío, detrás de él. Después se volvió expectante hacia ella, dispuesto a tomar parte en cualquier conversación que quisiera empezar. Pero Jane le sonrió y volvió aliviada a sus pensamientos y dibujos. Él también sonreía y bajaba la cabeza de nuevo sobre su libro.

Franela Negra (*ignorando la presencia del Bufón Negro*): La razón más importante de mi visita de esta noche, señor Adler, es informarle que el Círculo Interior ha comenzado a estudiar seriamente sus cualidades para la admisión de su solicitud.

El Bufón Negro: ¿A *su* edad? ¿Después de *sus* fracasos? ¡Ahora sí que nos acercamos a la Gran Mentira!

Franela Negra (*con voz apenada*): ¡Por favor! (*de nuevo hacia Gott*): Punto uno: ha ganado la reputación de un hombre de gran patriotismo, de una fidelidad profunda a la compañía, y un interés propio realista. Desprecia sencillamente toda rebeldía e idealismo juvenil. Punto dos: ha sembrado un odio constructivo en su vida de negocios: acuchilló libremente a sus colegas cuando pudo, pero se alió con ellos cuando lograron el éxito. Punto tres, y más importante: ya ha recorrido un buen trecho del camino hacia la creación de la ilusión, privilegio de un hombre que tiene fuentes secretas de información, nuevas técnicas para pensar más rápido y para actuar más decisivamente que los demás, conexiones y contactos superiores, clandestinos; en resumen, una nueva fuerza oscura, que todos los demás le envidian, aunque les repugne.

El Bufón Negro (*como contrapunto, mientras pasea alrededor del sofá*): Pero él comenzó a caer cuando perdió su gran trabajo. Motores Nacionales, por lo menos, fue un buen paso. ¡Pero Hagbolt-Vincent no tiene ni aviones, ni apartamentos, ni pabellones de caza, ni «chicas»! Aparte de esto, bebe demasiado. El Círculo Interior no es lo más apropiado para borrachos en decadencia.

Franela Negra: ¡Por favor! ¡Estás estropeando las cosas!

El Bufón Negro: El que está estropeado es él. (*Acercándose a Gott*.) Solamente hay que mirarlo. Ojos que necesitan muletas para mirar de cerca y de lejos. Oídos que no comprenden la observación más simple.

Gott: ¡Déjame en paz! ¡Te lo ordeno!

El Bufón Negro (*ignorando la advertencia*): Barriga gorda, sexo fláccido, tobillos hinchados y una boca llena de huecos que apestan. ¿Sabía usted que hace cinco años que no se atreve a visitar un dentista? Ven aquí, abre la boca y enséñalos. (*Estira la mano con guante negro hacia la cara de Gott.*)

Gott, irritado y en el límite de su paciencia, gruñó en voz alta:

—¡Déjame maldito! —y lanzó el libro con su mano izquierda hacia el bufón, acertándole en plena nariz. Las dos figuras negras desaparecieron al instante.

Jane levantó su lápiz a medio metro del bloc, se dio vuelta rápidamente y preguntó:

—¡Por Dios, Gott! ¿Qué fue eso?

—Solamente una de esas moscas de invierno, cariño —le respondió con dulzura—. Uno de esos gorditos que se esconden en diciembre para reproducirse y engendrar todas esas nubes negras de la primavera.

Encontró la página en cuestión y acercó su cara para observarla por ambos lados. Miraba disimuladamente a Jane y al fin dijo:

—No la aplasté.

La silla en la nave espacial hizo un ruido. Jane preguntó:

—¿Qué pasa, Heinie?

—Explotó un meteoro, mamá. Estoy bien. Retorné al espacio y me encuentro en el centro de la Vía.

Jane estaba impresionada por el tiempo que tardaba para llegar del sonido del libro de Gott hasta el de la nave espacial. Empezó a dibujar, con manchas ligeras, niños en columpios, que colgaban desde las ramas más altas del árbol y que se mecían muy lejos, por encima del barranco hasta las estrellas.

Gott bebió otro trago del martini con agua, pero se sentía solo e impotente. Atisbaba por encima de su Plutarco hacia la oscuridad, debajo del sofá, y sonrió con renovada esperanza cuando vio la mancha enorme y plana de masilla negra, en la cual Bufón y Franela se habían desplomado. «Me encuentro en un momento negro —pensó—, ¿por qué negro?»

Prefería olvidar que fue él quien empezó a esculpir figuras imaginarias con la negrura nocturna que latía debajo de sus párpados, cuando estaba tendido sobre la cama: pequeñas cabezas negras como guisantes arrugados, en los cuales cualquier punto de luz servía para formar dos ojos y una boca. Había recorrido un largo camino desde entonces. Ahora, con rayos desprendidos de sus ojos, arrollaba la masilla negra que podía ver en el almohadón, con la longitud de una mujer y la extendía sobre el sofá. El almohadón ayudaba con movimientos y saltos sensuales, especialmente donde se curvaba hacia la cintura. Cuando la tuvo completamente extendida sobre el sofá, empezó, con una energía cruel, a esculpir la forma de una chica exageradamente sexual, con pechos muy altos.

Jane se encontró con que había dibujado una mosca, rumbando alrededor de los columpios. La borró y puso en su lugar una estrella más. «Pero en un barranco, debe haber moscas —pensó— porque la gente arroja basura.» Por lo tanto, dibujó una mosca grande en la esquina inferior izquierda del papel. Era como el observador. «Decididamente —se decía a sí misma—, no pondré nubes negras de primavera; las cambiaré por esbozos de rutas espaciales.»

Gott acabó la Chica Negra con dos pellizcos retorcidos para indicar sus pezones. Su cintura era lo bastante gruesa para no parecer una avispa o una hormiga amazona gigante... Entonces, tomó otro trago de su martini con agua, se inclinó un poco y, silenciosa, pero

fuertemente, sopló por encima de la distancia que había entre ellos, dando el aliento de vida a su cuerpo.

La frase «nubes negras de primavera» hizo pensar a Jane en esperanzas muertas y talentos fracasados.

—Me gustaría que volvieras a escribir por las noches, Gott. No me sentiría tan culpable —le dijo.

—Ahora, cariño, no soy más que un hombre de negocios, cansado, feliz de poder relajarme en el seno de mi familia. Ya no hay una chispa de arte en mí —le informó Gott, con tranquila convicción, y observó a la Chica Negra que temblaba y se retorcía cuando el aliento creativo de sus labios la tocaba. De repente notó, con un temor agudo, que los extremos de su suspiro podían llegar hasta Jane y Heinie, retorciéndolos como luces calientes y trémulas. Especialmente a Heinie, que estaba sentado, inmóvil en su pequeña silla, a años luz de allí. Gott quería llamarlo, pero no tenía la menor noción sobre la jerga espacial.

La Chica Negra (*se sienta y coquetea: pone su mano sobre la bragueta*): ¡Oh! ¡Esto es algo muy especial, señor Adler! Es la primera vez que usted me recibe en su casa.

Gott (*mirándola fieramente por encima de Plutarco*): ¡Cállate!

La Chica Negra (*imperturbable*): Antes me veías sólo cuando estabas de viaje y, últimamente, una o dos veces en tu oficina.

Gott (*las aletas de su nariz abiertas*): ¡Cállate, te digo! ¡Eres menos que una basura!

La Chica Negra (*sonriendo*): Pero soy una basura interesante, ¿verdad? ¿Quieres que lo hagamos delante de ella? Podría venir contigo, entrar en tus vestidos...

Gott: ¡Una palabra más y te aniquilo! Te despedazaré como a un cuervo hervido. Te fundiré de nuevo en la masilla.

La Chica Negra (*todavía apacible, acariciando su desnudez*): Sí, y disfrutarás de cada segundo.

Insultado e incapaz de seguir aguantándola, Gott envió rayos penetrantes hacia ella, por encima de su plutárquico parapeto, al mismo tiempo que una figura negra, delgada como una araña, saltaba por detrás del sofá y se inclinaba sobre el hombro de la chica, empujando los rayos penetrantes a un lado, con un gesto de su brazo, semejante a un látigo.

Crecida debajo del sofá, de la masilla negra que no había sido advertida por Gott, se irguió la figura de una vieja hechicera, delgada, con piernas y brazos como alambres, pechos como ropa tendida y una cara que parecía un paquete de plumas negras de avestruz.

La Corona Negra (*con voz delgada como viento hambriento*): Si injurias a alguna de las chicas, Adler, te castraré, te arrugaré con hechizos. Nunca podrás volver a llamarlas, ni siquiera obtendrás placer con tu mujer.

Gott (*asustado, pero sin demostrarlo*): Cuida tus brazos y tus piernas, madre. Flossie y yo sólo jugábamos. Juegos y vicios son una especialidad de tu casa, ¿verdad?

Con un profundo grito, el ventilador del horno, en el sótano, comenzó a funcionar gimiendo una y otra vez, con eco bajo y rápido: «Oh, por Dios, por Dios, por Dios. Demonios, demonios, demonios, demonios.» Jane entendió el aviso claramente, pero no quería perder el brillo de su inspiración.

—¿Estás bien allí en el espacio, Heinie? —preguntó. Le pareció que él le hacía una señal afirmativa. Empezó a colorear la casa de los niños en el árbol; el techo y las paredes rojas se parecían un poco a Chagall.

La Corona Negra (*siguiendo su razonamiento*): Tienes que comprender, Adler, que no eres nuestro dueño. Eres tú el que nos perteneces. Necesitas de las chicas para poder vivir, por lo tanto, eres su esclavo.

La Chica Negra: ¡Eh! Llamaré a Susie y Belle. Tampoco conocen esto y les encantará.

La Corona Negra: Más tarde, si él se comporta humildemente. ¿Me comprendes, esclavo? Y si yo le ordeno a tu mujer que prepare la cena para las chicas, o lave sus pies u observe cómo tú y ellas se unen, deberá hacerlo. Y tu hijo hará nuestros recados... Ahora, ven aquí, siéntate con Flossie, mientras yo te quemo con hielo seco.

Gott temblaba porque los brazos de la Corona avanzaban hacia él, como serpientes, y empezó a sudar murmurando: «Dios del cielo.» El olor del miedo salía de su cuerpo hacia las paredes en millones de malditas moléculas.

Un viento frío soplaba sobre la carretera espacial de Heinie y las estrellas oscilaban; después desaparecieron como hojas de papel brillante.

Jane oía los murmullos y el soplo de miedo, pero estaba coloreando las ventanas de la casa de amarillo cálido y vivo.

—Creo que el cielo es como una casa de niños en los árboles. Solamente se encuentra la gente que uno recuerda de la infancia. La gente real.

A la palabra «real», la Corona Negra y la Chica Negra se ahogaron y empezaron a inclinarse y fundirse como una vela pequeña y otra más grande con el fuego.

Heinie giraba su nave espacial y la conducía valerosamente por la espesa oscuridad, hacia su casa, siguiendo la línea blanca y espiritual que indicaba el centro de la vía. Se imaginaba que era como el gato que había tenido. Papá le había contado historias sobre gatos volviendo del centro de la ciudad, de Pittsburgh, de Los Ángeles, de la Luna. Un gato podía hacerlo. Él era el gato que regresaba a su casa.

Jane dejó el pincel a un lado y tomó otra vez su lápiz. Se había dado cuenta que los dos niños que se balanceaban más alto no estaban sujetos a los columpios. Empezó a arreglarlo, pero titubeó. ¿Acaso no estaba bien que algunos niños volaran hacia las estrellas? ¿No sería bonito, en un anochecer de luna, tener una lluvia de niños? Le hubiera gustado que un avión pasara por encima del tejado de su casa y dejara caer la respuesta a su pregunta. No le gustaba hacerse ilusiones ella sola. Se sentía culpable.

—Gott —dijo—: ¿por qué no terminas por lo menos el cuento que estabas escribiendo sobre el Cementerio de Elefantes? —Hubiera preferido no mencionarlo, porque la idea había asustado a Heinie.

—Otro día —murmuró su marido.

Gott se sentía débil, pero aliviado, aunque no recordaba el motivo. Balanceando su cabeza cuidadosamente encima de su libro, tomaba el último trago de martini con agua. Siempre el fondo era un poco más fuerte. Miraba la página, por la parte inferior de sus bifocales de ejecutivo y, por un momento, las letras de la palabra «César» se levantaron casi una pulgada; cada palo mostraba sus harapos y el papel blanco sus fibras acanaladas. Después, siempre sin mover la cabeza, miró por la parte superior y observó la mancha larga y espesa de masilla negra, encima del sofá azul vacío. Automáticamente unió la masilla y, con un rayo de su pulgar, modeló rápidamente al Viejo Filósofo con toga negra; una figura fácil de esculpir, porque nunca quedaba terminada, sino modelada en bruto, al estilo de Rodin o Daumier. Era bueno terminar una noche con el Viejo Filósofo.

La línea blanca del espacio intentó desaparecer. Heinie condujo su nave más cerca de ella... Recordaba que, a pesar de los cuentos de su padre, el gato nunca había vuelto.

Jane continuó con los niños sueltos, columpiándose lejos de la casa. Uno de ellos tenía una pierna encima le la luna.

El Filósofo (*arreglando su toga y bostezando*): El tópico para la charla de esta noche es el enorme recipiente de todo, el Vacío.

Gott (*condescendientemente*): ¿El Vacío? Qué interesante. En los últimos días he deseado fundirme con él. Estoy aburrido de la vida.

Una calavera negra, modelada tan burdamente como el Filósofo, miraba por encima del hombro de éste y se levantaba sobre un esqueleto huesudo y negro.

MUERTE (*tranquilamente hacia Gott*): ¿Es verdad?

GOTT (*muy agitado, pero tratando de ocultarlo*): Estoy en una noche negra. Ni siquiera pude hacer un esqueleto blanco. Desintégrense los dos. Me estás aburriendo, casi tanto como la vida.

MUERTE: ¿Sí? Si no te agarraras a la vida como una lapa, podías haber estrellado tu coche el día en que fuiste despedido de Motores Nacionales, para que tu mujer y tu hijo cobraran el dinero del Seguro. Planeaste hacerlo. ¿Recuerdas?

GOTT (*con frialdad histérica*): Tendría que haberte moldeado en latón o aluminio. Entonces darías algún brillo a las cosas. Pero ya es demasiado tarde. Desaparece rápidamente. Sin dejar rastro.

MUERTE: Demasiado tarde. Sí. Planeaste estrellar tu coche e indemnizar a tus seres queridos. Hasta elegiste el lugar, pero el coraje te abandonó.

GOTT (*creciéndose*): Te demostraré que no soy solamente Gottfried, sino también Helmuth. El valiente Adler del Infierno.

EL FILÓSOFO (*confuso, pero intentando tomar parte en la conversación*): Un apodo fanfarrón.

MUERTE: Ese coraje infernal te abandonó cuando llegaste a la esquina del barranco. (*Apuntando con una mano de tres dedos, desprovista de pulgar, como un ramo negro hacia Gott*): ¿Quieres morir ahora?

GOTT (*pasando por un visible apagón mental*): Los cobardes mueren muchas veces (*escurrió las última gotas del martini en una completa oscuridad*), los valientes saborean la muerte solamente una vez. César.

LA MUERTE (*Una voz en la oscuridad*): Cobarde. Tú me has llamado y, aunque me formaste pobremente, soy la Muerte de verdad. Hay otros, aparte de ti, que han hecho el largo viaje. Muy largo. Viajes en el Vacío.

EL FILÓSOFO (*otra vez*): ¡Ah! ¡Sí! El Vacío. Primeramente...

MUERTE: ¡Silencio!!

En el gran y obediente silencio, Gott sintió teclear los huesos de los pies de la Muerte, dirigirse sin prisa desde detrás del sofá, hacia la nave espacial de Heinie.

Gott se levantó en la oscuridad y se agarró a su mente.

Jane también oyó el tecleo lento. El reloj de la cocina hizo tictac. «Ahora. Ahora. Ahora. Ahora.»

De repente, Heinie gritó:

—¡La línea ha desaparecido. Papá, mamá, estoy perdido!

Jane respondió agudamente:

—No, no estás perdido, Heinie. Sal inmediatamente del espacio.

—No estoy en el espacio ahora. Estoy en el cementerio de los gatos.

Jane se decía a sí misma que era insensato sentirse tan asustada de repente.

—Vuelve de donde quiera que estés, Heinie —le decía tranquilamente—. Es hora de acostarse.

—Estoy perdido, papá —chilló Heinie—. No oigo a mamá.

—Escúchala, hijo —decía Gott en voz baja, mientras buscaba en la oscuridad otras palabras.

—Todos los papás y mamás del mundo se están muriendo —lloró Heinie.

Gott encontró las palabras y habló con voz más fuerte:

—¿Funcionan tus generadores atómicos, Heinie? ¿Está libre tu palanca para soltar el remolque espacial?

—Sí, papá, pero la línea ha desaparecido.

—Olvídalo. Te tengo en mi poder por el subespacio y te dirigiré hacia casa. Gira tu nave dos unidades hacia la derecha y tres hacia arriba. Enciende cuando te dé la señal. ¿Estás preparado?

—Sí, papá.

—Cambio. Tres, dos, uno, encender y adelante. Evita ese cometa. Pasa por el lado izquierdo de ese planeta. No te preocupes por las nubes negras de polvo. Vuelve a casa en el aerífero. ¡Ahora, ahora, ahora!

Gott soltó su Plutarco; atravesaba ciegamente la habitación cuando pronunció el último «ahora». La oscuridad se aclaró y, tomando a Heinie de su silla espacial, se tambaleó hacia su mujer. Encontró de nuevo el equilibrio sin estropear la pintura, mientras ella le acusaba riendo:

—De nuevo bebiste martini.

Heinie se quitó el casco y dijo:

—Acaríciense.

Se apoyaron el uno contra el otro y miraron el dibujo a medio colorear, en el que se veía una casa para niños sobre un árbol, encima de una barranca. Aquellos parecían manchas: se columpiaban hacia la luna indiferente y los caminos barridos por el viento.

El penúltimo niño tomaba con una mano al último y con la otra se sostenía sobre el columpio. Debajo del dibujo, en la esquina izquierda, un moscardón los miraba con envidia. Gott recorrió la habitación, nuevamente equilibrada, con su mirada y pudo ver a la Muerte atisbar por la hendidura de la puerta abierta de la cocina.

Trabajosamente, medio desmayado, Gott le dirigió una mirada burlona.

PLANETA SEGÚN PRESUPUESTO

ROBERT SHECKLEY

El siguiente relato de Robert Sheckley forma parte de su libro Dimensión of Miracles*, donde se relatan las peripecias de un terrestre que, arrebatado de su planeta natal y abandonado en un desconocido rincón del cosmos, busca el camino de regreso a la Tierra.*

Sheckley, que estuvo afincado temporalmente en España, es uno de los autores más sarcásticos y desmitificadores de la SF. Aclaración innecesaria, pues podrán comprobarlo inmediatamente sin más que leer Budget Planet*.*

* * *

—Así que éste es el resultado, ¿eh, Orin? —preguntó Maudsley.

—Sí, señor, éste es —respondió Orin a su izquierda, sonriendo con orgullo—. ¿Qué tal le parece a usted, señor?

Maudsley se dio la vuelta. Contempló la pradera, las montañas, el río, el bosque. Su expresión no reflejaba ningún sentimiento. Dijo:

—¿Y tú, Brookside, ¿qué piensas de todo esto?

—Creo que Orin y yo hemos realizado un buen trabajo. Realmente bueno, si tenemos en cuenta que se trata de nuestro primer proyecto individual —respondió con voz trémula.

—Y tú, Orin, ¿compartes esta opinión? —preguntó Maudsley.

—Por supuesto, señor —contestó Orin.

Maudsley se agachó, arrancó una brizna de hierba, la olió y la tiró nuevamente. Removió la tierra bajo sus pies y observó con detención, por algunos segundos, el sol resplandeciente. Con voz intencionadamente pausada, observó:

—Estoy sorprendido, muy sorprendido, pero descontento. Les ordené construir un mundo para uno de mis clientes, y me enseñan todo esto. Ustedes se consideran ingenieros, ¿verdad?

Los dos ayudantes no le contestaron. Se quedaron rígidos como niños que esperan ser castigados.

—¡Ingenieros! —exclamó Maudsley, poniendo todo su desprecio en la palabra—. «Científicos creativos, pero prácticos, capaces de construir un planeta dónde y cuándo se les solicite.» ¿Quién de ustedes reconoce estas palabras?

—Son del folleto modelo —contestó Orin.

—Correcto —afirmó Maudsley—. ¿Y ustedes consideran *esto* un buen ejemplo de «ingeniería creativa y práctica»?

Los dos hombres guardaron silencio. De repente, Brookside exclamó:

—¡Pues, sí, señor, lo creemos! Hemos examinado las cláusulas del proyecto punto por punto. El pedido fue para un planeta tipo 34Bc4, con algunas variaciones, y es lo que hemos construido. Además, lo que está usted viendo, es sólo una pequeña parte del total, ya que...

—...Ya que, por esto, puedo constatar lo que han hecho y juzgar en consecuencia —dijo Maudsley—. ¡Orin! ¿Qué tipo de calefacción has utilizado?

—Sol 05, señor —respondió Orin—. Corresponde a las exigencias térmicas.

—Me atrevo a decir que es correcto. Pero, como recordarán, éste es un mundo de bajo presupuesto. Si no mantenemos los costos bajos, los beneficios serán nulos, y el mayor gasto de todo el proyecto es la unidad de calefacción.

—Ya lo sabíamos, señor —confirmó Brookside—. No nos gustaba nada utilizar un sol tipo 05 para un sistema de un solo planeta, pero las exigencias de calor y radiación...

—¿No han aprendido nada de mí? —exclamó Maudsley—. Este tipo de estrella está de más. ¡Eh, ustedes! —se dirigió a los operarios—. ¡Bájenla!

Dos operarios se acercaron con una escalera plegable. Uno de ellos la sujetó y el otro la extendió unas cien millones de veces. Otros dos subieron conforme se desplegaba la escalera.

—¡Cuidado con ella! —les gritó Maudsley—. ¡Y recuerden tener puestos los guantes aislantes, pues quema!

Los operarios descolgaron la estrella en lo alto de la escalera, la doblaron y la depositaron en una caja acolchada donde se leía: ESTRELLA. TRATAR CON CUIDADO.

Cuando la tapa se cerró todo quedó a oscuras.

—¿Nadie tiene un poco de inteligencia por aquí? —se enfadó Maudsley—. ¡Maldición. Den la luz!

En el mismo momento, todo se iluminó.

—Bien —dijo Maudsley—. Este sol tipo 05 tiene que devolverse al almacén. En este proyecto podemos utilizar el tipo de estrella G 13.

—¡Pero, señor! —protestó Orin—. ¡No dará calor suficiente!

—Lo sé —declaró Maudsley—. Es aquí donde se debe emplear la creatividad. Al instalar la estrella más cerca, calentará más.

—Sí, señor, así es —admitió Brookside—. Pero los rayos PR emitidos no tendrán suficiente espacio para dispersarse sin causar daño. Esto puede acabar por completo con la raza que ocupe este planeta.

Maudsley replicó lentamente, modulando las palabras:

—¿Me estás insinuando que la estrella G 13 es peligrosa?

—Pues..., no, no quería decir exactamente eso —dijo Orin—. Quería decir que, al igual que cualquier otra cosa en el universo, puede ser peligrosa, si no se toman las debidas precauciones.

—Eso suena mejor —concedió Maudsley.

—Las debidas precauciones —siguió Brookside—, serían, en este caso, usar trajes protectores de plomo, que pesan veinticinco kilos cada uno, y esta medida es poco práctica, ya que un individuo medio de esta raza pesa apenas cuatro kilos.

—¡Ese problema es de ellos! —dijo Maudsley—. No es asunto nuestro enseñarles cómo deben vivir. No me van a hacer responsable por cada persona que tropiece con cualquier roca colocada por mí en su planeta. Además, no tienen necesidad de ponerse trajes de plomo. Pueden comprar una de mis *Opciones especiales*: una pantalla solar que eliminará los rayos PR.

Los dos hombres sonrieron nerviosamente. Orin se animó a manifestar tímidamente:

—Señor, tengo entendido que se trata de una especie subdesarrollada. Es probable que no puedan permitirse el lujo de comprar una pantalla solar.

—Si no pueden ahora, ya podrán más adelante —respondió Maudsley—. De todas formas, las radiaciones PR no son fatales en el acto. Y aunque fuera así, les quedaría un lapso de vida de unos 9,3 años, que es suficiente para cualquiera.

—Sí, señor —contestaron, sin convicción los dos ingenieros asistentes.

—Sigamos. ¿Cuál es la altura de esas montañas?

—Unos dos mil metros sobre el nivel del mar —respondió Brookside.

—Demasiado altas —indicó Maudsley—. Hay por lo menos mil metros de más. ¿Crees que nos las regalan?

Brookside sacó su agenda y anotó el cambio. Maudsley continuó caminando alrededor, con el ceño fruncido mientras examinaba el terreno.

—A estos árboles, ¿cuánta duración se les supone?

—Ochocientos años, señor. Es el nuevo modelo perfeccionado de bugalla. Da fruta, sombra, nueces, bebidas refrescantes, tres tipos de telas. Produce excelentes materiales de construcción, fija el terreno y...

—¿Están tratando de llevarme a la quiebra? —gritó Maudsley—. ¡Doscientos años son más que suficientes para un árbol! Reduce la mayor parte de su energía vital y guárdala en el acumulador de vitalidad.

—Si hacemos esto, les será imposible realizar todas las funciones planeadas —protestó Orin.

—Reduzcan también las funciones. Sombra y nueces son suficientes. No tenemos que sacar tesoros de estos árboles. ¡Y eso! ¿Quién puso esas vacas allí?

—Yo, señor —contestó Brookside—. Quería hacer el lugar algo más pintoresco.

—¡Idiota! —exclamó Maudsley—. ¡El momento de hacer un lugar más pintoresco es antes de la venta, no después! Este planeta se vendió sin adornos. Pon esas vacas en el depósito de protoplasma.

—Sí, señor —dijo Orin—. Lo siento mucho, señor. ¿Hay algo más?

—¡Hay diez mil cosas más! ¡Todas equivocadas! —contestó Maudsley—. Pero espero que puedan descubrirlas ustedes mismos. Por ejemplo, ¿qué es eso? —señaló a Carmody—. ¿Una estatua? Supongo que su misión será la de cantar o recitar algo para dar la bienvenida a la nueva raza.

Carmody habló:

—Señor, yo no formo parte de este conjunto. Un amigo suyo, llamado Malichrone, me envió, y ahora estoy tratando de volver a mi casa, a mi propio planeta.

Maudsley no le escuchó porque había comenzado a decir:

—Sea lo que sea, no figura en las cláusulas del contrato. Por lo tanto, pónganlo de nuevo en el depósito de protoplasma, junto a las vacas.

—¡Eh! —protestó Carmody cuando los operarios lo llevaron en el aire—. ¡Esperen un momento! No soy parte de este planeta. Malichrone me envió. ¡Suéltenme y escuchen!

Maudsley, sin hacer caso de los gritos de Carmody, decía a Orin:

—Realmente, deberías estar avergonzado de ti mismo. ¿Qué se supone que es esto? ¿Otra de tus ideas de decoración interior? ¿Eh, Orin?

—¡Oh, no! —negó Orin—. No fui yo quien lo puso ahí.

—¿Entonces fuiste tú, Brookside?

—Nunca le había visto, jefe.

—Está bien —dijo Maudsley—. Ustedes son tontos, pero no mentirosos. ¡Eh! —ordenó a los operarios—. Tráiganlo aquí.

—Ya está bien. Cálmate. —Maudsley se dirigió a Carmody, que temblaba de forma incontrolable—. Domínate, no puedo quedarme aquí esperando a que se te pase la histeria, ¿Te encuentras mejor? Ahora explícame qué estás haciendo en mi propiedad y por qué no me permites convertirte en protoplasma.

—Comprendo —dijo Maudsley después que Carmody terminara sus explicaciones—. Es una historia interesante, aunque estoy seguro que la has dramatizado bastante. De todas formas, estás aquí, y buscas un planeta llamado Tierra...

—Sí, señor, así es —afirmó Carmody.

—Tierra —murmuró Maudsley, rascándose la cabeza—. Tienes bastante suerte. Creo recordar ese lugar.

—¿Lo recuerda de verdad, señor Maudsley?

—Sí, estoy casi seguro de ello —asintió Maudsley—. Es un pequeño planeta verde, que aloja a una raza monomórfica, humanoide, como tú. ¿Verdad?

—Absolutamente cierto —contestó Carmody.

—Tengo buena memoria para estas cosas —continuó Maudsley—. Y más en este caso particular, puesto que el proyecto fue mío.

—¿Suyo, señor? —preguntó Carmody.

—Sí, lo recuerdo perfectamente. Durante su construcción inventé la ciencia. Creo que te divertirás mucho escuchando esta historia. —Y dirigiéndose a sus ayudantes añadió—: Además ustedes la pueden encontrar instructiva.

Nadie iba a negar a Maudsley el derecho a contar su historia. Por lo tanto, Carmody y los ingenieros asistentes adoptaron una postura atenta y Maudsley empezó.

HISTORIA DE LA CREACIÓN DE LA TIERRA

Yo, entonces, era apenas un modesto constructor. Había trabajado en diversos planetas y alguna que otra estrella. El trabajo no abundaba y la clientela además de lenta en el pago, era extraordinariamente exigente y criticona. Discutían por todo, haciéndose difícil complacerlos: «Cambie esto, cambie aquello... ¿Por qué el agua baja por las pendientes, la gravedad es tan alta y el aire caliente sube cuando debería bajar?», etc.

Era bastante ingenuo entonces. Acostumbraba a explicar las razones estéticas y prácticas de todo lo que realizaba. Las preguntas y explicaciones me llevaban más tiempo que el trabajo. Se hablaba demasiado. Comprendí que debía remediarlo de alguna forma, sin saber cómo.

Entonces, un poco antes del *Proyecto Tierra*, comencé a elaborar una nueva forma de tratar con los clientes. Me dije a mí mismo: «La forma depende de la función». Me gustó cómo sonaba. En seguida me pregunté: «¿Por qué la forma debe depender de la función?» Y la razón que me di fue: «La forma depende de la función porque es una ley inmutable de la naturaleza y uno de los principios fundamentales de la ciencia aplicada». Sí, sonaba bien, aunque todavía no le encontraba demasiado sentido. En realidad, el sentido no tenía importancia. Lo que sí tenía importancia era que había hecho un nuevo descubrimiento. Inconscientemente encontré un nuevo arte de propaganda y venta con la clave de grandes posibilidades: «La doctrina del determinismo científico». La Tierra fue mi primer experimento, y por eso la recordaré siempre.

Un anciano alto, con barba y mirada penetrante, me visitó para encargarme un planeta (éste fue el principio de tu planeta, Carmody). Terminé el trabajo rápidamente. Sí, creo que en sólo seis días. Pensé que con eso bastaría. Fue uno de esos planetas de bajo presupuesto y tuve que reducir algunas cosas. ¡Pero, tendrían que haber oído al cliente! ¡Parecía que le hubiera sacado los ojos!

—¿Por qué hay tantas tormentas aquí? —me preguntó.

—Forman parte del sistema de circulación atmosférica —le contesté. En realidad, me había precipitado un poco y olvidé introducir una válvula de sobrecarga en la circulación del aire.

—Las tres cuartas partes son agua —me acusó—; yo había especificado claramente una proporción tierra-agua de 4 a 1.

—Nos fue imposible hacerlo de esa manera —repliqué. Había perdido sus ridículas instrucciones; nunca he podido recordar los detalles de los planetas pequeños.

—¡Y usted llenó el poco terreno que me ha sido entregado de desiertos, pantanos, selvas y montañas!

—Es pintoresco —justifiqué.

—¡No me importa lo pintoresco! —vociferó el tipo—. Un océano, una docena de lagos, unos cuantos ríos, una o dos sierras son muy agradables. Todo esto embellece un lugar, ofrece comodidad y provoca sensaciones agradables en los habitantes. ¡Pero lo que usted me entregó es un absurdo!

—Todo tiene su explicación —me defendí. La verdad es que no podía sacar provecho del proyecto sin utilizar montañas reconstruidas, un montón de océanos y ríos como relleno y unos cuantos desiertos que compré baratísimos a Ourie, el joven negociante planetario. Pero cualquiera se lo confesaba.

—¡Deme una razón! —chilló—. ¿Qué le voy a decir a mi gente? Tengo que instalar una raza entera en este planeta, incluso pueden ser dos o tres. Serán humanos, hechos a mi imagen, y los humanos son bastante exigentes, como yo. ¿Qué les contaré, entonces?

Yo sabía qué podía decir, pero como no quería ofenderlo, fingí interesarme en el caso; aunque parezca extraño, lo pensé seriamente y encontré la solución que iba a desplazar a todas las demás.

—Dígales simplemente la verdad científica —insinué—. Dígales que, según la ciencia, todo lo que *es* debe *ser*.

—¿Qué? —dijo.

—El determinismo —continué, inventando esta expresión sobre la marcha—. Es bastante sencillo, aunque un poco esotérico. Empiece diciendo: «La forma depende de la función; por lo tanto su planeta es exactamente lo que debe ser por la simple razón de ser completo». Continúe: «La ciencia es invariable, por lo tanto, si una cosa varía, no es ciencia». Finalmente añada: «Cada cosa sigue normas determinadas. Uno no puede darse

cuenta siempre de cómo son, pero puede estar seguro de su existencia. Así que lo más razonable no es preguntarse: *¿por qué esto en lugar de aquello?*, sino, *¿cómo funciona?*»

A continuación, me sometió a un intenso interrogatorio en el que demostró ser un viejo muy astuto. Pero no tenía la menor idea sobre ingeniería; su campo eran la ética, la filosofía, las ciencias morales, la religión y cosas por el estilo. Por lo tanto, no podía hacerme objeciones concretas. Era uno de esos tipos que adoran las abstracciones y empezó a repetir: «Eso de *lo que es debe ser*»... Una fórmula muy intrigante que no carece de estoicismo. Incluiré algunas de estas ideas en las clases que doy a mi gente... Pero, dígame. ¿Cómo puedo combinar este determinismo científico con el libre albedrío que intento inculcarles?

El viejo astuto casi me puso en apuros. Sonreí para ganar tiempo y dije:

—La respuesta es obvia —repliqué.

—Tal vez —dijo—, pero no la veo.

—Mire —expliqué—. Esto del libre albedrío que está enseñando, ¿no es también una cierta forma de determinismo?

—Podría ser. Pero la diferencia...

—Y además —le interrumpí—, ¿desde cuándo el libre albedrío y el determinismo son incompatibles?

—En apariencia lo son —manifestó.

—Lo que pasa es que usted carece de una formación científica —le dije en su propia cara—. Mire, señor mío, una de las leyes básicas de la ciencia dice que el azar es parte integrante de cada cosa; y el azar, como usted sabrá seguramente, es el equivalente matemático del libre albedrío.

—Pero lo que usted está diciendo es completamente contradictorio —protestó.

—Así es —declaré—. La contradicción es una de las leyes fundamentales del universo. La contradicción produce luchas, y sin ellas todo quedaría en un estado de entropía. Así que no podríamos tener ningún planeta o ningún universo, si las cosas no existieran en un estado aparentemente irreconciliable de contradicción.

—¿Aparentemente? —preguntó al instante.

—Claro —contesté—. Podemos definir, por ahora la contradicción como la existencia de un par de realidades antagónicas. Aunque no sea la última palabra en este tema. Por ejemplo, supongamos una tendencia aislada. ¿Qué pasa cuando se desarrolla esa tendencia hasta sus últimas consecuencias?

—No tengo la menor idea —reconoció el viejo—. La falta de detalles en esta clase de discusiones...

—Lo que ocurre —dije— es que la tendencia se convierte en su propio antagonista.

—¿De verdad? —preguntó visiblemente conmocionado. A esta clase de gente le cuesta comprender la ciencia.

—Es realmente así —aseguré—. Tengo las pruebas en mi laboratorio; aunque la demostración sea algo tediosa...

—No, por favor. Confío en su palabra —dijo el viejo—. Después de todo, hemos firmado un acuerdo. —Fue la palabra que utilizó siempre para indicar contrato. Significa lo mismo, pero suena mejor.

—Realidades opuestas —murmuró—. Determinismo. Cosas convirtiéndose en sus contrarios. Me temo que sea todo un poco complicado.

—Y estético también —añadí. No terminé mi explicación sobre la transformación de los extremos.

—Le ruego que continúe —suplicó, cordial.

—Gracias. Pues bien, tenemos que entropía significa que las cosas persisten en su movimiento hasta recibir influencias del exterior. Y, según mis experiencias, algunas veces

persisten en su movimiento aunque no haya una influencia exterior. De todas formas, la entropía dirige una cosa hacia su contrario. Cuando una cosa está dirigida hacia su contrario, quiere decir que todas las demás cosas están dirigidas también hacia sus contrarios, porque la ciencia es coherente. ¿Comprende ahora? Tenemos todas estas tendencias que se transforman locamente y se convierten en sus propias oposiciones. ¡En el nivel organizativo más elevado, encontramos grupos de opuestos haciendo lo mismo, y subiendo y subiendo...! ¿Está claro?

—Supongo que sí.

—Bien. Y ahora nos preguntamos: ¿es esto todo? Quiero decir, estas tendencias convirtiéndose de adentro afuera y de afuera adentro, ¿son todo el juego? Y lo sorprendente es que no, ¡no lo es! No, señor, estas tendencias, que saltan alrededor como delfines, son sólo un aspecto de lo que sucede en la realidad. Porque existe una sabiduría que ve por encima de todos los antagonismos y contradicciones de este mundo fenomenal. Esta sabiduría, señor, conoce la calidad ilusoria de las cosas reales y encuentra detrás de ellas las leyes profundas que rigen el funcionamiento del universo, que constituyen un estado de grande y magnífica armonía...

—¿Cómo una cosa puede ser, a la vez, ilusoria y real? —La pregunta surgió rápida como una flecha.

—Yo no soy nadie para conocer la respuesta —confesé—. No soy más que un modesto trabajador científico: veo lo que me rodea y actúo en consecuencia. Puede que haya razones éticas detrás de todo esto.

El viejo reflexionó un momento sobre esta observación y pude notar que libraba una lucha interna.

Podía descubrir falacias lógicas en mis argumentos, ya que estaban llenos de ellas. Pero, como todos los humanoides, estaba fascinado por las contradicciones y sentía el ansia de incorporarlas a su sistema.

Hizo toda clase de objeciones, ya que su sentido común le advertía que las cosas no podían ser tan confusas; no obstante, su intelecto le indicó que, en efecto, podía ser, aunque las cosas parecieran complicadas. Podía existir detrás de todo un simple principio unificador. O, en caso que no existiera ese principio, era por lo menos una filosofía sólida. Finalmente lo convencí cuando utilicé la palabra «ética». Porque aquel viejecito estaba obsesionado por la ética; podría incluso llamarse señor Ética. Debido a esto y por casualidad, le hice creer que el maldito universo era una serie de igualdades y contradicciones, de leyes e iniquidades, todo apuntando hacia el más exquisito y absurdo orden ético.

—Aquí hay un principio más profundo de lo que yo pensaba —dijo al cabo de algún rato—. Tenía la intención de enseñar a mi gente sólo cuestiones éticas y morales imperativas, el cómo y el porqué los hombres deben vivir, en lugar de preocuparse por lo que constituye la vida. Quería que fueran exploradores que excaven las profundidades de la alegría, el temor, la piedad, la esperanza, la desesperación, en lugar de científicos que examinan estrellas y gotas de lluvia, que formulan hipótesis grandiosas e impracticables sobre sus descubrimientos. Sabía de la existencia del universo, pero preferí ignorarlo. Ahora, usted me ha convencido.

—Mire —expliqué—, no quería causarle problemas. Sólo pretendí informarle sobre esta materia...

El viejo sonrió.

—Al causarme problemas, me evitó otros aún mayores. Podría crear un mundo según mi propia imagen, pero no lo voy a poblar con versiones en miniatura de mí mismo. El libre albedrío es algo muy importante para mí. Mis criaturas la llevarán hasta su gloria y su pena. Harán suyo este juego brillante e inútil llamado ciencia y lo endiosarán.

Contradicciones físicas y abstracciones solares les fascinarán; perseguirán el conocimiento de estas cosas y olvidarán explorar en el conocimiento de su propio corazón. Me convenció de todo esto y le estoy agradecido por la advertencia.

A decir verdad, me puse un poco nervioso en ese momento. El hombre a quien había tomado por un ser insignificante, se había convertido en una persona de gran carácter. Tuve la sensación que podría causarme muchos problemas, y él sabía que podría hacerlo con unas pocas palabras. Esta sentencia se alojó en mi mente como una flecha envenenada y nunca lograría apartarla. Me asusté un poco, les soy sincero.

El viejo burlón tuvo que leer mis pensamientos porque me indicó:

—No se asuste. Acepto sin reservas el mundo como me lo construyó; servirá muy bien tal cual es. En cuanto a los defectos y anomalías también los acepto y se los agradezco. Incluso se los pagaré.

—¿De qué manera me pagará los errores? —pregunté.

—Aceptándolos sin discutir, marchándome ahora, ocupándome de mis negocios y de los negocios de mi pueblo —respondió.

Y el viejo se marchó sin decir una sola palabra más.

Me quedé bastante pensativo. Había usado muy buenos argumentos, pero al final el viejo tuvo la última palabra. Comprendí lo que quiso decir; cumplió su contrato conmigo y eso fue el final. Me dejó sin dedicarme una sola palabra a mí, personalmente. Fue algo así como un castigo. Un castigo según su punto de vista, claro. ¿Para qué necesitaba yo de sus palabras? No obstante, tenía la necesidad de oírle. Intenté visitarle durante mucho tiempo sin conseguirlo, por lo que deduje que a él no le interesaba verme lo más mínimo.

En realidad, no me importó mucho. Saqué provecho de esa Tierra y uno debe procurar eso: sacar el máximo de provecho sin preocuparse por las consecuencias.

Pero lo que yo quería explicarles, y les ruego que me escuchen atentamente, es que la ciencia está llena de normas porque yo las inventé de esa manera. ¿Por qué las hice así? Porque las normas son una gran ayuda para un trabajador inteligente, al igual que la mayoría de las leyes lo son para los abogados. Las normas, doctrinas, axiomas, leyes y principios de la ciencia sirven para ayudar, y no para obstaculizar. Existen para dar razones a lo que están haciendo. La mayoría de ellas son más o menos verdaderas, y esto ayuda. Pero recuerden siempre que estas normas existen para ayudarles a explicar a los clientes lo que están haciendo después de haberlo hecho, nunca antes. Cuando tienen un proyecto, hay que realizarlo de la manera que mejor convenga. Después, se explican los hechos según el resultado; no al revés.

Recuerden que estas leyes deben servir como barrera verbal contra gente que hace preguntas, pero que nunca deben ser nuestras enemigas.

Si han aprendido algo de mí, será que «nuestro trabajo es muy difícil de explicar, sencillamente lo intentamos y algunas veces sale bien y otras no». Pero nunca intenten explicarse a ustedes mismos por qué algunas cosas pasan y otras no. No se pregunten ni se imaginen la existencia de una explicación. ¿Han comprendido?

Los dos asistentes, confusos, movieron la cabeza afirmativamente. Tenían la mirada exaltada de los hombres que han encontrado una nueva religión. Carmody hubiera apostado cualquier cosa a que aquellos dos hombres, jóvenes y serios, habían memorizado cada palabra del constructor, y ahora se disponían a elevar estas palabras a la categoría de leyes...

EL HUEVO DE GLAK

HARVEY JACOBS

«*Un relato delirante, demencial, aunque eso sí, muy bien escrito e irresistiblemente divertido*», pensarán algunos tras saborear este inteligente huevo literario puesto por el *prestigioso humorista Harvey Jacobs.*

Sí, tal vez sea demencial; pero, en todo caso, tan demencial como la vida misma. Y si no, tras acabar el relato, amigo lector, medite sobre los proyectos «trascendentales» a los que dedica sus esfuerzos, y pregúntese, honradamente, si no estará usted también incubando un huevo de glak...

* * *

A la memoria del doctor David Hikhoff,
que en paz descanse,
si es que no existe nada mejor.

Era una noche de primavera. La tierra respiraba suavemente. El campo estaba tranquilo. Yo me hallaba en mi puesto de trabajo, balanceándome sobre las piernas rígidas. La fuente, un regalo de 08, tintineaba bajo la luz de la luna. Fue entonces cuando llegó. Trompeteando como un mamut, balanceándose, tambaleándose, bamboleándose, estirándose, bramando desde el fondo de su cavidad bucal.

—Mis diptongos. Han monoptonguizado mis diptongos. ¡Malditos franchutes!

Los ecos retumbaron en el cuadrilátero.

Corrí para asirlo; era como querer sujetar a un oso. Casi nos caímos al suelo los dos.

—Pobre muchacho. Tú, pobre muchacho —me decía agitando sus cortos brazos—. Otra víctima del gran desplazamiento de vocales.

—El Norteumbriano, también. Totalmente malogrado.

Lloraba con lágrimas de verdad y se las secaba con la corbata. No era un estudiante borracho. Era un hombre mayor, según opinión del claustro de profesores de la Facultad.

—Conjuguemos *roca* en un tiempo deslucido. Repite. Repite o te pegaré hasta hacerte polvo. Raca, raca, racas, racas, racanes, racanes, racanas, racanum.

—Tranquilícese, señor —decía yo.

—¡Malditos normandos! —gritaba él—. ¡Han estragado mi idioma! ¡Mercian, Kentish, West Saxon y Norteumbriano, malogrados! ¡Trabalenguas francesas! ¡Cuenten a vuestros hijos y a los hijos de vuestros hijos y así por generaciones, que los diptongos han sido monoptonguizados! ¡Socorro!

—Estoy intentando ayudarle —le dije.

—¡Policía!

—Yo soy policía.

—Víctima —respondió—. Deshecho humano.

¿Cuántos recuerdan lo que pasó hace mil años? Si no fuera por Hikhoff, ni me hubiera enterado del desplazamiento de las vocales, aunque esto haya alterado mi vida. Porque fue

este maldito desplazamiento de vocales lo que transformó los gruñidos de nuestro idioma inglés en ronroneos.

Averígüenlo. Lean cómo volaba la saliva entre los dientes de Angles, Saxons y Jutes, en aquellos lejanos días. Encuentren las pruebas de cómo los franceses vinieron, vencieron, empujaron nuestras vocales hacia la izquierda del idioma y revistieron nuestras lenguas con un forro de terciopelo.

Para Hikhoff, el desplazamiento de las vocales fue el eje de la historia. Antes, el hombre primitivo comía con las manos, después vinieron las medias de seda y las apologías fálicas.

—Desde los teutónicos hasta los morónicos —me contó Hikhoff—, castración, sequedad en el jardín de las amígdalas. No es extraño que haya tantas gargantas con estreptococos en esta ciudad de payasos.

Sonido. La vida de Hikhoff era sonido. Sonidos que lo hacen estremecer a uno interiormente. De tizas rechinando en las pizarras, de sierras cortando la madera, de tenedores arañando los platos de cristal; raspado, susurros, basura triturada, un chorro gimiendo, un torno de dentista, bombas absorbiendo, desagües chupando, neumáticos chirriando, sirenas de ambulancias, flatulencias de gigantes, bum, bang, clinc, raj, uñas rascando seda.

También existen sonidos más suaves. Música, timbres, campanas, todo; siempre ruido. En su mayoría, ruidos que nos obligan a retorcernos. No obstante, sus favoritos eran los sonidos de la gente. Sonidos de cuerpos, de voces, de palabras, canciones, adulaciones, maldiciones, órdenes, preguntas, narraciones, excusas. Ésta era la razón por la que el desplazamiento de las vocales le importara tanto.

—¡Lo que me hicieron estos galos concupiscentes! —dijo—. ¡Inutilizaron la mitad de las cuerdas vocales! ¡Me negaron la voz!

A Hikhoff le gustaba hablar y farfullar con estridencia.

Sus pulmones eran como los fuelles de un órgano para pronunciar las *r* y *ch*, que estrangulaba al extremo de terminar con un hilo de voz. Se escuchaba a sí mismo con placer. Grababa su propia voz para escucharse leyendo *Beowulf*, *Chaucer* o *The Prose Edda*, que hablan de la Edad del Viento y de la Edad del Lobo, cuando el Sol se tragaba la Tierra.

—Grrrr, no hables por la nariz. Los que hablan de esa manera son unos bastardos. Diafragma. Pulmones. Los túneles más profundos. Úsalos. Construye tus palabras lentamente. Dales forma en tu mente. Permíteles salir de la boca como animales hambrientos, haz anillos de humo caliente. Pronuncia cada frase como una ristra de maravillosos embutidos. No murmures. Habla claro. Di tu parte. No sólo hablarás mejor sino que harás un favor a toda la raza humana.

Hikhoff. Nos hicimos amigos. Aunque no me engañó. En un principio sus intenciones no eran del todo correctas. En fin, piensen como quieran.

Era un alma desalentada y desilusionada, una persona amargada, cínica. Un puñado de furia, una mala compañía. He oído todas estas cosas y aún peores. Pero para mí, fue la salvación. Amado camarada. Cierro mis ojos y lo veo claramente.

Hikhoff.

Cuerpo de melón, cabeza pequeña, mandíbula grande. Boca cerrada por labios morados, respiración dificultosa, brazos y piernas cortos. Una graciosa máquina, un mecanismo liberado, que resoplaba y aspiraba. Como los poderosos camiones que arrastran pesados remolques y que a veces se liberan de ellos y corren. Estos funcionan a petróleo; Hikhoff, con comida. Siempre repostando. Siempre eructando gas. Yo lo quería. Y lo he perdido.

—Querido North —me dijo una vez con una voz inspirada y aspirada, suave, que concluyó jadeante, como si hubiese corrido alrededor de la mesa de la sala—. Acepto tu timidez represiva, Señor, Dios, Rey de los peces. Tú eres demasiado joven para conocer los

problemas que pueden traer los genitales de un hombre. —En este momento apuntó a su barriga—. ¡Y yo no he visto los míos en cuarenta años!

Yo conocía esos problemas. Entonces tenía veinte años, no diez. Nos hicimos buenos amigos desde aquella noche de primavera, en que lo llevé a su casa. Después, durante el año, me invitó a cenar. Era un banquete. La mesa crujía bajo tanta comida. En la sobremesa intentó violarme.

Me cortejaba. Primero tiró cáscaras de naranjas al triturador de basuras. Fueron deglutidas, hechas puré. Después me dio vino Liebfraumilch. Me siguió como si fuera una máquina con piernas, rugiendo frases sobre enfrentamientos y calmas, estimulado y frustrado por mi agilidad.

—Lo siento, señor —dije en una pausa—, no tengo esas inclinaciones.

—¡Que los Alpes caigan sobre tu inexperta cabeza! —Hikhoff gritó tan fuerte que los cristales temblaron. A pesar de todo, conseguimos llegar a un acuerdo. Cuando se tranquilizó y se descongestionó, hablamos francamente.

—Doctor Hikhoff, aunque yo me sintiera atraído por las desviaciones sexuales, si es que se las puede llamar así, no podría hacerlo con usted. Usted es para mí una catedral llena de reflejos rojos de gran contenido simbólico. Es extraño. Yo le quiero. Pero no de esa manera.

—Es un punto de vista —dijo Hikhoff tristemente—. Si cambias de opinión algún día, prométeme que seré el primero en saberlo. Me telegrafías a cobro revertido. Mientras tanto, continuaremos siendo amigos. Tienes una gran inteligencia, y una gran inteligencia es algo así como una piedra rara y preciosa.

En efecto, continuamos siendo amigos. Yo me había empleado como guardia del cuerpo de la policía universitaria, para poder asistir a los cursos libres. Al final me quedé y fui ascendido a capitán. Todavía podría estar allí.

Una vez por semana iba a ver a Hikhoff y cenábamos juntos. Él nunca dejó de hacer sus pequeñas insinuaciones, después del postre y el Cointreau, pero no volvió a atacar directamente. Se controlaba a sí mismo.

Hablábamos de la vida y la poesía. Entonces yo escribía. Leyó mis trabajos, y a veces los tradujo al inglés antiguo. Los criticaba. Tenía fe en mí, me alentaba.

Yo escribía sobre la vida, el valor, la identidad, el tiempo y la muerte. Estos temas deleitaban a Hikhoff. Era un gran romántico; se sentía inmerso en el paraíso. Creía en Adán, en Eva, en la serpiente, en Dios, en Gabriel, pero detestaba los hechos que habían protagonizado. Se veía a sí mismo, vestido con una capa y una afilada espada en la cintura. Creía en sangrientas batallas e idílicas reconciliaciones. Su visión de conjunto era: matar y besar.

Lo importante para él era mantener los vientos en actividad y la basura volando.

—Batir las emociones, pero no hasta el punto de convertirlas en mantequilla —explicó—. No con drogas, ni alcohol, ni hongos, que sólo proporcionan espejismos rosáceos. Usa la vida, Harold. Hazte adicto a la vida. Genera tus propios fármacos, tu propio éxtasis, tu propia danza. Hikhoff el Absoluto ha hablado.

Nuestras veladas me hicieron un gran bien y espero que a él también. Yo era como su hijo, decía él. Y para mí él era mejor que mi padre. Hubiéramos podido seguir así por muchos años. Pero la casa se nos vino encima, como era de esperar.

Una noche que estábamos cercados por el invierno, recibí una llamada. No estaba totalmente dormido, sólo al borde del sueño, un sueño formado por remolinos de nieve. La campanilla del teléfono sonó como un bicho ruidoso; yo luché por aplastarlo. Finalmente, me levanté desnudo y temblando de frío en la habitación. Intuía que pasaba algo.

Mi primer pensamiento fue un incendio, o un suicidio en la residencia de estudiantes. No era época de bromas entre chicas y muchachos, y las violaciones ya estaban pasadas de moda.

—Hola.

—¿Es usted Harold North?

—Sí, soy yo.

—Soy la señorita Linker, de la Clínica de los Pastores del Corazón Sabio, en la plaza del Kipman... Un paciente, el doctor Hikhoff, está pidiendo...

Era una noche gélida; el hielo producía reflejos, una pátina brillante como la de las fotografías. Recuerdo el vapor que salía de los desagües, formando una neblina en las calles. Era agradable oír el motor del coche tratando de arrancar y las bujías arder. En el reloj, junto al volante, eran las tres de la mañana. Siempre llevo el mío adelantado cuarenta y cinco minutos. Es una tontería relacionada con los finales imprevistos. Tengo la estúpida idea que, si la destrucción viniera, tendría casi una hora para volver y prepararme.

Me dejaron entrar directamente a la habitación. Su estado era crítico. Parecía un monte en la cama blanca con barrotes a ambos lados. Una enfermera se inclinaba hacia él, que se relamía como si la muchacha fuera un exquisito bocado. Deliraba. Decía grupos de palabras fundidas como dulces al sol. Le suministraban oxígeno. Tomaba galones, vaciaba tanques enteros.

Yo lloraba.

La enfermera movía la cabeza negativamente. Me dio su veredicto. No había ninguna esperanza, salvo la pequeña llama de luz que podría reavivarse. Había sufrido un ataque total, una erupción: la lava se había derramado por su sistema y lentamente lo había llenado de polvo negro.

La enfermera me dio dos cartas. Estaban rotuladas: PRIMERA y ÚLTIMA. Puse los sobres en el bolsillo y me quedé junto a la cama. Escuché el silbato del tren de las cinco. Parecía dedicado a Hikhoff. Abrió los ojos, se arrancó la máscara de oxígeno y empujó violentamente a la enfermera con los puños cerrados. Se sentó, me miró y dijo:

—Toca, toca.

Tomé su cabeza entre mis manos y lo acuné. La cabeza redonda era como una pelota con ojos asustados.

—Escribiré grandes libros —dijo.

Entonces su mirada se fue. Hikhoff estaba muerto.

La habitación blanca se llenó de su alma que escapaba de su capa y de su espada. La ventana estaba entreabierta y el alma salió al aire frío.

El cuerpo fue incinerado después de un hermoso funeral. En el testamento pidió que sus cenizas se repartieran por los ceniceros de la Universidad. No lo hicieron. Las enviaron a su familia, en una caja de plata. En realidad tendrían que haber sido usadas como fertilizante para un árbol. Un roble, algo enorme con una cabeza llena de hojas, raíces sedientas y profundas, un tronco para grabar y ramas para sostener toneladas de nieve.

Después del funeral, me recluí.

Necesitaba tiempo para pensar en mi amigo, y darle forma en la memoria. Era fácil recordarlo. No era una de esas personas que se desdibujan con el primer cambio de estación. No solamente podía verlo, sino que escuchaba y sentía la vibración de su espíritu. Ya lo poseía totalmente.

Cuando estuve seguro de retenerlo en mi memoria, leí la carta marcada como PRIMERA. Era una tentación leer la última en primer lugar y la primera después, porque sospechaba que Hikhoff me estaba jugando una broma. Pero pensé que no podía haberlo hecho, teniendo la muerte ante sí.

Querido Harold:

Cuando leas esto, yo estaré muerto, lo que me parece ridículo. Tú sabes que espero encontrarme contigo otra vez en algún otro mundo. Por lo pronto, continuaré con la educación de tu sombra y si hay inmortalidad corporal, persistiré en tu seducción.

Pero dejemos esto. Quiero pedirte un favor. Naturalmente es una petición idiota y muy exigente. Tienes, por supuesto, la opción de negarte, y quizá sientas la necesidad de hacerlo.

En una noble aldea, Crep-Off-The-Hudson, vive una mujer que tiene una tienda llamada Poodleville. Esta señora, combinación de estrógeno, estímulos lucrativos y habilidad para el trato con los animales, tiene en su poder un fantástico descubrimiento.

Es un huevo de glak.

Ningún huevo de éstos ha sido visto durante muchos años. Es muy posible que sea del último glak.

El huevo llegó a sus manos gracias a un pariente que trabajaba con un equipo de radar en Labrador. Yo lo vi en su tienda, cuando fui con la idea de comprar un loro. Gracias a Dios, el huevo estaba cerca de un radiador.

Harold, creo que ese huevo está fecundado.

Desde entonces, he estado pagando a esa mujer para que caliente el huevo. El tiempo de incubación de un glak es de siete años y cuatro días. Pedí información a nuestro finado doctor Nagle, de Antropología. Dio una fecha aproximada para el nacimiento del glak: a mediados de abril del próximo año.

Harold: al glak se le considera oficialmente extinguido; ¡puedes imaginar la importancia de todo esto! (éste es el primer signo de admiración que he usado desde la muerte del káiser Guillermo).

No creo que me pase nada antes del nacimiento del glak. Nunca me he sentido peor, lo cual es un síntoma excelente de salud. Pero si fuera atropellado por un neumático que se hubiera escapado volando de un coche, o golpeado por una pelota de bolos o un virus reptante, y tú tuvieras el agónico deber de abrir y leer esta carta, por favor, haz lo siguiente:

1) Ve al Banco de Crédito del Norte. Allí encontrarás una cuenta a nuestros nombres con cinco mil dólares.

2) Ponte en contacto con la mujer de Poodleville, señorita Moonish. Págale dos mil quinientos dólares por el cuidado del huevo, según convinimos.

3) Llévate el huevo bien envuelto y cuídalo con mucho cariño hasta mediados de abril. Entonces transpórtalo al único lugar que se sabe haya sido habitado por glaks: el norte de Labrador.

4) ¡Cuidado! Aunque el doctor Nagle, de Antropología, está muerto, creo que ha hablado a su hijo John de mi descubrimiento. También creo, por ciertos tics del oído derecho de Nagle, que el viejo tenía sueños de gloria, y fantaseaba sobre un posible artículo en la *Revista Escolar Norteamericana*, titulado «El Glak de Nagle». La viciosa ambición de los antropólogos es muy conocida. ¿Qué podemos esperar de sus hijos? Cuídate del joven Nagle, Harold, tengo presentimientos.

5) Es por este peligro latente de Nagle, que te imploro, actúes rápidamente.

Harold, hijo, sé que todo esto te parecerá muy extraño. Piénsalo bien, es la última voluntad de un viejo tonto. Si no puedes ayudarme, olvídalo todo.

Toma mi dinero y gástalo en diversiones. Tira mis cartas al cubo de la basura. Bebe té helado con menta mientras cantas *Cuando los Santos van*

marchando. Rompe una botella de champaña sobre tu cabeza y sigue tu rumbo. Haz lo que quieras.

Harold, escribir esta carta y tener aún que hacer la ÚLTIMA (para ser abierta, únicamente, si por algún milagro naciera un glak y lo hiciera felizmente), me ha hecho estremecer. Siento como si me hubiera tragado un kilo de manteca. La idea de mi propia muerte me llena de tristeza y la alimenta.

Adiós, querido Harold, que todos los sonidos que resuenan en la noche, te bendigan.

Tuyo en el afecto,

David Hikhoff

Dejé la PRIMERA y guardé la ÚLTIMA en el bolsillo. Apagué las velas y me senté en la oscuridad.

Hikhoff murió en febrero, un mes apenas lo suficientemente largo para contenerlo.

Aquel febrero fue frío como una nevera: Crep-Off-The-Hudson quedó aislado como el Abominable Hombre de las Nieves, con las axilas heladas y una pálida expresión de esperanza. No es extraño que Hikhoff hubiera pedido ser quemado: era un último soplo de calefacción.

La única referencia que el mundo a veces tiene de la vida, proviene de cerillas que se encienden, de los fantasmas de humo que salen de debajo de las calles, del brillo de las puntas de los cigarrillos en la oscuridad. Es como si nadie sonriera.

Tardé una frígida semana en tomar la decisión de hacer lo que Hikhoff me pedía. En esos días me regalaron una lustrosa miniatura suya, hecha por un estudiante de escultura en su memoria. El pequeño Hikhoff estaba muy bien hecho y se le parecía bastante. Era de cerámica anaranjada y marrón. Tenía el tamaño de un limón. Lo llevaba conmigo como un talismán. Morboso, ya lo sé, pero me ayudó a tomar la decisión.

Por algunas horas, fui dueño de cinco mil dólares. Había una cuenta en un Banco y un vicepresidente que esperaba mi visita. Si existía una cuenta, también existiría un huevo, y era de suponer, un Nagle. Todavía sospechaba de Hikhoff, de su gran sentido del humor.

Pero también contaba la decisión de Harold North.

Hikhoff, visionario, sostenía la zanahoria de oro sobre mi cabeza. Podría usar el dinero para divertirme; yo, que vivía como un ermitaño, que jamás había tenido grandes ambiciones. Cada billete podía ser traducido en tiempo: podría ir a Mallorca, podría escribir hasta que mis dedos se convirtieran en nudillos.

Glak, maldito glak. Muchas criaturas se han extinguido, han ganado el estatus del olvido, la fama de los museos. Cosas enormes y verdes, con colas del tamaño de edificios. Tipos peludos con kilos de papada y ojos centelleantes. Dragones voladores que gotean ácido. Elefantes con suficientes colmillos para mantener a decenas de dentistas. ¿Por qué no el glak? La extinción es el camino de la naturaleza. ¿Quién sufre por su desaparición? ¿Hay alguien que se desespere por ello? No existe otro camino. Tenía que cumplir el pedido de Hikhoff *post mortem*. Habíamos disfrutado demasiado juntos. ¿Podría desoír su última voluntad?

Naturalmente, fui a la biblioteca, antes de mi visita al banco, e indagué sobre el glak. No había mucha información. Se trataba de un pájaro alto como una cigüeña, con un graznido ronco que parecía decir *glak, glak*. Famoso por su danza de seducción, que consiste en un rápido giro de la pluma dorsal, en sentido contrario a las agujas del reloj. Habitaba en la región subártica al este de Norteamérica. La disminución de los glaks fue notada hacia 1850. Se les clasificó como especie extinguida en 1902.

Glak, glak. Hikhoff decía que quizá las vocales hayan permanecido en su lugar y los que nos desplazamos fuimos nosotros. *Glak, glak, pío, pío*. Pero a mí, ¿qué me importa?

En el banco miré el cinco y los tres ceros, mientras acariciaba mi Hikhoff de cerámica, en el bolsillo izquierdo del abrigo. Cuando noté que el vicepresidente estaba observando mi mano, saqué a Hikhoff y lo puse sobre la mesa.

—Es un Hikhoff —dije.

—¿Un Hikhoff?

—El hombre que me dejó este dinero.

—¿Y lo lleva consigo?

—En ocasiones especiales.

—Es un sentimiento muy bonito. Podría ponerlo de moda.

Puse el dinero en una cuenta corriente.

El siguiente paso que di fue buscar Poodleville en el listado telefónico. Llamé y me contestó una voz que podía pertenecer indistintamente a una persona o a una bestia. Era una voz fina y aguda; desahuciada.

—Soy Harold North. Un señor llamado Hikhoff me dijo...

—He estado esperando su llamada.

—¿Podríamos vernos?

—Por supuesto. Lo antes posible.

La clientela de Poodleville es demasiado selecta para el pueblo en que se encuentra. La tienda está situada en el núcleo residencial de la parte antigua de la ciudad, entre un grupo de casas sólidas y bien construidas. Cada una tiene un jardín, varios árboles y una verja. Sus habitantes descienden de la gente que fundó aquella parte de la Tierra o de los que vinieron luego e hicieron fortuna. Las casas son impresionantes, cada una es un fuerte que defiende la vida privada y ha visto muchos inviernos amargos.

Por los grandes ventanales de estas mansiones señoriales, podía ver espléndidos objetos: arañas de cristal, cuadros en marcos dorados, jarros de estaño, samovares de plata, pesados cortinajes, terrazas con barandillas de hierro forjado, escaleras de caracol, biombos de madera. Cada casa era en sí misma un huevo con su propia fuente de calor, y la vida aparecía a veces en forma de un coche o de un taxi esperando.

Fragmentos de movimientos, marcas de pisadas que no han sido cubiertas todavía por la nieve. Columnas de humo saliendo de las chimeneas animaban el barrio con ritmo lento. El invierno se había apoderado de las calles, que tenían el aire de cementerios. Podía imaginarme a Hikhoff chapoteando detrás de mí, como un espectro espía, observando mis movimientos, disfrutando de esa calma lujosa que da la nieve.

Poodleville había sido construida en la planta baja de una casa. No tenía la apariencia de un comercio, y mucho menos de uno que vendiera perros, pájaros, peces, gatos, hámsteres, monos, e incluso hormigas. No se veía ningún cachorro saltando detrás de los cristales. El escaparate, decorado con buen gusto, tenía fotos de un famoso campeón reproductor caniche, con su arrogante hocico, erguido como si saludara a la posteridad. Había también un collar de piedras con la correa de color rosado.

Cuando la puerta se abrió y sonó una campanilla, los animales chillaron. Flotaba un olor a selva, disimulado por un aromatizador de ambientes; dentro la atmósfera era tranquila.

Esta fue mi primera imagen de Elsie Moonish: junto a los peces tropicales, mirando una radiografía a la luz azul de los tanques. Un canario cantaba en un estante encima de su cabeza. Tres o cuatro perros frotaban sus hocicos contra los barrotes pintados a rayas. Un papagayo dormía y, junto a él, un mono se balanceaba en su hamaca, mientras chillaba como una laucha.

La señorita Moonish no se volvió. Siguió mirando el negativo. Me pareció que estaba examinando el bazo de caniche y los riñones de un canario.

No era como me había imaginado, cuando escuché su voz grumosa por teléfono. Atractiva, de unos cuarenta años un poco rolliza y con hilos grises entre sus cabellos negros cortados a lo Príncipe Valiente. Era deseable, aunque sus piernas fueran un poco gruesas.

No sé si me oyó entrar. Tuvo que ser así, si no era sorda, porque la campanilla sonó y los animales reaccionaron. Esperé a unos pasos de ella. No hice ningún ruido, aparte del jadeo de la respiración, porque estaba resfriado.

Uno de mis jadeos llegó hasta la señorita Moonish. Fue un tremendo ronquido, como si viniera de los senos frontales de Hitler. Creo que ella estaba esperándolo como un pretexto para mostrar sorpresa. Hasta los animales callaron por desconocer aquel sonido.

—Mi páncreas —dijo.

—¿Perdón?

—Estoy preocupada por mi páncreas, pero parece que está en buenas condiciones. ¿Quiere usted mirarlo?

—No antes de comer —dije.

—Dicen que soy una hipocondríaca, lo cual indica que temo la muerte; y es verdad. Amo los rayos X. Es una pena que la radiactividad sea peligrosa.

—Siempre existen complicaciones —afirmé—. Soy Harold North.

—Ah. ¿No es el otro?

—¿El otro?

—Ese Nagle.

Su papagayo despertó, parpadeó y dijo:

—Ese, ése, ése.

—¿Ha hablado usted con ese Nagle?

—Hace poco. Es su competidor. ¡Pobre doctor Hikhoff! Me enteré de su fallecimiento. ¿De qué fue? ¿Arteriosclerosis? ¡Un hombre tan hermoso! ¡Es una tragedia!

Me di cuenta de cuál era el motivo por el que Elsie Moonish hablaba tan débilmente. Era porque casi nunca inhalaba. Tomaba aire de una bocanada y lo guardaba largo tiempo. Al final de una inspiración, su voz era casi inaudible. Debió ser muy difícil para Hikhoff tratar con ella.

—Todos estos trastornos por un huevo —dijo—. Es increíble.

—Hablando del huevo, ¿puedo verlo?

—Por ese precio hasta se lo cocinaría, señor North.

La señorita Moonish cerró con llave la puerta de la tienda, aunque no daba la impresión que tuviera muchos clientes. La seguí, pasando entre accesorios para animales, comidas, mesas de barbero cubiertas de rizos, hasta una pequeña puerta. Detrás había una escalera.

Encima de Poodleville, en el primer piso, estaba el apartamento de Elsie. Podía haber sido muy elegante, pero la atmósfera era la de un cuarto trastero. La habitación tenía techos muy altos, ventanas de cristales rojos, arcadas de columnas y muebles distinguidos; pero todo estaba un poco desvencijado. Se respiraba una rancia dignidad. Me dirigí a una silla azul, me senté y esperé.

Ella fue a otra habitación, su dormitorio, y volvió con una caja de cartón. Era como las que le dan a uno en una tienda, cuando pide cajas para hacer una mudanza. Escrito en rojo (con lápiz labial), decía FRÁGIL, GUÁRDESE CALIENTE. Yo esperaba algo más, una caja de cristal o ebonita, pero ahí estaba, una vieja caja de tomates.

Elsie Moonish sacó del interior un kilo de periódicos viejos y luego una pelota envuelta en terciopelo. Con cuidado, aunque no demasiado, desenvolvió el huevo. Y allí estaba. Sólo un huevo, un poco más grande que el de una gallina, manchado con pintas violetas.

Para aparentar que yo sabía lo que pasaba desde un principio, observé:

—Ajá. Sí, es esto.

Me dio el huevo, yo lo examiné. Estaba caliente y en buenas condiciones. Rápidamente, lo volvió al nido de terciopelo.

—El doctor Hikhoff se sentaba donde está usted —ella dijo—. Pasaba horas y horas. Trataba al huevo como a un pariente. Estaba subyugado.

—Sí.

—Él hubiera dicho que en esta habitación hay corrientes de aire. Era un hombre muy protector.

—Totalmente.

—Señor North, creo que ha llegado el momento de hablar de negocios, aunque tal vez no sea lo más apropiado en esta ocasión.

—¿Negocios? —dije—. Según las instrucciones del doctor Hikhoff, tengo en mi bolsillo una libreta de cheques y estoy dispuesto a darle uno por dos mil quinientos dólares.

—Es usted muy amable, señor North —dijo volviendo el huevo a su caja.

—No hay de qué.

—Señor North, debo decirle que me siento como la reina de las perras y perdone la expresión. Pero ese Nagle me llamó esta mañana, para ofrecerme cuatro mil quinientos dólares, que es todo el dinero que posee, por el mismo huevo.

—Pero usted se lo ha prometido al doctor Hikhoff...

—Señor North, ¿qué cree usted que representa el dinero para mí: tiempo, salud? Mi único problema es que la hipocondría es mortalmente cara. Los médicos cobran honorarios horrendos. Es una desgracia. Permítame mostrarle algo.

Llevó el huevo a su dormitorio y volvió con un gran libro, un álbum.

—Mire esto. Son mis radiografías. Cinco años de rayos X y algunos de mis amigos y parientes. Observe mi útero: cincuenta dólares. Mi coxis: quince o veinte, si mal no recuerdo. Corazón, pulmones, estómago. ¿Se hace usted idea de lo que cuestan estos tratamientos?

Por alguna razón me daba vergüenza mirar su interior; hacía tan poco que nos conocíamos. Creo que si las revistas médicas publicaran radiografías a doble página, ella aparecería muy a menudo. Hojeando las páginas, sentía como si la conociera hacía muchos años.

—Señorita Moonish —dije—. Le seré franco. El doctor Hikhoff me dejó cierta cantidad de dinero. La suficiente para pagarle a usted, vivir un poco y llevarle el glak a su tierra.

—Ese Nagle fue tan insistente —dijo—. Parecía dispuesto a todo.

—Igualaré su oferta. Aunque será muy duro para mí. Y con un adicional de un dólar.

—Maravilloso. Ya estoy más tranquila. Es tan excitante ver dos hombres frente a frente, en conflicto. Sobre todo si sus apuestas son iguales. Cuando han agotado los recursos materiales, tienen que apelar a sus reservas primitivas, cualidades espirituales y físicas. El adicional, como usted decía. El plus-plus.

—Estoy perdido.

—Su dinero, señor North, o el dinero de ese Nagle, vienen a ser lo mismo. Las apuestas se anulan. Dos hombres desean mi huevo. Cada uno ha ofrecido oro. Entonces, otros factores aparecen en escena. El plus-plus... Llevo una vida muy aburrida, señor North.

—¿Qué ha dicho usted sobre *otros factores*? ¿Qué otros factores?

—La ciudad está helada. Todo cruje bajo las toneladas de nieve. Yo atiendo mi negocio, cuido de mis animales, corto el pelo a los canes, etc. Como, duermo y espero el paso de los meses. A pesar de lo que veo en mis radiografías, siento un vacío interior, en esta estación del año. Soy como un jarro vacío. Un jarro vacío deseando miel. Yo quiero miel, señor North, la miel plus-plus. Quiero recuerdos.

—Señorita Moonish: ¿está usted sugiriendo de alguna forma, algo que tiene que ver con eso que los estudiantes llaman contacto corporal?

—Es usted muy listo, señor North. Habla con mucha franqueza. Y, como yo también estoy en contacto con la naturaleza, soy una persona franca.

—Señorita Moonish: trabajo como guardia del cuerpo de la policía universitaria. Escribo poemas. Leo mucho. Apenas tengo vida social. No soy exactamente un inadaptado. Pero sí soy un camello en el plano sexual... Puedo hacer muchos kilómetros sin abastecerme. En eso me sublimo. Y además, no la conozco a usted lo suficiente.

—Yo le encuentro a usted encantador, señor North.

—Y además Nagle, según tengo entendido, es un tipo terrible y amoral. Supongamos que usted encuentra el plus-plus de Nagle más encantador.

Elsie Moonish se levantó y se desperezó lentamente.

—Es *mi* glak. Estoy en el trono del pájaro gato. El trono del pájaro glak. El trono del huevo de glak. Me siento embelesada por esta cadena de sucesos.

—De acuerdo, cinco mil dólares, y en esto está incluida mi pequeña reserva, el dinero para mi vejez.

—¿Me ofrece usted cuatrocientos noventa y nueve dólares más, para no tener que hacer el amor conmigo?

—Sí. Sí y no. No es nada personal.

—Yo lo tomo como personal. O acaso sea el precio de su propia inseguridad. ¿Tiene miedo a que esta pequeña competición se resuelva en base a su..., su habilidad?

—No es eso.

—Sí, lo es.

—Quizá lo sea.

—Tenga coraje.

—Algo está silbando abajo, señorita Moonish. Tal vez un ladrón.

—El ladrón es usted. Róbeme.

Maldito Hikhoff, ¿qué deuda tengo contigo? Primero una promesa. Ahora mi más preciada posesión. Por un glak.

—Me gusta motivarme.

—¿Y a quién no? ¿A quién no le gusta? Pero también habría mucho que hablar del amor sin posesión: el más dañino tipo de contacto humano. Bienvenidos viajeros. Excitante, enfurecedor. Un último acto, pero sin posesión. Es una lección, señor North. Recomenzar la lección de la separación. Recuerdo una, en invierno, carnal y mágica. Fusión, no fisión. Construir inmunidades contra los terribles deseos de la *primavera*.

Todo esto en una sola expiración; pensé que explotaría.

—Yo no soy filósofo —dije.

—La filosofía está en la punta de la lengua —afirmó—, en la parte inferior de la espalda, detrás de las orejas, donde las piernas se juntan con el tronco, en la parte interior de los muslos, detrás de las rodillas, en la cima de las montañas, en el valle. En las zonas desmilitarizadas.

—Temo mi propia inhibición —dije—. Un error freudiano. No estoy tranquilo.

—Ven —dijo la señorita Moonish.

Desnuda, Elsie Moonish estaba muy bien, aunque yo no podía evitar ver sus órganos interiores a través de su piel. Estuvimos juntos durante horas. Amándonos sin posesión, combatiendo el invierno y reforzando la sangre contra la primavera. Los animales de abajo nos ponían el fondo musical, y la hierba hubiera podido ser nuestra cama. Estábamos en el

campo. Elsie estaba agotada y deseaba más y más. Yo, para mi sorpresa, era una fuente de juventud. Había pasado tanto tiempo desde la última vez.

—¿Cuánto tiempo, Harold?

—Dos años.

—¿Quién?

—Una estudiante que hacía su tesis sobre la brutalidad de la policía.

—La odio.

Entonces, demasiado pronto, dijo:

—Ya he llegado al punto en que quiero que te quedes. Así que vete.

—Una vez más.

—No.

—*Plus, plus.*

—Vete.

Nos duchamos juntos. Ella me enjabonaba; dijo que le gustaba mi cuerpo, yo le contesté, enjabonándola, que el sentimiento era correspondido. Mientras se vestía me dijo que le telefoneara.

Salí al frío, temblando como una hoja, soplando vapor. Me dieron ganas de volver, pero ella ya había cerrado la puerta con llave.

Cuando llegué a casa, vi que alguien había entrado y la había puesto patas arriba.

Todo estaba revuelto. Lo único que había desaparecido era la carta PRIMERA. Por suerte la ÚLTIMA la llevaba encima. Llamé a Elsie Moonish inmediatamente, pero su teléfono no comunicaba.

«Un Nagle que osa robar es un Nagle desesperado —pensé—. ¿Cómo trataría a la dueña del huevo?» Estaba preocupado por Elsie. Quizá la tratara bien. Nunca lo había visto. Tal vez era un tipo atlético.

Estaba sentado, preocupado por las características sexuales de Nagle, y me hubiera quedado en aquel estado de duda por más tiempo, si no fuera porque mi mente policíaca me alertó. Me encontraba tranquilo esperando saber si había ganado el huevo, mientras que un salvaje Nagle sin principios corría libremente. ¡Era un idiota pasivo! Salí corriendo a la nieve; Elsie Moonish ya podría estar dentro de un baúl viajando por American Express.

Tomé un taxi hacia Poodleville y fue una suerte que no esperara más tiempo.

Cuando llegamos frente a la tienda, vi que un hombre corría por la calle. Llevaba un gran paquete, demasiado pequeño para ser un baúl, pero bastante grande. Mientras pagaba al conductor, se me ocurrió que podía ser la caja del glak.

En ese preciso instante se abrió una ventana de Poodleville. Vi a Elsie, envuelta en un salto de cama, asomada y mirando a uno y otro lado. Gritaba:

—¡Ladrones de glaks!

Me lancé detrás de Nagle, que ya desaparecía. Mis zapatos patinaban en el asfalto helado. Él corría sosteniendo la caja del glak y habría escapado si no fuera por el destino. La parte antigua de la ciudad era montañosa como Roma. Un niño, salido de alguna parte en un trineo, que venía deslizándose calle abajo, embistió a Nagle a la altura de los tobillos. Sus piernas se abrieron como tijeras. La caja del huevo voló por el aire. El niño se estrelló. Nagle cayó ridículamente.

Atajé la caja antes que llegara al suelo. Caí sentado con ella en los brazos, encima del trineo, y con él fui cuesta abajo por la colina. La acera estaba helada, el trineo superó el récord olímpico, el mundo se nubló. Alcancé a ver a Elsie Moonish muy fugazmente, cuando pasé por delante de la tienda; también las ramas de los árboles y el cielo gris. Seguí rodando hacia abajo y escuché estampidos de balas a mi alrededor.

Nagle me estaba apuntando y se acercaba. Afortunadamente el trineo saltó de la acera y continuó por la calzada, junto al borde. No había tráfico. Sentí un pinchazo caliente. Estaba herido, pero seguía vivo.

Continué bajando a mil kilómetros por hora hacia los rieles del tren. Escuché un silbato y un golpe metálico al frente. El semáforo se puso rojo. La barrera bajó. Enfilaba directamente hacia el cruce. Pasé por debajo de la barrera, choqué con las vías, vi la parte delantera del tren, un humeante cíclope, abracé fuertemente la caja, abandoné el trineo y, dando vueltas, caí en un montículo de nieve mientras el tren se interponía entre mi enemigo y yo.

Olvidándome del dolor, tomé mi caja y, de un salto, trepé a un vagón vacío.

«Este es el fin —pensé—. Mi cuerpo quedará aquí, vagando por todo Estados Unidos. Un cargamento triste.» Lloré. Había tanto por hacer todavía. Y yo estaba allí, truncado en la flor de la vida.

Un ferroviario me encontró en Utica; estaba en el Hospital General cuando desperté.

—¿Tiene seguro?

—Humm...

—Usted está aquí fundamentalmente por una conmoción sufrida y por las consecuencias de haber estado mucho tiempo a la intemperie. Eso no es todo. Se lo diré con simplicidad y sin emoción, señor North. Usted ha sido perfectamente circuncidado por una bala calibre 22. ¿Está usted seguro que no ha sido un intento frustrado de suicidio?

—Hikhoff —grité—. ¡Si Nagle hubiera tenido mejor puntería, yo habría rescatado tus cenizas, hubiera reconstruido tu figura y te hubiera dado una patada en el trasero! Siempre me he conservado entero, desde las cutículas hasta el apéndice, y ahora esto. ¡Qué trauma!

Me tranquilizaron.

Después supe que cuando me llevaron al hospital, también llevaron el huevo. Estaba en un armario caliente, cerca de mi cama. No podía saber si el glak había sufrido algún daño.

—Pobre glak —dije murmurando—, ¿y si naces un poco deforme? Deberás informar al mundo que has recibido duras bofetadas. Todos los supervivientes deberían llevar las cicatrices, por lo menos en los ojos. Que seas muy feliz, glak.

Hikhoff hubiera disfrutado con los sonidos del hospital. Los había de dolor, de terrores en la profunda oscuridad, de bebés llenos de furia y deseos. En aquellos sonidos, mis compañeros de la noche, las vocales no habían sido desplazadas. Los altavoces llamando al doctor Fulano, al doctor Mengano y al doctor Mortimer Post cuando hacían una autopsia. Sonidos de bandejas y televisores, visitas y sillas de ruedas; todos esos sonidos hubieran interesado a Hikhoff porque tenían la honestidad de una pared blanca alrededor. A Hikhoff, no a mí.

Alegremente, salí del hospital, unos gramos más liviano. Nada grave. Llevé mi caja con un entusiasmo nuevo. Las balas de ese Nagle me dieron una razón. Ahora me sentía realmente parte de la aventura. Era una pequeña, pero sincera inversión.

Había que esperar seis semanas (estábamos en marzo) para que se rompiera el cascarón, suponiendo que realmente sucediera. Tenía que llegar a Labrador con un presupuesto limitado y cuidarme de ese Nagle. Un Nagle fanático, que, seguramente, nos seguiría. Desde luego, lo primero que tenía que hacer era encontrar un escondite, un sitio desconocido donde un hombre y su huevo pudieran estar en paz.

Busqué en los anuncios. Dos avisos me interesaron. Uno de ellos no dejaba lugar a dudas:

> «H. N., sé que estás en Utica. Todo está perdonado. ¿Podemos hablar? Posible llegar acuerdo proyecto G. Ridículo continuar hostilidades. Peligroso esperar.»

Peligroso esperar. Entonces, Nagle había averiguado el destino del tren. Hombre inteligente y transigente. Si no hubieran sucedido todos esos disparates, yo le hubiera contestado a su Apartado de Correos. ¿Por qué no? Era el hijo de su padre y sus impulsos eran lógicos. Con Hikhoff ni siquiera me unía un vínculo de sangre.

Pero con el dolor que me ocasionaba el caminar, no me sentía con humor para negociar.

El segundo aviso era sobre una habitación en una casa, bonita, limpia y con buena calefacción; buena vista, derecho a cocina, servicio de limpieza, buena familia y ubicada en una calle con árboles cerca de los medios de transportes e iglesias de todas las religiones. El precio era bueno. Llamé y me dijeron que la habitación estaba aún desocupada.

La casa era hospitalaria. Había un pequeño jardín con un muñeco de nieve y un árbol de Navidad. Toqué el timbre embarazado por la caja que sostenía en mis brazos, porque el suelo me pareció demasiado frío.

La señora Fonkle no prestó ninguna atención a mi paquete.

Le dije que era un científico, pero no de los que fabrican bombas. Que era de fiar, seguro, bien educado, una persona que sólo pide migas de la vida, silencioso, bien dispuesto y que estaba trabajando en la procreación de una nueva especie de pollo, lo suficientemente grande para alimentar multitudes. A la señora Fonkle le inquietó la idea de los pollos grandes.

—¿Cómo de grandes? —dijo.

Yo puse mis manos, una a ochenta centímetros de la otra.

—¡Qué pollo! —dijo ella riendo hasta enrojecer.

La primera noche me invitó a cenar.

Los Fonkle eran una mezcla. La señora Fonkle había estado casada con un hombre delgado como un lápiz, que carecía de pigmentación. Él había muerto y le había dejado una hija que tenía cerca de veinte años, muy guapa desde todos los ángulos, intensa y gesticuladora.

El actual marido de la señora Fonkle era fontanero. Parecía media res semicocida. La hija que tenía con la señora Fonkle era morena, dulce, de sólo diecinueve años, plena de fuerzas interiores que pugnaban por salir.

Durante la cena, hicimos comentarios sobre la ciencia, la bomba, y de cómo antes, el mundo era mejor. La hija del marido número uno, Myrna, dijo:

—La gente está empezando a notar que la guerra no soluciona nada.

—¿Entonces, por qué todo el mundo está luchando? —inquirió Cynthia.

—Hay dos cosas que pueden detener las guerras —contesté—. Una es el descubrimiento de vida en otra parte del universo. Otra, la esperanza en el hecho que las naciones que fomentan la sexualidad fracasen en las luchas.

—¿Está usted casado? —dijo la señora Fonkle, pasándome el segundo plato.

—No, no tengo familia, estoy casado con mi trabajo.

—Mi esposa le está haciendo preguntas muy personales —observó el señor Fonkle.

—En una casa donde las puertas están siempre abiertas —dijo la señora Fonkle—, tengo derecho a hacer ciertas preguntas.

Era verdad. La casa de la señora Fonkle tenía siempre las puertas abiertas. Hasta yo, un paranoico esperando la sombra de Nagle, había empezado a dejar mi puerta abierta.

La primera semana fue todo bien. Podría decir que nacía una intimidad entre la familia y yo; nunca había vivido tan cerca de otra gente.

Pasé los días escribiendo. Por la noche velaba el huevo y salía a dar paseos. Mi Hikhoff quedaba sobre la mesilla de la habitación y también parecía tranquilo. Pero los problemas no tardaron en llegar.

Una noche como todas, volvía de cenar. Como siempre, examiné el huevo. Estaba temblando, tiritando, moviéndose. Pensé en un terremoto o una catástrofe. Pero no había nada que se moviera aparte del huevo. Era él mismo que se agitaba, rodando a veces.

Puse la caja más cerca del radiador y disminuyeron los saltos.

Entonces, hice lo que sabía que tendría que hacer desde un principio.

Me senté encima del huevo.

Lo puse en un almohadón, sobre una silla, me quité los calzoncillos y me senté cuidadosamente sobre el huevo, soportando la mayor parte del peso de mi cuerpo, con mis brazos.

Los saltos, temblores y movimientos pararon. Entonces, ¡había un glak dentro! Tenía frío y protestaba. Clamaba por sus derechos, quería calefacción corporal. Y tenía razón.

—Mírame —dije a Hikhoff—, un hombre calentando huevos con su trasero. Mira lo que has hecho. ¿Para esto me alentaste y te quejaste tanto de nuestro afeminado siglo? Al final me has adjudicado el papel de una incubadora. ¡Cerdo! ¡Cómo te estarás riendo!

Siguiendo las tranquilas costumbres de la casa de la señora Fonkle, dejé mi puerta entreabierta. Bajo un pijama ligero, sosteniendo una toalla, los cabellos recogidos con un pañuelo, los pies desnudos, sin maquillaje en su huesuda cara, Myrna venía a interesarse por mi salud.

—¿Cómo estás, Harold?

—Bien —repuse—. Un poco expuesto. Lo siento. Debí cerrar la puerta.

—¡Oh! —dijo Myrna, y me tiró su toalla. Cubrí mis rodillas—. Me pareció que habías hecho algo así como un cacareo.

—Pensamientos de gallina —dije—. Estaba pensando en voz alta.

Su entrada y mi sorpresa debieron haber bajado mi presión y mi temperatura, porque el huevo comenzó a saltar debajo de mí. Tuve que aferrarme con fuerza para no caer de la silla.

—Te estás resfriando —indicó Myrna entrando en la habitación.

—No, estoy bien.

El huevo dio un golpe. Yo me incorporé un poco y hubiera podido aplastarlo, si no fuera porque en aquel preciso instante se dio la vuelta.

—A ver tu pulso —dijo Myrna—. ¿Ciento quince pulsaciones por minuto?

—En mí, es normal.

—Algo te preocupa, Harold —Myrna se sentó en mi cama—. Habla conmigo. Yo te comprenderé.

—Nada —dije—. Además, Myrna, si pasa tu madre y te ve sentada aquí en pijama, ¿qué pensará?

Myrna se levantó seria, y cerró la puerta. Volvió y se echó con la cara apoyada en sus manos. Se puso cómoda.

—Estás sufriendo, no lo niegues.

—Es mejor que te vayas —le contesté.

Myrna estaba muy atractiva con aquel pijama. Era un pijama de algodón ordinario, estampado con flores azules, del tipo de los que usan las niñas. Cuando se movía, se le marcaban los senos, pequeños volcanes. El pantalón le quedaba bastante ceñido. A pesar de ser delgada, estaba muy bien proporcionada. Su largo y perezoso cuerpo era como una carretera con curvas.

—¿Es el estómago, Harold?

—No. ¿El tuyo?

—No seas evasivo. Ven aquí y hablemos.

—No puedo moverme.

—¿Por qué?

—Oye, no te asustes, no grites. Myrna, estoy sentado sobre un huevo. Ya da lo mismo que lo sepas. Estoy sentado sobre un gran huevo.

—¡Harold!

Como un idiota le conté todo. Todo. Todo. El dique se rompió. Estaba sorprendido por mi necesidad de confiarme a alguien. Siempre fui un solitario. Pero entonces, dejé caer mi protección de golpe. Este es el peligro de los contactos humanos, que engendran humanidad.

Cuando terminé la historia del glak, Myrna lloró.

—No puedo hablar —dijo—. De alguna manera es la más maravillosa historia que he escuchado desde *La Cenicienta*. Harold, querido, mi impulso es el de acariciarte, tomarte entre mis brazos, darte calor. Yo sé que eso está mal. Lo sé. Yo sé que tu trabajo es tu propia satisfacción y que lo que estás haciendo por el doctor Hikhoff es hermoso y completo en sí mismo. Pero siento la necesidad de atraerte, de estar desnuda contigo, de cargarte con todo el sol que yo tengo guardado del último verano, en el lago del Winnapokie. Trae el huevo aquí.

¿Es que acaso era de piedra? Myrna, Glak y Harold se unieron, y otra vez el invierno quedó fuera.

Hasta el huevo estaba radiante. Si nunca han visto un huevo contento, feliz y seguro, déjenme decirles que es una hermosa experiencia. Querida Myrna, mitad costillas, mitad aire, que daba el calor de un generador. A través de la piel se le podían ver los nervios. Era como un fuego artificial.

Antes de marcharse, Myrna me prometió volver regularmente a la misma hora y ayudarme con mi huevo y mi propia calefacción. Yo estaba maravillado. Tenía una amiga, una amante, una persona interesada únicamente en nutrirme.

A la mañana siguiente me desperté descansado, aunque un poco dolorido, como después de un partido de fútbol, pero repuesto y listo para todo. Me senté al lado de la cama y el huevo vino hacia mí; primero lo golpeé suavemente, luego lo sacudí; dio media vuelta y subió por mis piernas.

—Bueno —dije—, basta ya. Escúchame, glak. Yo cumpliré con mi deber de cuidarte bien, pero esto de trepar tiene que acabar. Necesito tiempo para mis asuntos.

Improvisé un nido para el huevo con el mismo almohadón y lo puse bajo las mantas. Entonces fui al aseo a lavarme los dientes y afeitarme.

Resplandeciente, oliendo a menta, volví a mi habitación y escuché un enorme estornudo.

Era Cynthia que, parada junto a mi cama, se sonaba la nariz con un pañuelo mientras recogía la manta y miraba mi huevo. Llevaba una bata sobre su camisa de dormir. El cabello largo, suelto. Su rostro moreno, más moreno de lo normal.

—Harold —dijo ella—, tenemos que hablar.

—¿Qué haces en casa, a esta hora?

—Estoy resfriada.

—¿Dónde está tu madre? Aquí hay corriente de aire.

—Harold, ¿por qué hay un huevo en tu cama?

—No fui yo quien lo puso, si es eso lo que estás pensando.

—No sé qué pensar.

—Mira, Cyn, tu padre es fontanero, tiene un soplete. Yo soy científico, tengo un huevo. La explicación es perfectamente lógica.

Al escuchar mi voz, el huevo comenzó a dar brincos. «Este glak es inteligente y contestador», pensé, pero el incidente asustó a Cynthia. Era tan joven. Lloró como su hermana, pero con más lágrimas.

—¡Oh!, no llores, por favor —le pedí.

—Un hombre no debería dormir con un huevo.

—Hay una cita en el Antiguo Testamento: «¿Quién eres tú para juzgarme?»

—Es una depravación. Cuando mamá se entere de lo que está pasando en su casa...

—Pero, Cyn, ¿por qué? ¿Por qué debe mamá, papá o cualquiera enterarse de nada? La gente mayor se pone muy nerviosa con estas cosas. Pensarán que cuando se rompa el cascarón, quizá salga alguna especie de carnívoro loco. Por favor, este episodio exige silencio. Si alguna vez has guardado compostura ante algo, hazlo ahora también.

—Es una situación equívoca para un hombre, dormir con un huevo tan grande.

Ella estaba de pie, dictando sentencias. Era interesante observarla, respiraba muy hondo. Prácticamente, se le formaban nubes encima de la cabeza. Los dedos de sus pies casi quemaban; tan excitada, tan apasionada, ella era distinta de Myrna por algo más que por los cromosomas. Sangre de fontanero corría por sus cañerías. Sus válvulas silbaban. Se podía ver subir la aguja del contador y encenderse las luces de peligro.

Pensé que debía decirle algo. Alguna explicación a su audiencia. Myrna conocía toda la verdad. Me pareció desleal contar la misma historia a Cynthia.

—Cyn, este huevo está bajo mi responsabilidad. Muchísimas vidas dependen de lo que pase en esta habitación. Porque éste no es un huevo corriente: este huevo ha sido encontrado entre las ruinas de una extraña y no identificada aeronave que se estrelló: un *ovni*.

—Harold, no sigas.

—Es la verdad. Es muy posible que sea apenas una broma. Quizá, dentro, haya sólo un gran pollo. Y tal vez yo no sea más que un instrumento.

—¿Un instrumento?

—Hay cuarenta y dos agentes como yo, en cuarenta y dos habitaciones como ésta, con cuarenta y dos huevos como éste. Ninguno de nosotros sabe, si es él quien tiene el verdadero huevo del espacio. Es para engañar a los competidores, Cyn. Pura rutina. Este puede ser *el* huevo. *La cosa*.

—¿La cosa?

—Cyn, no debes contar esto a nadie.

—¿Una cosa en nuestra casa?

—Una cosa linda. Un vegetariano. Sabemos esto por tests que hemos realizado. Lechuga, zanahorias, perejil... Por los cálculos de las computadoras, sabemos que es un tipo de bestia dulce y peluda como un conejo. Muy bonito.

—¿Bestia? ¿Por qué has usado la palabra bestia?

—Bueno, un conejo peludo es una bestia, Cyn.

—No sé qué decirte.

—Nada. Continúa tu vida.

—¿Por qué has elegido nuestra casa?

—Fue seleccionada por IBM. Estrictamente impersonal. Salió de un surtido de tarjetas perforadas de acuerdo a los clasificados. «En el interior. Ciudad pequeña, tranquila. Difícil acceso.» IBM no ha contado contigo, Cyn. Quiero decir, que si esto llega a hacerse público, podría cundir el pánico.

—Harold, no te creo. Lo único que me importa es que estás durmiendo con un maldito huevo, mientras la juventud se te va de entre las manos.

—¿Y qué tiene que ver la juventud en esto? ¿Qué sabes tú de la juventud? Eres demasiado joven para saber nada sobre la juventud.

—Mira, ¿ves mis ojeras? ¿sabes el insomnio que he tenido durante un mes, porque tú estabas en esta casa?

—¿Yo?

—Sí, y tú me vienes con historias de herbívoros de película. No quiero saber nada, Harold. Te odio y odio *tu cosa*.

El huevo rodó. Cynthia no pudo contenerse. Tomó la pala de la basura y comenzó a sacudirla en el aire. Yo puse mi mano justo a tiempo para evitar que golpeara al huevo.

Luchamos, pero no todo fue violencia. Nos enredamos para terminar con su cuerpo pegado al mío por la espalda y mis brazos rodeándola; con su cabeza echada hacia atrás y el perfume de su cabello negro ahogándome. Era muy mullida, como un cojín. De repente dejó de luchar y volvió a llorar. La volví hacia mí y la consolé. ¿Qué podía hacer? ¿Enviarla fuera gritando?

Caímos juntos encima de la maciza cama (era de acre). Cynthia intentó aplastar el huevo, esta vez con una pierna. Yo se lo impedí y puse el glak en el suelo donde saltó como un loco.

Hicimos el amor aquella mañana.

—Harold —dijo, cerca del mediodía—, no me importa quién o qué eres. Lo que sí me importa es saber que soy yo la primera y no la pava de Marte.

—De acuerdo, Cyn, te lo prometo. Pero el asunto del huevo debe quedar entre los dos.

—No digas *entre los dos*. Te juro que romperé al bastardo si llego a verte acariciándolo en mi presencia.

—Está bien. No quise decir eso. Cállate ahora. Vayamos a lo nuestro.

—Calla tú. Hazme dormir otra vez.

Después de una hora sentí mis amígdalas hinchadas. Era como un regalo del cielo. Hubiera preferido el sarampión o las paperas, pero las amígdalas me parecieron suficientes.

Necesitaba tiempo, y el resfriado que me había contagiado Cynthia, un virus espléndido que me hacía transpirar y temblar, me lo brindaba.

Con la fogosa Myrna y Cynthia, abiertamente hostil, compitiendo por la gestación del huevo, y estando yo solo, necesitaba tiempo, mucho tiempo.

Me negaba a recuperarme, pero mi enfermedad no me protegió como había pensado. Las hermanas se volvieron más solícitas y las noches más intensas. Era demasiado. Primero venía Myrna y se dormía en seguida. Yo la cubría con la manta. A Cynthia le gustaban los extremos de la cama. Me echaba fuego en la oreja. Una Fonkle dormía. Otra no lo hacía hasta la madrugada. Terminaba agotado.

No me quedaba nada para el glak. Me desgastaba. Estaba tan frío como una estalactita, tan pesado que hubiera podido hundir el *Titanic*. El glak, desprotegido, saltó y tiró las mantas por el suelo.

—Harold —me dijo la señora Fonkle, una mañana gris—, algo pasa en esta casa.

—¿Qué? —le contesté tosiendo débilmente.

—Una madre con dos hijas es una mujer toda ojos. ¡Y qué hijas! Creo que te gustan, Harold.

—Son chicas muy guapas —le dije—, muy bonitas. —Y puse un termómetro en mi boca para no seguir conversando.

—Y mi intuición me dice que tú les gustas a ellas. Pero ellas no es Myrna, y ellas no es Cynthia. ¿Me sigues? ¡Harold, tu manta está temblando! ¿Estás bien?

—Mmm —intenté agarrar el huevo.

—Qué es la vida, sino diversiones —dijo la señora Fonkle—. Es un tiempo para juegos y pasatiempos, un tiempo para decisiones.

Esperaba esta inevitable confrontación y estaba preparado. Con el termómetro todavía en la boca, me zambullí sin previo aviso bajo el colchón. Aullé. Allí me esperaba un frasco de crema de afeitar. Apreté el aerosol y la desparramé por toda mi cabeza, boca, cara, ojos y pelo. Para silenciar el ruido del aerosol, grité como un búho. Entonces emergí como un

submarino desde las profundidades del mar de la Desesperación. La señora Fonkle fue torpedeada.

Mi cara blanca y mojada, los brazos se agitaban en el aire, los pies pataleaban, las mantas, alborotadas, surtieron un excelente efecto. Como un barco de carga, golpeado en su línea de flotación, la señora Fonkle se hundía bajo las olas sin tiempo siquiera para un SOS.

La llevé a su habitación y la dejé en su cama con un paño húmedo en la frente. Volví a mi dormitorio. El termómetro estaba en el suelo. Marcaba treinta y seis grados y medio. Encendí un Pall Mall y calenté el extremo de mercurio. Cuando llegó a los cuarenta grados me di por satisfecho y lo dejé bien a la vista; me limpié la cara, volví a la cama y me acosté a esperar la conmoción.

¿Cuánto ha gastado la sociedad para mantenerte vivo, Harold? Te inflaba de adrenalina y te entregaba a los vampiros. Usa tu entrenamiento. Desafía. Adelante con tu próxima idea.

Coma. Una hermosa palabra era mi salvación. Coma.

Cuando escuché a la señora Fonkle levantarse, entré en estado de coma. Estaba echado, en un autocreado estado de euforia, sonreía como la Gioconda y acariciaba mi huevo.

Como era de esperar, llamó inmediatamente al médico.

—¿Y dice que la manta saltaba durante todo el tiempo?

—Como una pelota...

Los oía hablar en el pasillo. La señora Fonkle entró en mi habitación con él. Persistía en mi estado de coma mientras el médico me pinchaba para sacarme sangre. Luego me volvió a pinchar y me tomó la presión.

La señora Fonkle retornó furiosa, con un humor de mil diablos. Tiró de las mantas y dijo que yo era un tramposo, un impostor, un holgazán y una sanguijuela.

—El doctor Zipper me dijo que no tiene absolutamente nada, ni siquiera pies de atleta. Señor North, ¿cuál es su juego?

—Cariño —dije—, cariño, cariño, cariño. —Le di un beso en la tiroide—. Espero que hayas tomado la píldora, o, por lo menos, alguna precaución.

Yo la miraba amorosamente y a ella los ojos le daban vueltas como una máquina tragamonedas que registraba ganancias.

—¡Pero si no he hecho nada!

—Tú, no, nosotros.

—¡No es cierto! ¡Nunca ha pasado nada!

—¡Ternura! —dije—. ¡Otra vez, por favor! Ven.

—¡Nunca ha pasado nada!

—Todo el mundo se engaña.

—¡Cerdo! —dijo de pronto—. ¡A una mujer inconsciente!

¡Cómo me odiaba a mí mismo! Si hubiera podido, me hubiera acostado sobre una cama de clavos. Bueno, tal vez internamente, se habría sentido halagada. Quizá le había reconfortado saber que despertaba en un joven deseos de violación. Dejaré que piense que soy un pobre desgraciado, una insignificancia.

Myrna me trajo la cena en una bandeja.

—Harold —me dijo—, he estado pensando en ti. En tu estado actual de debilidad, el huevo significa un tremendo esfuerzo. Psicológicamente, quiero decir. Tienes que pensar en recibir, no en dar. Cariño, todos estamos preocupados por ti. Hasta mamá está un poco perturbada. Esta noche, le sirvió a papá tres trozos de hígado. Tienes que recuperarte. Deja que me lleve el huevo. Cuidaré de él mientras te pones bueno. Deja que me lo lleve a mi habitación, por lo menos por las noches. Harold, por favor, di que sí.

¿Por qué no? Si Myrna tenía tanto fuego y prometía cuidar del glak, sin duda lo haría. Era una mujer en la que se podía confiar. Y mi manta no saltaría más.

—De acuerdo —dije—. Gracias, querida, muchas gracias.

Myrna resplandeció de felicidad. En el mismo momento tomó la caja, puso el huevo, y se lo llevó a su dormitorio mientras le cantaba una melodía.

—Bueno —dijo cuando volvió a retirar mi bandeja vacía—, ahora usa todas tus energías para curarte. Guarda todo avaramente hasta que estés mejor.

—Lo haré —contesté casi llorando de emoción.

Myrna se entregaba a sus deberes con entusiasmo. Creo que, por primera vez en su vida, cerró su puerta con llave. Cuando la casa estaba tranquila, Myrna dormía, y los Fonkle miraban la televisión, Cynthia venía con el postre.

—Hola, Flancito —dijo.

—Hola, flancito para ti, ángel.

—Harold, tengo algunas dudas.

—¿A estas horas?

—Harold, ese condenado huevo se tiene que ir. Está absorbiendo todas tus fuerzas. Oficial o no, lo voy a romper a pedazos. Nunca me ha gustado, pero lo toleraba... Pero, ahora que veo que te hace daño y te priva de tu recuperación total, creo que es el momento de un cambio. Quiero tu permiso para aplastarlo, porque, me lo des o no, lo haré.

—Déjame pensarlo.

—Piénsalo rápidamente. Ya me conoces. En cuanto te vea con los ojos cerrados, plaf.

—Lo pensaré. Tengo que medir las ventajas personales con el deber...

—Te he confesado mis planes, Harold.

Pensé de prisa. ¿Por qué no dejar que Cynthia elimine el huevo, por lo menos algún huevo? No estaba mal. Aplacaría su desesperación, su aprensión y su violencia. Pero no su curiosidad si llegaba a descubrir que el glak se había ido.

Después hice con el flan lo de siempre: lo despegué de la taza, le puse un plato encima, le di la vuelta y, cuando lo volqué sobre el plato, obtuve una montaña rubia. Cynthia sacó los platos.

—Me voy al cine —dijo—. Decídete para cuando vuelva, Harold. A propósito, comes el flan de una manera tan sensual y asquerosa que me muero de ganas de estar contigo.

Yo le di un beso en la nariz.

¡Qué familia tan maravillosa! Hasta el señor Fonkle reía estrepitosamente de lo feliz que se sentía con los *Beverly Ricos*.

La televisión, que distraía a los señores Fonkle con retazos de la vida, estaba en el salón. Pasé de puntillas por el comedor, entre la cocina y el salón, y me dirigí a la nevera. Saqué tres huevos. ¿Por qué tres? Cynthia sabía que el huevo del glak era grande. En efecto, ya había crecido como un pequeño balón de fútbol. Los huevos grandes hacen ruidosos *plaf*.

Subí la escalera, también sigilosamente, pasando sobre mis propias huellas. En mi habitación tomé cinta adhesiva del tocador. Uní dos huevos. La cinta sólo me alcanzaba para un par. Corté mi dedo con una navaja de rasurar y manche los dos huevos pegados con mi A positivo. Tuve suficiente tiempo para manchar el tercero, antes que coagulara.

Esperé con mi bomba de huevos bajo la manta, en el sitio donde estaba anteriormente el glak. En un impulso, coloqué el tercero bajo la almohada.

La llegada del especialista me sorprendió.

—Harold —dijo el señor Fonkle—, éste es el doctor Bim. El doctor Zipper lo llamó para consultar. Creen que tu caso es un rompecabezas, un fenómeno de la medicina.

El doctor Bim asintió, y yo también. ¿Si Zipper estaba seguro que yo era un farsante, a qué venía aquello? Para que no se le acuse de negligente, pensé, y miré mi Hikhoff para confirmarlo.

—¿Te sientes bien, Harold? —me dijo el señor Fonkle—. Discúlpame, pero creo que asistimos a un excitante drama.

El doctor Bim fue a lavarse las manos. Volvió y cerró la puerta. El señor Fonkle se marchó respetuosamente. El doctor Bim se puso unos guantes blancos de algodón.

—Nunca he visto ningún médico que hiciera esto.

—Todos tenemos nuestros métodos. Ahora, a trabajar.

El doctor Bim me golpeó como martillándome.

—Cierre los ojos y abra la boca —ordenó.

Yo cerré muy fuerte los ojos y abrí mucho la boca.

—Cuando yo te diga, Harold, mira. Antes no. Baja la lengua. ¡Qué aspecto!

—Aaaaahhhh.

—Mantén los ojos cerrados.

—Gg.

—Muerde fuerte.

Mi boca se cerró sobre el caño de un revólver. Mis ojos se abrieron de golpe.

—No hagas ruido —dijo—. Te estoy apuntando.

—Nagle, supongo. ¿Cómo me has cazado?

—Varias pistas, Harold. He mirado los anuncios de alquiler en el periódico, después que tú nos dejaste y he preguntado por el remitente de cierta carta que recibió cierta mujer que vende canes.

—No eres nada tonto.

—Gracias —dijo Nagle apreciando mi gran corazón—. Es una pena que no podamos llegar a un acuerdo civilizado. Espero que comprendas mis motivos. Piensa en mi padre, un hombre que gastó toda su vida aportando fragmentos y trozos. Imagina, cincuenta años de dispersiones, de notas a pie de página en *American Scholar*, algunos *ibid's* y algunas *op. cit's*. Nada que le permita salir en los titulares, ni una sola vez. Entonces, un día entra tu amigo Hikhoff llevando un genuino y fértil huevo de glak: «Dígame, doctor Nagle —rugió con aquella voz chillona—, ¿qué tengo aquí?» Harold, en aquellos instantes, los últimos de la vida de mi padre, el sol comenzaba a salir. Al borde de la sombra, mi padre vislumbró rayos cegadores. ¿Comprendes?

—Sí, no es difícil entenderlo.

—Entonces, ¿tienes idea de lo que un huevo de glak fértil significa para un viejo antropólogo?

—Alguna noción.

—La inmortalidad. Por primera vez mendigó. ¿Para qué? Por una mitad. Nada más. No el cincuenta y uno, solamente el cincuenta por ciento. Por el descubrimiento Hikhoff-Nagle. Así quería él denominarlo, Hikhoff se reía de él.

—El huevo estaba lleno de significado también para el doctor Hikhoff —dije.

—Juré en el funeral que la memoria de mi padre estaría basada en algo más que en las momias egipcias de tumbas de segunda fila. Y ahora cumplo con mi juramento.

—Nagle —comenté—, ¿estás en esto por tu padre o por tu propia necesidad de antepasados ilustres?

—¿De qué forma te gustaría perder la cabellera?

—Lo siento, pero yo también cumplo mis juramentos. Has leído la carta PRIMERA.

—Esta noche leeré la ÚLTIMA.

—Imposible —contesté—, se ha extraviado. Cuando desperté en el hospital después de tu...

Nagle se rascaba una oreja.

—Puede ser —dijo—. No importa; qué otra cosa podía contener que los delirios, en inglés antiguo, de Hikhoff. Virilidad de las cuerdas vocales. Era el único sitio en que la tenía.

—Habla con más respeto. Está muerto. Deja que la ÚLTIMA vuele a lo largo de los rieles de Utica-Mohawk. Lo que importa es el huevo. Podríamos asociarnos —dije.

—Ja. Eres un caradura, Harold. Es demasiado tarde para sociedades. Dame el descubrimiento Nagle. Te aviso que cualquier mala voluntad o vacilación te enviarán con Hikhoff para practicar el coro.

Nagle tenía un aspecto agradable. Una cara como la de Don Ameche, no tenía tipo de pistolero, pero uno nunca sabe.

—El huevo está aquí, bajo mi almohada.

Mi suerte seguía. Nagle no había visto el huevo antes. Se iluminó cuando le mostré aquel embrión con manchas rojas, y lo deslicé por la palma de su mano.

—Lento, con cuidado —dije con expresión salvaje.

—Ha sido un placer —dijo mientras envolvía el huevo en una toalla y lo ponía en su maletín de médico—. Quizá, cuando esto haya terminado, tú y yo podamos sentarnos y jugar al ajedrez tranquilamente.

—Nada me gustaría...

¡Pam! Fui golpeado con tanta fuerza en la cabeza, que casi caí de la cama. Giró el mundo a diferentes velocidades. Me sentía como un trompo. Después hubo otro golpe, un sonido áspero, mojado. Desperté.

—*Bye, bye*. Pobre criatura —decía Cynthia levantando las mantas y observando la destrucción.

—¿Qué, qué, qué?

—Harold, tenía que suceder. Hasta aquel especialista opinó que todo lo que precisas es reposo total. Prefiero que el huevo no vea nunca la luz, aunque vivamos en el mundo libre, a que mueras en la flor de la vida.

Cynthia no advirtió la cinta adhesiva entre los restos del huevo. Estaba muy satisfecha.

Los días siguientes pasaron tranquilos.

Myrna tenía mi glak. Cynthia no compartía su placer. Nagle estaba contento sentado sobre su pollo. La señora Fonkle me evitaba como una plaga. El señor Fonkle, servido como Faruk, por su esposa, traía naipes a mi habitación y jugábamos.

Respetuosa con su promesa, comprendiendo que necesitaba tranquilizarme, Myrna venía dócilmente sólo a informarme sobre el glak. Brincaba todo el tiempo, hacía pequeños ruidos. Me describía los sonidos como los de la tiza sobre la pizarra y yo me imaginaba lo feliz que se hubiera sentido Hikhoff si hubiera podido escucharla; tal vez pudiera.

Mientras Myrna calentaba el glak, Cynthia calentaba a Harold. Su idea de recuperación no se basaba en la abstención precisamente.

Mi único problema lo constituía la señora Fonkle, y no era grave. Como sospechaba, alimentaba a sus hijas de ajos, colas de buey y otras olorosas comidas, que les pegoteaban los labios y las llenaban de protectores calambres. Yo tenía bicarbonato y pastillas de clorofila junto a la cama.

Marzo terminó apacible. Las ventanas estaban cubiertas de escarcha y el sol la fundía. Un pájaro cantaba sobre el tendido telefónico. Tenía que moverme nuevamente y hacer planes.

Ya era hora de despedirse. Dejar a Cynthia era fácil. Tan fácil que dolía. A primeros de mes conoció a un pedicuro de buena familia. Sus perspectivas mejoraban. Cuando discutíamos, traía su nombre. En el aire tenso, producía como una fábrica.

—Me reclaman desde DC —dije—. Seré juzgado.

—¿Juzgado?

—Olvídalo, nada terrible. Sólo un castigo.

La idea de mi castigo facilitaba a Cynthia el decirme adiós. En efecto, no era la misma desde la destrucción del huevo. Creo que me menospreciaba por no haberlo hecho yo mismo. ¿Quién puede entender el corazón de una mujer? Mientras hablábamos, ella me comparaba con su pedicuro y le encontraba mejor.

—No hay ningún motivo para continuar este sufrimiento —dije—. Siempre recordaré lo que hemos pasado juntos y la forma en que me ayudaste.

Cynthia dejó escapar un punto, pero lo atrapó. Sus reflejos habían mejorado desde nuestra relación.

Dejar a Myrna fue más difícil.

—Sé que debes marcharte. Lo sé y no haré escenas. ¿Tienes proyectos de volver?

—Mi vida es un signo de interrogación —contesté honestamente—, ¿qué puedo decirte?

—Nada será igual sin ustedes dos.

—Ni para mí. Nunca.

—Envíame una participación si nace el glak. Nada elegante. Una simple tarjeta.

La señora Fonkle, que había comenzado a ejercer actividades de beneficencia, me despidió rápidamente. ¡Estaba tan llena de dignidad y adorable compostura!

El aire era húmedo el día que me fui de casa de los Fonkle. Tenía una maleta nueva, grande, modelo ejecutivo, y allí dentro iba mi glak; había sitio suficiente. Ya tenía el tamaño de una pelota de bolos. Estaba maduro para abrirse.

Los Fonkle tenían una reunión familiar cuando me fui. Subí al taxi y les grité toda clase de buenos deseos. Estaba muy emocionado. Tenía los ojos vidriosos. Ellos habían hecho tanto por mí.

Vivimos en una época en que las distancias se acortan, excepto entre la gente. ¡Es tan fácil llegar a los más remotos rincones de la imaginación! Una persona como yo puede ir de Utica, en Nueva York, a Labrador por 120,35 dólares, en autobús y en avión. Las tarifas me asombraban. De Utica a Labrador. Estamos a unas pocas horas de los límites del mundo.

Para llegar a Labrador, se visita primero a un agente de viajes. Se le dice que quieres visitar Labrador, y no se extrañará.

—¿Dónde? —pregunta—. ¿Goose Bay?

—No —respondes ya que has estudiado mapas y prospectos—, tal vez las montañas Mealy.

—Tenemos una excursión especial para las Mealy —dice él.

—O el lago Melville —continúas—, Oso Blanco, Punta Miseria, Puerto de María, lago del Petissikapan, Nipishish, Tununfiayluk o quizá Gready. No he decidido todavía.

—Vaya a Gosse Bay —recomienda el agente—. Desde allí se puede ir a cualquier parte.

—¿Puedo ir, por ejemplo, al fiordo del Kangalakksiorvik?

—¿En la región del Torngat? —pregunta él—. Naturalmente.

Por intuición, escogí el fiordo de Kangalakksiorvik, como el lugar donde nacería mi glak. Aunque no fuera necesario ir tan lejos para que tuviera nacionalidad canadiense, sentía que ése era el lugar adecuado.

—El itinerario más pintoresco —dijo el agente mientras señalaba los billetes—, es en autobús de Utica a Syracuse. Sale a las 20.50, llega a Syracuse a las 22.05. Sale de Syracuse a las 14.30, y llega a Montreal a las 22.20. Allí puede comer algo o ver una película. A las 16, sale en Air Canada, y a las 19.20, está en Goose Bay por un costo total, incluyendo el vuelo en clase turista, de 120.35 dólares más impuestos.

—¿Y después?

—En Goose Bay pregunta a la gente, alquila un chárter y, ¡zumm!, ya está en Kangalakksiorvik. Los Torngats son hermosos en esta época del año.

Al oportuno tipo del agente le compré un seguro por diez mil dólares. Las pólizas las hice a favor de Myrna y Cynthia. Se lo merecían.

Por fin, con mi Hikhoff en el bolsillo y mi bolsa con el glak en la mano, partí rumbo a la terminal. Cuando se desciende por la ladera de las responsabilidades, el tiempo es dulce.

Para mí, un viaje en autobús es un placer. Desde pequeño tengo tendencia a dormirme con el traqueteo de los vehículos y sueño siempre lo mismo. Voy a la deriva en un charco plateado. Este charco está poblado de cosas brillantes, de todos los colores y luces, que hacen cualquier cosa para divertirme. Espero este sueño como si fuera un viejo amigo.

Esa vez, mi sueño del autobús comenzó y creció hasta incluir a mi glak. Cada vez que el autobús saltaba o tomaba las curvas, del charco salían lagartijas; una de tres cabezas restregaba el hocico contra mi nariz. Su triple sonrisa me despertó. Miré si el huevo estaba en buenas condiciones; entonces, me dormí. Con placidez.

El viaje transcurrió tranquilamente, lo mismo que mi cambio a Air Canada.

Estaba un poco preocupado por el glak. ¿Le gustaría volar? No hubo problemas, el huevo no se movió, excepto cuando despegamos. Como había sitios vacíos, coloqué el huevo en un asiento y le pasé un cinturón de seguridad, mientras yo me reclinaba en el mío. El charco plateado es estrictamente una fantasía automovilística. En aviones mis sueños versan sobre accidentes aéreos.

Aquí, en las nubes, sobre el este del Canadá, no podía reposar. Detrás había una pareja que estaba dando la vuelta al mundo. Había visto su equipaje en la terminal. Llevaban una colección de etiquetas. Ahora, rumbo a Labrador, deduje por su conversación que no tenían más sitios que visitar. Después de Saskatchewan, no les quedaba nada más.

—Mira allí en las letras pequeñas —dijo el hombre indicando la guía—. Un tipo llamado Bjarni, descubrió Labrador en 986. Imagina, Bjarni, el hijo de Herjulf. Vendió su barco a Leif Ericson, quien luego lo usó en sus exploraciones.

—¿Cómo lo saben?

—Está en la guía. Helluland, tierra de piedras.

—¿Dónde?

—Mira, pesca y pieles son las dos mayores industrias.

—¡Oh!

Labrador me causó buena impresión. Había árboles, según la guía. Coníferas, abedules, álamos, abetos, líquenes, musgo, azaleas rojas, gencianas azules, orquídeas blancas. También pequeños pájaros, gansos, patos, linces, lobos, armiños, vencejos, nutrias, zorros, osos, focas, búhos, gaviotas rojas y golondrinas patagónicas. Había algunos esquimales, los que no fueron exterminados por los pescadores, algonkins, nascapees, ingleses y escoceses. No era mal sitio para un pájaro. Actividades, compañía, un poco de conflicto, una bonita comunidad subártica.

Era una mañana nublada. Helluland, tierra de piedras, pescados y pieles, me daba paz. Nuestro avión comenzó el descenso. No vi ningún armiño ni orquídea blanca; solamente parches de humo y las luces del aeropuerto de Goose Bay. No me extraña que Bjarni vendiera el barco.

—¿Estás seguro que no hemos estado aquí? —preguntó la mujer.

—Mira —dijo el hombre—, me resulta familiar.

Sí, lo parece, como lo parece tu mismo subconsciente tendido al sol para secarse.

Goose Bay era un lindo lugar. Dejé mi huevo en custodia. Había una pequeña grieta en la cáscara. Una fisura mínima. No del tipo de las que se tragan viejos en las historias de terremotos sicilianas. Apenas del grosor de un cabello. Pero, ahí estaba. Si hubiera sido mi primer parto, un primerizo, como dicen, con la bolsa de aguas rota, no me hubiera portado peor.

Tomé al primer trabajador que vi y le grité si sabía de algún avión de alquiler que fuera a Kangalakksiorvik.

—Hay un avión que está a punto de salir. El piloto se llama Le Granf. Ahora está en la cafetería. Lo reconocerá por su gran tamaño, y porque le falta un brazo.

Encontré a Le Granf. No hubiera podido evitar verlo, metido en su anorak rojo y negro; parecía un tablero de damas de ciencia ficción. Estaba construido en bloques diferenciados, cabeza, pecho, abdomen, piernas; estaba hecho a cuadros. Su único brazo sostenía una taza de café negro.

—¿Señor Le Granf? —pregunté.

—Sí —contestó como un francés, monoptonguizando los diptongos—. ¿Quién es usted? ¿Quasimodo, el jorobado de Nôtre Dame?

—Soy Harold North —contesté.

—*Groan notticcia. Vive Quebec libre*.

«Básicamente inseguro. Desplazador de vocales —pensé—. Maldito. Es tu avión.»

—Tengo entendido que es usted el piloto del avión que va a Kangalakksiorvik.

—El vómito del mundo.

—Tengo que llegar allí.

—¿Para qué?

—El porqué es asunto mío.

—Está bien. Pero, ¿por qué esta prisa por llegar a Kangalakksiorvik. Ya tengo un pasajero para ir allí. Podemos llevarte por cien dólares.

—Hecho.

—Trago este sudor y nos vamos.

Le Granf bebió el café y salimos. Caminamos hacia un hangar que tenía al frente, algo que se suponía era un avión.

—Esta es *Clarette*, la vieja perra —dijo Le Granf—, mi fláccida Express; un trozo de azul salvaje. ¿Sigues queriendo ir?

—Sí.

—Peor para ti. Mi pasajero no ha llegado todavía, sube y esperemos.

Subimos a la barriga de *Clarette*. Había cuatro sillas. Dos frente a los controles y dos detrás.

—*Clarette* tiene una tos terrible —dijo Le Granf—, estoy preocupado por sus tubos.

Apretó un botón y giraron las hélices. Bocanadas de humo le salían por la nariz. La tos comenzó. Era un fuerte carraspeo.

—¡Puf! No anda bien.

Dejé de mirar porque el otro pasajero de Le Granf llegó. Era Nagle. Llevaba un bolso de deportista. Nos miramos e hicimos el sonido de viejas puertas al cerrarse.

—¡Ah! Conocidos —dijo Le Granf—. Entonces podremos sostener una estimulante conversación sobre el pasado.

Yo había estado sentado hasta ese momento junto a Le Granf. Cuando Nagle subió al avión, pasé atrás prudentemente y me senté junto a él.

Puso su bolso en el portamaletas y vio mi maletín de ejecutivo.

—¿Vas armado? —le pregunté.

—No, por supuesto que no —dijo Nagle—. ¿Qué estás haciendo aquí, Harold?

—Lo mismo que tú.

—Pero yo tengo el huevo.

—Tú tienes un pollo.

—Ya entiendo —dijo Nagle—. Admiro tu persistencia, Harold.

—Tienes un pollo, Nagle.

—Sí, sí, Harold, tengo un pollo.

—¿Dónde está ese pollo? —dijo Le Granf—. Inclúyanme en la discusión.

—Vamos, díselo.

Le Granf informaba a la torre de control que estábamos listos para despegar, gritando desde la ventanilla. *Clarette* luchó contra su bronquitis y lentamente nos fuimos moviendo.

—Subirá —dijo Le Granf—. Nos va a dejar satisfechos.

Subió y Nagle contó a Le Granf su versión de la historia del glak. Tengo que admitir que expuso su caso objetivamente, como lo veía, sin exageraciones.

—Entonces, uno tiene un pollo y el otro un glak —dijo Le Granf cuando yo le expliqué las complicaciones—. Maravilloso.

Empecé a sentirme raramente enfermo. Tenía fuertes calambres. Frío y calor al mismo tiempo. Mi estómago se hinchó. Por un momento, lo había aprendido de Hikhoff, me pareció que tenía las contracciones del parto. Este estado no es anormal en tipos emotivos como yo, pero todavía resulta un poco bochornoso.

—Dime —dijo Le Granf—, ¿quién es el verdadero padre? Eso es lo que quiero saber. ¿Qué hombre culto es capaz de fornicar con un ser emplumado?

—Nadie fornicó con ningún ser emplumado —repliqué.

—El amor es el amor —afirmó Le Granf—, pero, ¡con un pájaro!

—Ocúpate del avión —indiqué retorciéndome de dolor.

Le Granf encontró una botella de coñac y la pasó.

—He oído contar muchas historias bajo la luz del norte, puedes estar seguro —expuso Le Granf—, pero de dos hombres enamorados de la misma paloma, ¡nunca!

—Ignóralo —repuso Nagle.

—Dime —le pregunté a Nagle—, ¿por qué has elegido Kangalakksiorvik?

—El *galakk* suena como glak.

—Nunca me había dado cuenta de eso.

—¿Y tú me seguiste hasta aquí, únicamente con la historia del pollo? Harold, estoy esperando que juegues tu carta. Cuando aterricemos, ¿me golpearás en la nuca?

—¿Yo, seguirte? ¿Por qué tendría que hacerlo? Lo que tú tienes en ese bolso es un gallo, quizá una gallina, pero no el glak.

—Harold —declaró Nagle—, espero encontrar algún día un amigo que me sea tan leal. Y fiel como tú lo eres a Hikhoff.

Rebotando como un ascensor, *Clarette* nos llevaba hacia el frío corazón del invierno, por encima de campos de hielo azul.

Nagle y yo nos sumimos en un pasmoso silencio. A pesar de mis dolores, pensaba en Hikhoff, fuera del tiempo, fuera del espacio, desenfocado, arrojando vocales como dardos a un desfile que pasa por las calles de la ciudad. ¿Estaba también Hikhoff complicado en el embarazo? ¿Podía ser que él se sintiera preñado de algún tipo de criatura? ¿Serían los bramidos de Hikhoff dolores de parto por algún invisible vástago? El glak. Algún hijo. Alguna hija. Algún producto, por lo menos, del perpetuo embarazo de Hikhoff.

Le Granf cantaba canciones groseras sobre conejos de nieve. Ayudaba a soportar el viaje.

—Allí está —exclamó Le Granf—, miren hacia abajo. ¡Casi nada! ¿Eh?

Clarette perdió algo de la altura que había alcanzado, mientras Le Granf buscaba un sitio para aterrizar. Fuimos hacia la izquierda, en dirección a lo que parecía ser un poblado. Sobrevolamos, se inclinó el avión y viramos.

Nagle y yo bajamos nuestros equipajes. Los dos teníamos las caras enrojecidas. Había llegado el momento de la verdad.

—Nagle —declaré—, me apenas. Pronto estarás metido en la nieve hasta el cuello y descubrirás, en el momento del triunfo, que te has tomado el trabajo de transportar un pollo prácticamente hasta el Polo Norte.

—Y ahora, Harold. ¿Tienes intenciones de pegarme?

—Violencias por mi parte, no. La violencia se ha acabado.

Le Granf encontró un sitio, un espacio en el bosque. *Clarette* aterrizó en él como si fuera un colchón. Un aterrizaje memorable.

Acordamos que Le Granf nos esperaría.

El huevo de Nagle estaba tan a punto como el del glak. Ninguno de nosotros esperaría más de unos minutos. Afuera, en el frío total, Nagle y yo cubríamos con bufandas nuestro rostro. Llevamos nuestras cargas cerca de los árboles.

—Aquí estamos —manifesté.

Como dos que se baten, nos colocamos espalda contra espalda. Nos agachamos hacia nuestros bolsos. El huevo del glak saltó hacia mis manos. Estaba caliente como un panecillo. La cáscara se abría cada vez más. El huevo era como una tela de araña.

Le Granf se quedó junto al avión, en señal de respeto. Advertía la gravedad de la situación y canturreaba la *Marcha Nupcial*.

El huevo se rompió en mis manos y quedé sosteniendo una cosa parpadeante y fibrosa, con muñones por alas y pies gordos.

—¡Hola, glak! —dije.

—¡Hola, glak! —Nagle hablaba a su pollo.

¿Ustedes piensan que mis manos calientes y todos mis afectos significarían algo para un glak de sesenta segundos de vida? Pues no. Intentaba escapar. Me miraba como si fuera un nazi.

Lo deposité cuidadosamente sobre la tierra helada. Hacía lo que se suponía que tenía que hacer. Anadeaba, resbalaba, se tambaleaba, paraba, se desperezaba; finalmente dijo: *glak*, con un sonido ronco.

—*Pío, pío* —dijo el pollo de Nagle y él comentó—: ¿Has escuchado?

Yo no le prestaba atención. Sólo tenía ojos para mi glak, el glak, que estaba descubriendo el mundo. Daba un paso hacia el bosque, pero vacilaba.

—Ven aquí, glak —hablé yo al infinito.

Glak.

Pío, pío.

El glak no volvía. Andaba como un bebé hacia el bosque.

Comencé a seguirlo. Me detuve. Allí, en la tierra pedregosa, escuché la sentencia de Elsie Moonish, sobre el amor sin posesión, el acto sin entrega.

Yo sin glak, glak sin mí. Éramos distintos. Pobre glak. Miraba aquí y allá; buscaba alguien de su misma especie. ¿Existían otros? ¿Podría encontrarlos? ¿Habíamos hecho a esta cosa deshilachada un favor o la peor injusticia?

—Adiós, mi glak —decía Nagle. Su pollo también daba un paseo. Nagle tomaba fotos para el archivo. Yo no tenía ningún interés en el archivo. Hikhoff no había escrito nada sobre esto.

—*Glak* —dijo mi glak más roncamente que antes.

Aquél era el graznido de Hikhoff; más predesplazamiento de vocales no podía tener.

Nagle fotografiaba al impostor.

Entonces, los recién nacidos se encontraron. El glak y el pollo se tocaron y se encogieron de hombros. Temblaban. Echaron un vistazo al paisaje y caminaron juntos hacia el bosque primitivo.

—Un glak y un pollo —dije a Nagle, que estaba preparando la película—. ¡Qué equipo! Los pollos, por lo menos, no se han extinguido. Pero los glak no se rinden tan fácilmente. Quizá haya alguna esperanza aquí en la nieve.

Los pájaros se fueron. ¿Qué podía decirle? ¿Podía darle el conocimiento? ¿O decirle: «Llámame los viernes»? ¿Sugerirle: «Lee *El Ganso de la Nieve*, de Gallico, y ven a mostrarme tu gratitud por Navidad»? No tenía nada que decirle. Un pájaro recién nacido es como un adolescente humano. Hay una infinita falta de comunicación.

—Vengan, locos —nos gritó Le Granf—, *Clarette* está chorreando aceite.

Por fin nos comportamos con corrección: nos cedimos el paso mutuamente. Estábamos subyugados. Le Granf comenzó a poner en marcha su motor de juguete.

—Espera —le pedí, y salí corriendo hacia la *nurserie*, donde yacían, como mundos destruidos, dos cáscaras.

—Ven, idiota —chilló Le Granf.

Puse mi Hikhoff en tierra, junto a los árboles.

Una vez en Goose Bay, provoqué a Le Granf:

—Monsieur, eres una teta de reno. Nada.

Insistí:

—Eres un aborto. Enigmático.

Continué:

—Pierre, el brazo que te falta se lo deberías meter en el trasero al diablo.

Comenzó a indignarse.

Concreté:

—Aceitoso, eres un miserable piloto con un grasiento avión.

Me golpeó la cabeza. No me gustaba usar a Le Granf de esta manera, pero necesitaba la sacudida. Empecé a sentirme mejor, mucho mejor, como purgado. Nagle me levantó.

—Nagle, ¿qué piensas hacer ahora? —le pregunté—. Yo iré a algún sitio donde crezcan las piñas, donde el sol tenga el tamaño de una fuente y pueda sentir agua salada en mi boca.

Mareado, pensé: «¿Quién me necesita más?»

> «E. Moonish, Syracuse, Nueva York. Oferta *plus-plus* en clima salubre stop. Todo pago stop. Mucha miel stop. Por favor, contesta. Cobro revertido stop. Amor stop. Harold North.»

Después de telegrafiar, fui con Nagle a beber una copa. Mientras aguardábamos las bebidas, me disculpé y me dirigí al lavabo. Leí la ÚLTIMA bajo una bombilla desnuda:

> Querido Harold:
>
> Dios te bendiga y te proteja. Además, gracias.
>
> En ésta va incluido un cheque de mil dólares.
>
> Escribe poemas. También te sugiero una receta para un gran asado de glak:
>
> Tomar el glak, ponerlo en una cacerola, cubrirlo con mantequilla y rodajas de naranjas. Condimentar con sal y ajo. Añadir páprika y pimienta. Poner a su alrededor patatas y cebollas tiernas. Cocerlo en horno a doscientos veinte

grados. Dejarlo treinta minutos por kilo de peso. Servirlo caliente. Sugiero para acompañarlo, un Gumpolskierchner del 59 para darle brillo.

Afectuosamente,

David Hikhoff

—¡Eras delicioso, delicioso! —grité a Hikhoff—. Tienes el más fantástico sentido del humor. Hikhoff, que ronroneabas RRRs, fortalecido de coraje, hacías malabarismos con tus adversarios, fantasma cabalgando, AEIOU, descansa en paz.

Así entré en mi puerperio, que es, en ginecología, el tiempo de recuperación después de un parto, el jubiloso tiempo del *post-parto*; la vida después del parto.

LA SACERDOTISA ESCARLATA DE LA LUNA LOCA

LEIGH BRACKETT

Es indudable que, tanto dentro de la SF como fuera de ella, existe una peculiar mitología marciana tendiente a considerar a Marte como una especie de hermano mayor de la Tierra, un mundo crepuscular y desolado en el que languidecen antiquísimas razas en vías de extinción, ancestrales civilizaciones poseedoras de una sabiduría profunda y enigmática.

Las Crónicas Marcianas *de Ray Bradbury constituyen la más conocida contribución a esta melancólica y romántica mitología, a la que Edgar Rice Burroughs, padre de Tarzán, dedicó toda una serie de novelas.*

Leigh Brackett, colaboradora ocasional de Bradbury, nos ofrece, dentro de esta línea, un inquietante relato sobre el velado enfrentamiento de una civilización joven, arrogante y expansiva —la terrestre— con la milenaria y esotérica cultura marciana.

* * *

Desde la burbuja de vigía del *TSS Goddard*, Harvey Selden miraba cómo crecía la cara atezada del planeta. Podía distinguir los desiertos rojizos donde se agitaban pequeños remolinos de arena y las oscuras áreas de vegetación que semejaban seda. Una o dos veces, alcanzó a ver el brillo del agua de los canales. Continuó sentado, sin moverse, transportado, deleitado. Había temido que este enfrentamiento no le emocionara; había visto desde su niñez innumerables descensos idénticos desde su pantalla tridimensional. Era como hacerlo uno mismo. Pero la realidad tenía un sabor y una inminencia que encontró tremendamente excitante.

Imagina, un planeta extraño...

Imagina, Marte...

Se molestó un poco cuando advirtió que Bentham había entrado en la burbuja. Bentham era tercer oficial, y eso significaba un reconocimiento de su fracaso. La razón se traslucía claramente en su rostro, pensó Selden, y sintió lástima por él, como la hubiera sentido por

cualquier alcohólico. A pesar de todo, era amable y parecía impresionado por los conocimientos de Selden acerca de Marte. Éste le sonrió y le saludó con la cabeza.

—Muy excitante —dijo.

Bentham miró de soslayo al planeta que se aproximaba.

—Siempre lo es. ¿Conoces a alguien allá abajo?

—No, pero después de inscribirme en la Oficina...

—¿Cuándo lo harás?

—Mañana. Quiero decir, contando desde el aterrizaje..., este asunto del tiempo es un poco confuso, ¿verdad?

Sabía que harían tres o cuatro órbitas completas en una espiral descendente, que significaban tres o cuatro días y sus correspondientes noches.

—Mientras tanto, no conoces a nadie —dijo Bentham.

Selden movió la cabeza negativamente.

—Bueno —dijo Bentham—, estoy invitado a cenar con unos amigos marcianos. ¿Por qué no vienes? Tal vez te interese.

—Oh. —respondió Selden ávidamente—. Sería muy... Pero, ¿estás seguro que no ocasionaría una molestia? Quiero decir, un huésped imprevisto, en el último momento...

—No les importará —siguió Bentham—, yo les avisaré antes. ¿Dónde te hospedas?

—En el Kahora Hilton.

—Claro —dijo Bentham—. Pasaré a recogerte cerca de las siete —sonrió—. Hora de Kahora.

Salió con un sentimiento de duda. Bentham no era, tal vez, la persona que él hubiera elegido para que lo introdujera en la sociedad marciana. Pero, en última instancia, era un oficial, podía incluso presumir de ser un caballero, y hacía mucho tiempo que estaba en la ruta de Marte. Seguramente tendría amigos, y era una oportunidad maravillosa e inesperada de conocer una casa y una familia marcianas. Se sintió avergonzado de su instante de inquietud, y pudo observar inmediatamente que estaba basada en la propia inseguridad que, por supuesto, crecía al enfrentarse a un medio enteramente ajeno. Descubierta esa actitud negativa, era fácil corregirla. Después de un cuarto de hora de positiva terapia, su impaciencia no le permitía esperar la llegada de la noche.

Kahora, en medio siglo, había crecido. Selden sabía que había sido fundada como Ciudad Comercial bajo el viejo e infame Convenio del Paraguas, así llamado porque podía ser usado para encubrir cualquier cosa, y que había sido firmado entre el entonces Gobierno del Mundo de Terra y la empobrecida Federación Marciana de Ciudad-Estado. En aquel tiempo, la ciudad estaba protegida por una simple cúpula climatizada y condicionada para el confort de comerciantes y políticos de otros mundos que la frecuentaban y que no estaban acostumbrados a los rigores del frío y la escasez de oxígeno de Marte. Además del clima, se habían instalado otros lujos en las Ciudades Comerciales, de modo que podían compararse con ciertas ciudades bíblicas. Crímenes de diferentes clases, incluso asesinatos, habían ocurrido en ellas.

Pero todo eso había pasado en los días del *laissez-faire*. Ahora Kahora era la capital administrativa de Marte, protegida por un complejo de ocho cúpulas brillantes. Desde el puerto espacial, a quince millas de la ciudad, Selden la vio como un débil resplandor de burbujas flotantes tocadas por el sol rasante. Mientras el vehículo del puerto espacial lo transportaba a través de millas de arena roja y césped verde oscuro, vio que las luces se encendían en la repentina noche y los edificios bajo las cúpulas ascendían y tomaban forma, limpios y airosos con resplandeciente vestimenta. Pensó que nunca había visto nada tan hermoso. Desde el desembarcadero de una de las cúpulas, un silencioso taxi a

transistores le llevó a su hotel a lo largo de agradables calles donde las luces brillaban y gente de distintas razas caminaba ociosamente. Todo el viaje, hasta el vestíbulo del hotel, lo efectuó confortablemente, incluso con aire acondicionado que Selden agradeció. El paisaje parecía horriblemente yermo, y sólo se necesitaba verlo para saber que hacía un frío terrible. Antes que el vehículo entrara en la cámara de descompresión cruzó el canal de Kahora, donde el agua parecía hielo negro. Muy pronto se enfrentaría con todo, pero no tenía prisa.

La habitación era acogedora y la vista de la ciudad excelente. Se duchó, se afeitó y se vistió con su mejor traje oscuro. Se sentó un rato en la pequeña terraza con vista al Triángulo de los Tres Mundos, representados por sus tres vértices. El aire que respiraba era caliente y tenuemente perfumado; los sonidos de la ciudad subían hasta él suaves y amortiguados. Comenzó a repasar mentalmente las reglas de buen comportamiento que había aprendido. Las frases ceremoniales, los gestos. Se preguntaba si los amigos de Bentham hablarían alto o bajo marciano. Bajo, probablemente, ya que es lo más corriente para con los extranjeros. Esperaba que su acento no fuera demasiado bárbaro. Se comportaría adecuadamente a la situación. Se acomodó en su silla y miró el cielo.

Había dos lunas en él, encima del brillo y la distorsión de la cúpula. Por alguna razón, aunque sabía perfectamente que Marte tenía dos lunas, ese pequeño detalle tuvo un poderoso efecto sobre él. Por primera vez se dio cuenta no sólo con su intelecto, sino con su corazón y sus entrañas, que se encontraba en un mundo extraño, muy lejos de su casa.

Bajó al bar a esperar a Bentham.

Llegó puntual, vestido con su ropa de civil, y Selden notó con alivio que se encontraba perfectamente sobrio. Le pagó una copa y le siguió a un taxi que les condujo silenciosamente desde la cúpula central a otra en las afueras.

—Esta es la original —dijo Bentham—. Ahora, es zona residencial. Los edificios son viejos, pero confortables. —Estaban detenidos en un cruce esperando que pasara el tráfico y Bentham señaló el techo de la cúpula—. ¿Has visto las lunas? Están las dos en el cielo. Es lo primero que nota la gente cuando llega.

—Sí —dijo Selden—, las he visto. Es..., es..., impresionante.

—La que llamamos Deimos..., eso allí..., el nombre en marciano es Vashna, por supuesto..., es lo que en ciertas fases se llamaba la Luna Loca.

—Oh, no —dijo Selden—. Aquello era Phobos. Denderon.

Bentham le miró y él se puso colorado.

—Quiero decir, creo que era —se disculpó Selden. Él sabía muy bien que estaba en lo cierto, pero, después de todo...—. Por supuesto, tú has estado aquí muchas veces y yo podría estar equivocado...

Bentham se encogió de hombros.

—Es fácil saberlo. Preguntaremos a Mak.

—¿A quién?

—Firsa Mak. Nuestro anfitrión.

—¡Oh! —protestó Selden—. Yo no diri...

Pero el taxi siguió; Bentham señalaba algunas otras cosas de interés y el asunto fue olvidado.

Cerca de la curva más sobresaliente de la cúpula, había un edificio dorado y pálido. El taxi paró allí. Unos momentos después, Selden fue introducido en la casa de Firsa Mak.

Él había conocido marcianos en otras ocasiones, pero muy esporádicamente y nunca *in situ*. Vio un hombre oscuro, pequeño y delgado como un gato, con los más sorprendentes ojos amarillos. Llevaba la túnica blanca tradicional de los hombres de las Ciudades de Comercio, exótica y muy elegante. Un pendiente de oro, que Selden reconoció como una antigüedad sin precio, colgaba de su oreja izquierda. No era como los marcianos fofos y

redondos que había conocido en Terra. Selden se acobardó ante esos ojos y las tan estudiadas palabras de saludo se pegaron a su garganta. No hubo necesidad de ellas cuando Firsa Mak le dio la mano y dijo:

—Hola, bien venido a Marte, pasa.

Una mano morena y nervuda le empujó amablemente a una sala grande y baja con una pared de vidrio que daba al exterior de la cúpula, al desierto iluminado por la luna. Los muebles eran modernos, simples y muy confortables, con alguna escultura lateral o frontal, fina, pero no mejor que la artesanía marciana que se vendía en las tiendas especializadas de Nueva York. En uno de los sofás, un terrestre con piernas muy largas, descarnado y con cabello blanco, estaba sentado bebiendo, envuelto en una nube de humo. Le fue presentado como Altman. Tenía la cara parecida a un cuero viejo demasiado expuesto al sol, y miraba a Selden desde una gran altura y una lejana distancia. Acurrucada a su lado, había una niña o una mujer morena; Selden no podía distinguir qué era, por la suavidad de su cara y la profunda sabiduría de sus ojos, los cuales eran tan amarillos y directos como los de Firsa Mak.

—Mi hermana —dijo Firsa Mak—, la señora Altman. Y ésta es Lella.

No dijo exactamente quién era Lella y a Selden no le importó en aquel momento. Acababa de entrar desde la cocina con una bandeja de algo, y llevaba un vestido que Selden había visto en revistas, pero nunca en la realidad. Un corte de seda brillante, entre rojos y naranja, envolvía sus caderas, y una ancha faja ceñía su cintura. Por debajo de la falda enseñaba sus delgados y morenos tobillos, adornados con pulseras y campanillas doradas que tintineaban ligeramente cuando caminaba. El busto estaba desnudo y espléndidamente formado. Sobre su cuello, una gargantilla de placas de oro, caladas y troqueladas en formas barrocas; de sus orejas también colgaban pequeñas campanillas. Su cabello era largo y negro; sus ojos verdes, encantadoramente rasgados, sonrieron a Selden mientras ella se movía al compás de su propia música. Se quedó estúpidamente parado y le siguió con la mirada, sin darse cuenta que había tomado un vaso de licor oscuro de la bandeja que le ofrecía.

De pronto, Selden se encontró sentado sobre cojines, entre los Altman, en frente, Firsa Mak con Bentham. Lella siguió moviéndose provocativamente. Mientras entraba y salía, cuidando que los vasos estuvieran llenos del peculiar líquido con gusto a humo.

—Bentham me dijo que eres de la Oficina de Relaciones Culturales Intermundo —dijo Firsa Mak.

—Sí —respondió Selden. Altman le miraba con aquella expresión extraña y ajena que tanto le incomodaba.

—Ah. ¿Cuál es tu especialidad?

—Artesanía, trabajos en metal. Es..., estilo antiguo, como esto... —señaló el collar de Lella y ella sonrió.

—Es antiguo —dijo ella y su voz era dulce como el tintineo de las campanillas—. No podría decir cuánto.

—El diseño del calado —dijo Selden—, es característico de la dinastía del decimoséptimo de los Reyes Khalide de Jekkara, que duró aproximadamente dos mil años, en la época en que Jekkara pasaba por la decadencia de su poder marítimo. El mar se estaba retirando bastante, hace catorce o dieciséis mil años.

—¡Tan antiguo es! —exclamó Lella maravillada, mientras jugaba con su collar.

—Depende —dijo Bentham—. ¿Es genuino, Lella, o se trata de una copia?

Lella se arrodilló junto a Selden.

—Usted dirá.

Todos aguardaron. Selden comenzó a transpirar. Había estudiado cientos de collares como aquél, pero nunca *in situ*. De repente, no se sintió nada seguro para dictaminar si el

maldito collar era auténtico. Tuvo la certeza que ellos lo sabían y sólo querían molestarle. Las placas subían y bajaban al ritmo de la respiración de Lella. Un olor seco y ligero llegaba hasta su nariz. Tocó el oro, levantó una de las placas palpándola y sintiendo el calor de la piel, pensó en un libro de texto bonito y simple que tuviera diagramas e ilustraciones, solamente para distraerle de su objeto. Pensó enviarlo todo al demonio. Esperaban que cometiera un error. Entonces se enfadó más, tomó coraje, puso toda la mano bajo el collar, lo levantó y calculó su peso. Era fino y ligero como un papel de fumar que estaba muy desgastado; bajo su superficie tenía aún las señales de los antiguos golpes de martillo, peculiar estilo de los artesanos del Khalide.

Era una prueba fácil, pero estaba enfadado. Miró los achinados ojos verdes y dijo autorizadamente:

—Es auténtico.

—¡Es maravilloso que lo sepa! —Lella tomó su mano y la apretó entre las suyas riendo con alegría—. ¿Ha estudiado durante mucho tiempo?

—Mucho tiempo —Selden respiró tranquilo ahora; no les había dejado ganar. El líquido se le había subido a la cabeza, que le zumbaba suavemente, y la atención que Lella le dedicaba era aún más agradablemente embriagante.

—¿Y qué hará ahora con estos conocimientos? —preguntó.

—Bueno —contestó él—, como ustedes ya saben, muchos conocimientos antiguos se han perdido; ahora la gente busca la manera de expandir la economía. La Oficina espera comenzar un programa para reeducar a los trabajadores del metal en sitios como Jekkara y Valkis...

Altman dijo con una voz lejana y seca:

—¡Oh! ¡Por el amor de Dios!

—¿Cómo? —preguntó Selden.

—Nada —respondió Altman—. Nada.

Bentham se volvió hacia Firsa Mak.

—A propósito, Selden y yo hemos discutido por el camino. Él, probablemente tenga razón, pero yo le dije que te preguntaría...

—Olvidémoslo, Bentham —dijo Selden rápidamente. Pero Bentham era obtuso e insistente.

—A la Luna Loca yo la llamo Vashna, él Denderon.

—Denderon, por supuesto —dijo Firsa Mak y miró a Selden—. Entonces, también entiende de esto.

—¡Oh! —Selden protestó, embarazado y disgustado con Bentham—. Por favor, nos hemos puesto de acuerdo en que aquello era un error.

Altman se acercó.

—¿Error?

—Ciertamente, los primeros informes... —miró a Firsa Mak, a su hermana y a Lella; todos parecían esperar que prosiguiera. Así lo hizo, aunque algo incómodo—. Quiero decir que eran el resultado de la distorsión del folklore, como nuestras interpretaciones de las costumbres negativas, pura ignorancia..., en algunos casos eran puras mentiras. —Hizo con la mano un ademán despreciativo—; no creemos en los ritos de la sacerdotisa escarlata, todo aquello es absurdo. Me refiero a que no creemos que haya ocurrido verdaderamente.

Esperaba que con esto concluyera el tema, pero Bentham había decidido seguir.

—He leído informes de testigos oculares, Selden.

—Invenciones, cuentos de viajeros; después de todo, los terrestres que vinieron primero a Marte eran del tipo explotador, escasamente competentes en los que no se podía confiar.

—Ellos no nos necesitan más —dijo Altman suavemente, mirando a Selden sin verlo—; no nos necesitan para nada. —Murmuró algo sobre cerdos con alas y los dioses del

Mercado. Selden tuvo, de repente, la horrible certeza que Altman era uno de esos primeros piratas explotadores a los que había insultado irreparablemente. Y entonces Firsa Mak preguntó con honesta curiosidad.

—¿Por qué los jóvenes terrestres están tan dispuestos a protestar contra las actitudes de su propia gente?

Selden sentía los ojos de Altman, pero ya había comenzado y no podía dar marcha atrás. Dijo con dignidad:

—Porque sabemos que nuestro pueblo ha cometido errores, y deberíamos ser lo suficientemente honestos para reconocerlos.

—Una noble actitud —dijo Firsa Mak—. Pero acerca de la sacerdotisa escarlata...

—Le aseguro —aseveró Selden—, que aquel cuento absurdo ha sido olvidado hace mucho tiempo. Los hombres que hicieron serias investigaciones, los antropólogos y sociólogos que vinieron después de los..., eh..., los aventureros, eran mucho más competentes para evaluar los datos. Han destruido completamente la idea que aquellos ritos involucraban sacrificios humanos y, por supuesto, el monstruoso Oscuro Señor a quien se suponía que la sacerdotisa servía, era únicamente la memoria de un antiguo Dios-Tierra..., Dios-Marte, debería decir, pero usted sabe que me refiero a la naturaleza primitiva como el cielo o el viento.

Firsa Mak dijo suavemente:

—Pero había un ritual...

—Bueno, sí —dijo Selden—, indudablemente. Pero los expertos probaron que era puramente formal como..., bueno, como nuestros propios niños bailando alrededor de la cruz de mayo.

—Los del Bajo Canal —dijo Altman— nunca bailaron alrededor de ninguna cruz de mayo. —Se levantó con lentitud y Selden lo vio muy alto. Debería medir alrededor de dos metros; aun desde esa altura sus ojos le penetraban—. ¿Cuántos observadores competentes fueron a las colinas de Jekkara?

Selden empezó a ofenderse. La sensación que, por alguna razón, le utilizaban, crecía cada vez más fuerte en él.

—Usted debe saber que, hasta hace muy poco tiempo, los pueblos del Bajo Canal estaban aislados de los terrestres...

—Excepto algunos aventureros.

—Que dejaron muy malos recuerdos. Aun ahora, para ir allí hay que poseer un pasaporte diplomático que se consigue después de innumerables trámites burocráticos; a pesar de todo, la libertad de movimientos es aún muy restringida. Pero es un comienzo. Esperamos persuadir a los del Bajo Canal para que acepten nuestra amistad y ayuda. Es una lástima que su misterio fomente tan perniciosa imagen. Hace décadas que la única idea que teníamos de los pueblos del Bajo Canal provenían de relatos espeluznantes contados por los primeros viajeros, extremadamente tendenciosos... Como se demostró más tarde, esta actitud es clásica de las Ciudades-Estado. Solíamos pensar en Jekkara y Valkis como, bueno, como perfectos pozos de iniquidad...

Altman le sonreía.

—Pero, mi querido amigo —dijo—, lo son.

Selden intentó soltarse de la mano de Lella, pero no pudo, y fue entonces cuando comenzó a sentirse un poco asustado.

—No entiendo —dijo lastimosamente—; sólo me han traído aquí para usarme. Si lo hicieran, no me parecería muy... ¿Bentham?

Bentham estaba en la puerta, que le parecía ahora mucho más lejana de lo que Selden recordaba, y había una especie de niebla entre los dos; por eso la figura de Bentham era

borrosa. No obstante, le vio levantar una mano y le oyó decir «Adiós». Entonces, infinitamente desamparado, se volvió a mirar los ojos de Lella.

—No entiendo —dijo—, no entiendo. —Sus ojos eran verdes y enormes, de una profundidad sin límites. Él se sintió caer en el abismo, y entonces se dio cuenta que era demasiado tarde para asustarse.

El ruido le llegó primero como el terrible bramido de un jet. Tuvo la sensación física de ser transportado por el aire, que se agitaba ocasionalmente con gran alarma. Pasaron varios minutos antes que pudiera ver cualquier cosa, excepto una densa niebla. Ésta se disipó gradualmente y se encontró mirando el collar dorado de Lella. Recordó con gran claridad el veredicto emitido tan volublemente por él y con tan modesto orgullo. Lo vio todo con claridad.

«Eres de Jekkara», pensó, y sólo entonces notó que tenía una mordaza en la boca. Lella se sobresaltó y miró hacia abajo.

—Está despierto.

Firsa Mak se levantó y se inclinó sobre Selden, examinó la mordaza y el par de esposas antiguas que le sujetaban las muñecas. Otra vez, Selden se acobardó ante aquellos ojos brillantes y feroces. Firsa Mak parecía vacilar en el momento de quitarle la mordaza, y Selden buscaba coraje y voz para exigir explicaciones. Un zumbido sonó en la cabina, aparentemente una señal del piloto, y al mismo tiempo se alteró el movimiento del helicóptero. Firsa Mak negó con la cabeza.

—Luego, Selden. Debo dejarle así porque no me puedo fiar de usted; todas nuestras vidas están en peligro, no sólo la suya..., aunque, sobre todo, la suya. —Se adelantó—. Es necesario, Selden. Créame.

—No sólo necesario —dijo Altman, encorvado bajo el techo de la cabina—. Vital. Lo entenderá más tarde.

—Me pregunto si lo entenderá —dijo Lella ásperamente.

—Si él no lo entiende —respondió Altman—, Dios le ayudará como ayuda a todos ellos; nadie más puede hacerlo.

La señora Altman entró con un montón de mantas gruesas. Todos habían cambiado sus ropas desde la primera vez que Selden les había visto, excepto Lella, que sólo había añadido una prenda de lana en la parte superior de su cuerpo. La señora Altman llevaba ahora un vestido del Bajo Canal, y Firsa Mak una túnica carmesí sujeta a las caderas con un cinturón ancho. Altman parecía increíblemente acostumbrado a la vestimenta de cuero de un miembro de tribu del desierto. «Es demasiado alto para pasar por un jekkariano», pensó Selden. Llevaba el arnés del desierto con mucha naturalidad, como si lo hubiera usado muchas veces. Obligaron a Selden a levantarse, mientras le envolvían con una manta; vio que le habían quitado su propia ropa y le habían vestido con una túnica amarilla, de la que salían sus brazos y piernas, que habían sido teñidos de oscuro. De nuevo en su silla, le pusieron el cinturón de seguridad y esperaron a que el helicóptero aterrizara.

Selden se sentó rígido y entumecido por el miedo; repasó mentalmente las etapas desde que había llegado allí, y trató de encontrarle un sentido a todo aquello. No podía. Una cosa era cierta; Bentham le había conducido a una trampa. Pero, ¿por qué? ¿Adónde le estaban llevando y qué pensaban hacer con él? Intentó efectuar terapia positiva, pero le era difícil aplicar la sabiduría que le había parecido tan infinitamente profunda en otros momentos. Sus ojos siguieron mirando los rostros de Altman y Firsa Mak.

Había en ellos algo extraño que no observó antes. Intentó analizar si era su piel, que parecía más dura, más seca y más tenaz de lo normal, o sus músculos más fibrosos y

prominentes; había algo en el comportamiento que le recordaba a los grandes carnívoros de los parques zoológicos. Lo más impresionante era la expresión de los ojos y la boca, que a Selden le descubría su condición de hombres violentos, que podían golpear, linchar y hasta asesinar. Les tenía miedo, al mismo tiempo, se sentía superior. Estaba por encima de todo eso.

El cielo había palidecido. Selden podía ver el desierto pasando por debajo. Se posaron sobre él con un gran remolino de polvo y arena. Entre Altman y Firsa Mak, casi le arrastraron fuera del helicóptero. Su fuerza era aterradora. Se alejaron, y el aire de la hélice les golpeó la espalda cuando volvió a despegar. Selden acusó la falta de oxígeno y el tremendo frío. Sentía quebrarse sus huesos y sus pulmones parecían llenos de cuchillos. Los otros estaban acostumbrados. Se abrigó con la manta lo mejor que pudo, con sus manos esposadas, y sentía castañetear los dientes bajo la mordaza. Abruptamente, Lella extendió su brazo y bajó sobre su rostro la capucha. Tenía dos agujeros a la altura de los ojos, para poder usarla como máscara en las tormentas de arena, pero le sofocaba. Olía de forma extraña. Se sentía completamente miserable.

Al amanecer, el desierto se volvió de un rojo oxidado. Una cadena de montañas gastadas por el tiempo, yermas como el fósil vertebrado de algún monstruo olvidado, se curvaba a través del horizonte del norte. Cerca, había una masa derrumbada de rocas, talladas con formas fantásticas por el viento y la arena. De entre las rocas salió una caravana.

Selden oyó las campanillas y el trote de los grandes cascos. Aquellas bestias le eran familiares por fotografía. Vistos en su escamosa realidad, moviéndose a través de la arena roja, en aquel alba salvaje, con sus cargas y sus encapuchados jinetes, eran apariciones de una época vieja y desagradable.

Se acercaron y se detuvieron silbando y pateando, entornando sus ojos brillantes y fríos ante Selden, extrañados por su olor, a pesar de la ropa marciana que llevaba. Parecía que Altman no les preocupaba. Tal vez había vivido con los marcianos tanto tiempo que ahora no se diferenciaba de ellos.

Firsa Mak habló brevemente con el jefe de la caravana. Era obvio que el encuentro había sido planeado, porque traían animales sin jinetes. Las mujeres montaron fácilmente. El estómago de Selden se encogió ante la idea de tener que subir a una de aquellas criaturas. Pero en aquel momento, le asustaba más el quedarse sólo allí; no protestó cuando Firsa Mak y Altman lo izaron hasta la silla. Montaron uno a cada lado, llevando su montura por las riendas. La caravana se puso en marcha, rumbo al norte, hacia las montañas.

Selden sufría por el frío, la sed y el desacostumbrado ejercicio. Al mediodía, cuando pararon a descansar, estaba casi inconsciente. Altman y Firsa Mak le ayudaron a bajar, le llevaron hacia unas rocas, donde le quitaron la mordaza y le dieron agua. El sol, alto, atravesaba la atmósfera transparente como una lanza ígnea. Quemaba las mejillas de Selden pero, por lo menos, entró en calor. Hubiera querido quedarse donde estaba y morir, pero Altman era inflexible.

—Querías ir a Jekkara —dijo—. Bueno, ya estás en camino... Un poco antes de lo que habías planeado, nada más. ¡Qué demonios! ¿Pensabas que todo era como Kahora?

Empujó a Selden sobre su montura y siguieron.

A media tarde, el viento creció. Parecía que nunca iba a parar, pero de una manera cansada, vagabunda, a través de la arena, recogiendo un poquito de polvo y dejándolo caer otra vez, rozando las rocas intrusas un poco más profundamente, acariciando las ondas de diferentes diseños. De repente, parecía impacientarse con todo lo que había hecho y

decidía destrozarlo y comenzar de nuevo. Tomaba fuerzas y arremetía gritando a través de la tierra; a Selden le parecía que el desierto entero se levantaba y volaba en una nube roja y asfixiante. El sol se apagó y él perdió de vista a Altman y Firsa Mak, que se mantenían al extremo de las riendas. Un abyecto terror le paralizaba en su silla de montar, esperando ver flojo un pequeño segmento de su rienda para saber que estaba irremediablemente perdido. Tan violentamente como había crecido, el viento reanudó su silencioso y eterno giro.

Poco después, con la larga y roja luz del oeste, descendieron sobre una línea de agua oscura, enhebrada y reluciente en la desolación, bordeada por cintas verdes a sus lados. Olía a humedad y a cosas en crecimiento; un puente antiguo, y más allá del canal, la ciudad, con las colinas yermas detrás de ella.

Selden sabía que se hallaba ante Jekkara. Estaba muy impresionado. Todavía eran poquísimos los terrestres que la habían visto. Miraba fijamente por los agujeros de su capucha. Vio, al principio, las grandes masas de rocas rojizas, mientras el sol se ocultaba y las sombras variaban; distinguía los perfiles de los edificios fundiéndose más suavemente con las rocas madres, desde los riscos más altos donde se encontraban. En un sitio veía las ruinas de un castillo con grandes muros, que él sabía habían protegido una vez a los reyes Khalide y Dios sabe a cuántas dinastías antes de ellos, cuando aquel desierto era el fondo de un mar azul, y había un faro todavía en pie sobre la base de un puerto seco, medio colgado entre los riscos. Temblaba. Sintió el enorme peso de una historia en la cual él y los suyos no habían tomado parte, y se le ocurrió que tal vez hubiera sido un poquito presuntuoso en su deseo de enseñar algo a aquella gente.

Este sentimiento duraba cuando atravesó el puente, que estaba a mitad de camino. La luz del oeste se había esfumado, las antorchas resplandecían en las calles de Jekkara, sacudidas por el viento seco del desierto. Su foco de interés cambiaba del pasado al presente, y una vez más temblaba, pero por razón diferente. El pueblo alto estaba muerto. El bajo no, y había un matiz en la escena, un olor y un sonido que lo petrificaba. Era exactamente como los primeros aventureros lo habían descrito en sus dudosas memorias.

La caravana llegó a una plaza ancha, frente al Canal. Las bestias andaban dificultosamente sobre las hundidas e inclinadas piedras del pavimento. La gente venía a su encuentro; sin que él se diera cuenta, Altman y Firsa Mak le habían llevado hacia el final de la fila, y ahora se encontró con que estaba separado y le guiaban silenciosamente por una calle estrecha entre casas bajas de piedra con profundos portales y pequeñas ventanas. Todas las esquinas estaban redondeadas y gastadas por el tiempo y la fricción de innumerables manos y hombros, como las piedras de un arroyo.

«Algo pasa en el pueblo», pensó; podía escuchar las voces de mucha gente, como si estuvieran reunidos en un sitio público. El aire olía a frío y a polvo, a especies desconocidas y a cosas menos identificables.

Altman y Firsa Mak bajaron a Selden y le sostuvieron hasta que le volvió la sensibilidad a las piernas. Firsa Mak siguió mirando, de vez en cuando, el cielo. Altman se acercó a Selden y susurró:

—Haz exactamente lo que nosotros te digamos, o ya no vivirás esta noche.

—Ni nosotros tampoco —murmuró Firsa Mak. Controló la mordaza de Selden y se aseguró que la capucha escondiera bien su rostro.

—Es casi la hora —añadió.

Guiaron a Selden a lo largo de otra tortuosa calle. Ésta era muy populosa. Había sonidos, olores dulces y acres y luces de extraños colores. Intuía la perversidad del genio imaginativo de tan fantástico surtido, y los ojos se le nublaron al recordar, detrás de su capucha, sus Seminarios de Cultura Marciana, con una especie de histeria. Desembocaron en una plaza ancha.

Estaba llena de gente, abrigada contra el viento de la noche, que esperaba silenciosamente. Sus caras permanecían oscuras y rígidas a la luz temblorosa de las antorchas. Parecían estar mirando el cielo. Altman y Firsa Mak, con Selden sostenido firmemente entre los dos, se fundían con la multitud. Esperaban. De vez en cuando, llegaba más gente desde las calles cercanas, sin emitir ningún sonido, excepto el suave arrastrar de sus sandalias y el imperceptible tintineo de pequeñas campanillas bajo las capas de las mujeres. Selden se encontró mirando el cielo, aunque no entendía por qué. El gentío crecía silencioso, evitando respirar y moverse. Entonces, de repente, sobre los tejados del este vino, rápida, la luna Denderon, baja y roja.

La multitud dijo: «¡Ah-h-h!» Un grito largo, musical, que sacudió el corazón de Selden de pura desesperación. En el mismo momento, arpistas que se escondían en la sombra de los pórticos gastados por el tiempo, tocaron sus instrumentos con doble cuerda y el grito comenzó a ser un canto llano, mitad lamento y mitad declaración orgullosa de odio imperecedero. La multitud empezó a moverse, los arpistas al frente y otros hombres con antorchas alumbrando el camino. Selden fue con ellos a las colinas, detrás de Jekkara.

Era un largo y frío camino bajo la luz efímera de Denderon. Selden sintió el polvo de milenios raspar y crujir bajo sus sandalias, mientras los fantasmas de la ciudad le pasaban a derecha e izquierda. Paredes derruidas y mercados vacíos, muelles en ruinas donde los barcos de los Reyes del Mar atracaban. La música salvaje y feroz de las arpas le animaba, le aturdía. La larga fila de gente que cantaba se prolongó, moviéndose constantemente; había algo extraño en el ritmo mesurado de su paso. Era como una marcha hacia la horca.

Las ruinas de las obras del hombre quedaron atrás. Las yermas colinas tomaban volumen contra las estrellas, salpicadas con la débil luz de la luna, que ahora parecía a Selden inexpresivamente perversa. Se preguntaba por qué no tenía más miedo. Pensó que tal vez había llegado a estar emocionalmente exhausto. Veía las cosas muy claras, pero sin sentirse involucrado personalmente.

Los arpistas y los portadores de antorchas entraron por la boca de una cueva, pero no tuvo miedo.

Era suficientemente ancha como para que la gente pudiera seguir marchando de diez en fondo. Las arpas sonaban más apagadas y, entonces, el canto tomó un tono profundo y vacío. Selden sintió que descendían. Un extraño y terrible anhelo comenzó a despertar en él, sin ninguna explicación. Los peregrinos parecían sentirlo también porque el paso se aceleraba un poco con el ritmo de las arpas. De repente, las paredes de roca desaparecieron de la vista y se encontraron en un vasto y frío espacio oscuro, fuera de los puntos resplandecientes de las antorchas.

El canto cesó. La gente caminó formando un semicírculo, deteniéndose, los arpistas en el centro y un pequeño grupo de gente frente a ellos, solos y separados.

Una de esas personas se quitó la capa que le cubría, y Selden vio que era una mujer totalmente vestida de escarlata. Por algún motivo, estaba seguro que era Lella, aunque, a la luz de las antorchas, la cara de la mujer se mostró sólo como una máscara de plata suave y deslumbrante, muy antigua y con un aire sutil de cruel compasión. Ella tomó en sus manos una pálida lámpara redonda y la elevó, los arpistas tocaron sus cuerdas una vez. Las otras seis personas se quitaron sus capas. Eran tres hombres y tres mujeres, todos desnudos y sonrientes. Las arpas comenzaron a tocar una melodía alegre, y la mujer de escarlata balanceó su cuerpo siguiendo el compás. La gente desnuda comenzó a bailar; sus ojos parecían vacíos y alegres por alguna poderosa droga, y ella les guiaba bailando hacia la oscuridad, mientras cantaba una larga y dulce tonada de flauta.

Las arpas callaron; solamente sonaba la voz de la mujer, y su lámpara brillaba como una estrella opaca, distante.

Más allá de la lámpara, un ojo se abrió y observó vigilante.

Selden miró a la gente, a la sacerdotisa y a los seis bailarines; sus siluetas se recortaban momentáneamente contra aquella esfera, como las siluetas de siete personas contra la luna ascendente. Entonces, algo en él se desintegró. Cayó agarrado al olvido como un arma salvadora.

Pasaron el resto de la noche y el día siguiente en la casa de Firsa Mak junto al oscuro Canal, y en las calles había ruidos de terribles orgías. Selden se sentó mirando directamente al frente, mientras su cuerpo era sacudido por pequeños temblores periódicos.

—No es verdad —dijo una y otra vez—, no es verdad.

—Puede ser que no lo sea —le contestó Altman—, pero es un hecho. Y son los hechos los que te matan. ¿Entiendes ahora por qué te hemos traído aquí?

—Quieren que hable a la oficina sobre..., sobre aquello.

—A la oficina y a cualquiera que quiera escucharte.

—Pero, ¿por qué yo? ¿Por qué no alguien realmente importante, como un diplomático?

—Lo hemos intentado. ¿Recuerdas a Loughlin Herbert?

—Pero él murió de un infarto... ¡Oh!

—Cuando Bentham nos habló de ti —dijo Firsa Mak—, nos pareciste lo suficientemente joven y fuerte para soportar el *shock*. Hemos hecho todo lo que pudimos, Selden, durante años, Altman y yo hemos intentado...

—Ellos no nos escucharán —dijo Altman—. Ellos no escuchan. Si siguen enviando gente, hermosos jóvenes con buenas intenciones y oficiosos niñeros, sin saber... Yo, sinceramente, no me haría responsable de las consecuencias. —Miró a Selden desde su flaca y curtida altura.

Firsa Mak añadió suavemente:

—Esto es una carga. Lo hemos soportado, Selden. Hasta sentimos el orgullo de soportarlo. —Señaló hacia las colinas no visibles—. Aquello tiene el poder de la destrucción. Jekkara, seguramente, y Valkis y Barrakesh, y, probablemente, toda la gente, dependen de este canal para su existencia. Puede destruir. Lo sabemos. Es una cuestión marciana, y la mayoría de nosotros no deseamos que los extranjeros participen en ello. Pero Altman es mi hermano, y yo debo tener alguna consideración con su gente. Te puedo asegurar que la sacerdotisa prefiere escoger sus ofrendas entre los extranjeros...

—¿Cuántas veces? —suspiró Selden.

—Dos veces al año, cuando la Luna Loca sube. Entretanto duerme.

—Duerme —repitió Altman—, pero si fuera provocada, asustada u ofendida... Por el amor de Dios, Selden..., cuéntaselo, para que por lo menos sepan en qué se están mezclando.

—¿Cómo pueden vivir aquí con ella? —preguntó Selden aterrorizado.

Firsa Mak, le miró, sorprendido por la pregunta.

—¿Por qué? Siempre lo hemos hecho —contestó.

Selden miraba fijamente, pensaba absorto; gritó al ver que Lella entraba suavemente en la habitación.

En la segunda noche se escabulleron de Jekkara y volvieron a las rocas donde el helicóptero estaba esperando. Sólo Altman volvió con Selden. Se sentaron silenciosamente en la cabina. Selden pensaba y, de vez en cuando, sorprendía a Altman observándole; en sus ojos brillaba el reconocimiento del fracaso.

Las cúpulas resplandecientes de Kahora flotaban fuera, en el atardecer, y Denderon estaba en el cielo.

—No se lo vas a decir —dijo Altman.

—No lo sé —suspiró Selden—, no lo sé.

Altman le dejó en el embarcadero. Selden no le volvió a ver. Tomó un taxi hasta su hotel, fue directamente a su habitación y se encerró en ella.

Los alrededores, ya familiares, le ayudaron a recuperarse. Se sentía capaz de ordenar sus pensamientos más tranquilamente.

Si él creía en lo que había visto, tendría que contarlo, aunque nadie le escuchara. Aunque sus superiores, sus profesores y protectores, los hombres que él veneraba y de los que más deseaba la aprobación, se sintieran defraudados, le miraran con desprecio y le cerraran sus puertas para siempre. Aunque fuera condenado a la oscuridad infinita habitada por la gente como Altman y Firsa Mak. Aunque...

Si por el contrario creía que era una ilusión, una alucinación provocada por drogas y Dios sabe qué antiguo embrollo marciano... Había sido drogado, eso era cierto. Y Lella había practicado algún tipo de hipnosis con él...

Si él no creía...

¡Oh, Dios!, qué maravilloso sería no creer, ser libre otra vez, estar seguro de la verdad.

Pensaba en los confines confortables y tranquilos de su habitación y cada vez eran más positivos sus pensamientos, más libres de subjetividad, más profundos y tranquilos en comprensión. Cuando amaneció, estaba pálido y ojeroso, pero curado.

Fue a la oficina y les dijo que había caído enfermo inmediatamente después del desembarco, y que por eso no les había informado de su llegada. También les dijo que había recibido noticias urgentes de su casa y debería regresar en seguida. Estaban muy apenados de perderle, le compadecían, y le hicieron una reserva en el primer vuelo libre.

Algunas cicatrices quedaron en la mente de Selden. No podía soportar el sonido de un arpa ni ver a una mujer vestida de escarlata. Con estas fobias podía vivir, pero las pesadillas eran demasiado. Una vez en la Tierra, fue en seguida a su psiquiatra. Sería totalmente honesto consigo mismo, y el médico le aclararía lo ocurrido. El asunto había sido una fantasía sexual provocada por las drogas, con la sacerdotisa como imagen materna. El Ojo que le había mirado y que todavía le escudriñaba sin pestañear en sus sueños repetidos, representaba el símbolo del principio generativo femenino, y el sentimiento de horror que le excitaba era debido a un complejo de culpabilidad que tenía porque era un homosexual latente. Selden se sentía enormemente reconfortado.

El psiquiatra le aseguró que ahora que las cosas estaban claras, los efectos secundarios se extinguirían. Tal vez así hubiera ocurrido de no ser por aquella carta.

Llegó justo seis meses marcianos después de su desafortunada cena con Bentham. No estaba firmada. Decía: «Lella te espera en el ascenso de la Luna», y llevaba el dibujo preciso e inequívoco de un ojo solitario y monstruoso.

TÍTULOS ORIGINALES

- Arthur Sellings • Una Grieta en el Escudo • Craack in the Shield • © 1967 by Mercury Press, Inc.
- Sonya Dorman • El Azul Más Profundo del Mundo • The Deepest Blue in the World • © 1964 by Mercury Press, Inc.
- Booth Tarkington • Las Veladas Feministas de la Atlántida • The Veiled Feminist of Atlantis • © 1967 by Mercury Press, Inc.
- Chet Arthur • Gente Afortunada • The Lucky People • © 1967 by Mercury Press, Inc.
- Fritz Leiber • El Círculo Interior • The Inner Circles • © 1967 by Mercury Press, Inc.
- Robert Sheckley • Planeta Según Presupuesto • Budget Planet • © 1968 by Robert Sheckley.
- Harvey Jacobs • El Huevo de Glak • The Egg of the Glak • © 1968 by Mercury Press, Inc.
- Leigh Brackett • La Sacerdotisa de la Luna Loca • Purple Priestess of the Mad Moon • © 1964 by Mercury Press, Inc.

Libros Tauro
http://www.LibrosTauro.com.ar